HUMORADAS

POR

RONQUILLO

(EGIDIO POBLETE E.)

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
SANTIAGO

1903

L. DE LA CRUZ & C.ia
EDITORES.

1905

RONQUILLO
(EGIDIO POBLETE F.)

BIBLIOGRAFIA
DE CHILE

HUMORADAS

SELECCION DE ARTICULOS PUBLICADOS EN "LA UNION"
Y OTROS PERIODICOS

PRIMERA EDICIÓN

1.ª Serie

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
SANTIAGO

VALPARAISO
IMPRENTA DE LUIS DE LA CRUZ Y C.ª
1905

Humoradas.

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
SANTIAGO

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
SANTIAGO

AL QUE HAYA COMPRADO

ESTE LIBRO

Es posible que tú, lector, tengas este libro ante los ojos, nó por derecho propio, sino porque lo hayas pedido prestado á un amigo.... Pero hay ciertos casos en que uno no debe ponerse jamás, como el de morir en un choque de trenes, el de ser candidato á ministro, el de escribir libros para que otros los lean gratis y tantas otras calamidades.

No quisiera, pues, hacer tal suposición. Porque si ello aconteciera ¿qué relaciones de amistad podríamos cultivar tú, lector al crédito, y yo, autor al contado? Tú estarías despojándome de una propiedad mía, atentando contra mi bolsillo, metiéndome la mano en la cartera; ¿podrás imaginarte acaso que yo he concebido estos artículos, los he escrito entre afanes y trabajo, los he reunido más tarde con no pocas molestias y gasto de dinero y

los lanzo hoy en forma de libro, sólo para que tú llegues con tus manos limpias—vamos al decir—y te goces gratuitamente mi labor? Estoy seguro de que si tú, á fuerza de economías, hubieras logrado comprar un terno nuevo, y un amigo ó un extraño se vistiera tu ropa sin tu consentimiento, te levantarías furioso..... y desnudo y pondrías el grito, si no en el cielo, á lo menos en la policía.

Pues yo también pongo mi correspondiente grito en esta introducción, antes de que pases á leer el libro, y pido que quede constancia de mi protesta. (En cambio, á tí te queda el recurso de saltarte esta introducción para no oír mis gritos de indignación; pero si ya has llegado hasta aquí en la lectura, no hay remedio: mi protesta conserva todo su valor).

Si eres, pues, lo que no quisiera creer, lector de libro ajeno, te aconsejo como amigo que, por esta vez siquiera, seas un hombre probo; devuelve el libro á tu amigo y corre á la librería á comprar uno para tí, aunque para ello pidas dinero prestado. Entonces sentirás la grata satisfacción de poder decir con legítimo orgullo: «este libro es mío, perfectamente mío, lo compré yo, me ha costado mi plata».—Es barato, te lo prevengo.

*
* *

Mi dedicatoria va contigo únicamente, lector amable, ingenioso, inteligente, que has comprado

tranquilamente el libro y á estas horas comienzas á leerlo. A tí te lo dedico, para tí es, ya que tú eres el que más me ha estimulado para escribir estos artículos, en que, con benevolencia, has hallado algún buen humor y un momento de distracción, cuando aparecieron en la prensa diaria.

¿Tan modesto eres que no reconoces haberme estimulado? No lo niegues: yo te debo ese servicio.

Te lo pruebo con dos razones. Primera, que yo sabía que tú habías de comprarme el libro y por eso me resolví á publicarlo: ¿te parece poco estímulo? Segunda: que cuando iba dando á luz estos artículos en *La Unión*, me llegaban tus cariñosos aplausos, y así se estableció una corriente simpática entre tu alma y la mía; el escritor "de broma" sintió momentos de felicidad al saber que había entre los lectores quienes recibían esas modestísimas producciones como simple fruto del buen humor, y las aplaudían porque juzgaban muy bien que, si había en ellas intención de divertir y algunas veces de picar, jamás la hubo de herir á nadie, de levantar ampollas ni en la piel del cuerpo ni menos en la aun más sensible del amor propio.

Y yo te he agradecido de todo corazón esos aplausos, tan benévolos y cariñosos, que me alentaban para seguir tocando la cuerda, y hoy te repito esos agradecimientos y te ruego nuevamente

que no busques en mis artículos intención dañada, porque no la hay, sino sólo el deseo de darte en cada uno cinco minutos de pasatiempo, mientras no tengas cosa más útil en que ocuparte. Si algunas veces yerro, te pido perdones, borramos la cuenta y empezamos á contar de nuevo.

No van en este libro todos mis artículos del género festivo publicados en *La Unión*: he tomado sólo aquéllos que fueron más aplaudidos en su día y que no han perdido todavía la breve importancia que la actualidad les dió; entre ellos hay algunos que son de carácter general y permanente; y les he agregado otros varios insertos en algunas revistas, como *Chile Ilustrado*, y unos pocos completamente inéditos.

Si la selección no ha sido bastante enérgica, perdónamelo también: como padre, puedo haberme engañado muchísimas veces sobre las gracias de mis hijos....

Si el libro te agrada, si te hace reír alguna vez, abónamelo á mi cuenta y... prepárate á una segunda serie, Dios mediante.

Si no te agrada, arrójalo; pero te prevengo que no te he de devolver la plata.

Tuyo affmo., tanto como el libro,

RONQUILLO.

Valparaiso, 23 de Noviembre de 1904.

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
SANTIAGO

UN EMBARGO MUNICIPAL

LA SESIÓN DE LAS ÁNIMAS

La Municipalidad de Valparaíso nos da tantas sorpresas que ya no nos asombramos por nada. Ayer nos preguntábamos cuál sería la sorpresa del día, pero no nos imaginábamos lo que se nos preparaba.

En las primeras horas, el vecindario asombrado vió llegar á las oficinas municipales una numerosa bandada de golondrinas, á pesar del invierno. En seguida se abrieron las puertas y empezó á efectuarse una rápida mudanza. Los sillones de marroquí, los escritorios, las mesas de nogal, todos los muebles, en fin, salieron de las oficinas, se instalaron en los vehículos y emprendieron el viaje.

—¿Qué sucede?—preguntaban los curiosos.

—Que la municipalidad se va con su música á otra parte.

—Que los municipales van á celebrar una sesión ambulante, en golondrinas; talvez están muy acalorados.

—¡No puede ser! Una golondrina no hace verano.

—Pero varias pueden hacer un embargo.

¡Era un embargo! La Municipalidad era embargada, por tramposa, por D. Cosme Pizarro, cansado de recibir buenas palabras, y á veces palabras malas.

Y la mudanza judicial se efectuó rápidamente, en un suspiro, y no terminó sino cuando quedaron embargados hasta los carretones del aseo. Todavía más: cuando estos vehículos fueron depositados y volvían los carretoneros con las mulas, recordaron éstos que se les debían dos meses de sueldos, entraron también á embargar y cada cual se llevó su par de mulas, en desquite.

Terminado todo el trabajo, entramos en las oficinas. ¡Qué cuadro tan desolador! En la alcaldía quedaban solamente las alfombras y algunos cuadros; y en la sala de sesiones la alfombra, el escudo y... las saliveras.

¡Atroz irrisión! Dejar allí, en aquella sala despoblada, vacía, fría, solamente las saliveras, que con su redonda boca parecían decir á los municipales:—Escupan Uds. todo lo que deben!

—¿Para qué habrán dejado estos tiestecitos?—preguntaba un curioso.

—Para los discursos de esta tarde—respondía uno.

—Para que los municipales tengan en que sentarse—agregaba otro.

—Los han dejado—añdió un tercero—para que se vea que los acreedores están dispuestos á hacer «escupir cotonía» al Sr. Alcalde.

Allí estaba esa sala, acostumbrada á oír los elocuentes discursos del regidor don Guillermo Rivera, los discursos económicos del alcalde Sr.

Bustos, los votos de confianza del Sr. Merlet; y ahora triste, abandonada como un amigo pobre, oía las indignas cuchufletas del vecindario implacable. No pudimos menos de recordar los versos del poeta:

¡Cuán solitario está el salón que un día
De los ediles contempló la danza,
El que en un tiempo resonar oía
Los votos de confianza!

Y entre tanto los decretos, las notas, las memorias, los papeles todos de la Alcaldía volaban por las salas desmanteladas, como ilusiones del amor perdidas. Las cartas privadas, escritas de hombre honrado á hombre honrado (de Rivera á Merlet), andaban voltejeando por las oficinas, denunciando á los ojos de los curiosos los misterios de las mayorías.

Nos retiramos de allí con el corazon oprimido.

*
* *

Como á las doce de la noche volvimos á pasar frente á las oficinas municipales. Entonces vimos un espectáculo que nos puso los pelos de punta, digno de la pluma de Ana Radcliffe.

Ocho fantasmas, ocho seres incorpóreos, ocho trasgos, envueltos en blancas vestiduras, desfilaban á paso silencioso, pasos de fantasmas, y penetraban en el salón de sesiones, y empezaron á vagar allí como almas en pena.

Una de ellas, que parecía ser el ánima del alcalde Sr. Bustos, se sentó democráticamente en el suelo, en el sitio que antes ocupaba el sillón de

presidencia, y haciendo crugir sus huesos, á guisa de campanilla, dijo con voz general:

— Se abre la sesión.

Otro fantasma dijo entonces con voz que parecía venir de muy lejos, muy lejos:

—¡Pido la palabra!

—La tiene el ánima del Sr. Rivera—respondió la voz sepulcral del alcalde.

—Quiero protestar de este despojo inicuo: ¿por qué se han llevado nuestros sillones y todos nuestros muebles?

—Porque en vida no supimos pagar las deudas, y nos han embargado...

—¡Yo preví el embargo!—interrumpió otro fantasma: yo lo preví y por eso le pasé el tonto, digo, la Alcaldía al honorable Sr. Bustos.

—Para mañana se anuncia otro embargo—dijo como en un rugido un esqueleto que tenía algo de la silueta del Sr. Münnich.

—Y luego otro con que amenaza la junta de Beneficencia—gimió el espectro del regidor Sr. Leiva.—¡Van á embargarnos hasta el modo de andar!

—¡Ese es un bien inembargable! Lo sostengo yo como abogado!—prorrumpió el trasunto del Sr. Rivera.

—¡Lloremos sobre nuestras desgracias! Ay de la mayoría!

—Nó, no seamos fantasmas femeninos; hay otro remedio: ó el Alcalde rescata los muebles ó me retiro de la mayoría!

—¡Sí, sí, abajo Bustos!

—¡Nó, nó, arriba!

Y se armó una batahola macabra, en que aquellas ánimas benditas—por decirlo así,—á falta de tinteros, se tiraron canillas y costillas sueltas por la cabeza.

Huimos espantados. Al salir vimos que el portero, imitando insconcientemente á Cromwell, colgaba á la puerta un cartel que decía:

SE ALQUILA.

"Aquí yace la mayoría mas tramposa. No pagó nada, ni mis sueldos. Embargo las llaves."

*
* *

Impresionados por esta desgracia y espantados por esta visión, entre mi compañero Juan Pérez y yo hemos dado curso á nuestras lágrimas en la siguiente elegía:

¡Estos, Taiba ¡ay dolor! que ves ahora
Sillas rotas, salón desmantelado,
Fueron un tiempo edilidad famosa!
¡Ay! aquí de Merlet la mecedora
Butaca ha sido; el suelo está pelado;
Y apenas si se oyen ¡triste cosa!
Rezongos insolentes
De tantas sin pagar menudas gentes!

Aquí de Leiva, Bustos,
De Taiba peregrino,
De Rivera ladino
Morrocotudos fueron los disgustos!
Aquí, ya por rechiflas, ya por sustos,
Amagados los vieron los sillones
Que ora van en plebeyos carretones.
El sitial para Bustos fabricado
Hoy en remate vil será mercado;
Mesas, papeles ¡ay! desaparecieron
Y aun las cartas que á Alberto se escribieron!

Si tú no lloras, Bustos, pon atento
La torva vista en el fatal embargo
Y sacarás la cuenta
Del inmenso prestigio de tu cargo.

Tal genio ó religión fuerza la mente
De la vecina gente,
Que refiere admirada
Que de la sala ya desmantelada
Se oye una voz gritar: "¡embargo! ¡embargo!"
Y á tan extraño ruido,
Saliendo medio mundo del letargo,
Pregunta por doquier: "¿qué ha sucedido?"
Y el caso al conocer, tan inaudito,
Encogiéndose de hombros medio mundo,
Con tono exclama de desdén profundo:
"¡Armar tanta bolina
Por un prestigio que no vale un pito!"
¡Tanto aun la plebe á menosprecio inclina!...

1.º de Junio de 1899.

¡EL DISCURSO!

(En aquel tiempo, 1899, había municipales lo mismo que ahora, y la calamidad era también la misma; sólo que entonces eran los ediles más aficionados que ahora á pronunciar discursos, como se verá por la siguiente crónica.)

No puede andar un pobre con espuelas de plata.

Apenas supieron los municipales de la minoría que D. Juan Bautista Bustos había preparado un discurso, dedicado á ellos, dejaron de asistir á las sesiones y le robaron todas las ocasiones que pudo tener para espetarlo.

Por eso el Sr Bustos andaba nervioso, casi histérico, con el discurso metido en la garganta; y se le veía acechando en las puertas de la sala municipal, esperando público, público de minoría sobre todo, á quien confiar sus geniales producciones oratorias.

Pero ¡nada! En dos ó tres ocasiones pareció que todo estaba á punto: muchos municipales reunidos, algunos de la minoría, la sesión estaba lista; se iba á dar el gran espectáculo. Bustos se ponía ner-

vioso, le temblaba la barbilla, se le ponian trémulas las manos; sacaba del estómago una voz debajo, temblona y llorosa y... los municipales se iban y el discurso se quedaba esperando turno, como los borrachos en los despachos de arrabal:

Hoy no se fía; mañana sí.

Después de cada uno de estos desengaños, Bustos llegaba á su casa más flaco que de costumbre y agobiado por una tristeza mortal.

—¿Qué traes?—le preguntaban sus amigos.

—El discurso en el bolsillo—respondía desesperado.

—Pero, hombre, ¿y por qué no lo publicas en tu diario?

—Porque todavía no lo he declamado.

—¿Y eso te asusta? Pronúncialo aquí, delante de nosotros, y nos comprometemos á aplaudirlo.

Esto no satisfacía las ambiciones oratorias de Bustos, pero le sugirió la gran idea.

Corrió á casa del Sr. Rivera y le dijo:

—Yo tengo un discurso y no me dejan pronunciarlo. ¿Quiere Ud. hacerme el favor de oírlo?

—No tengo tiempo, querido amigo: estoy afanado escribiendo cartas para Merlet, para Fisher, para Mac-Kellar y para todo el mundo.

Bustos acudió á Mardones y le hizo igual petición.

—Estoy muy ocupado en distribuir subvenciones. No puedo oírlo.

Bustos apeló entonces á las orejas de Leiva.

—No estoy para discursos, dijo este; tengo que hacer una negociación en rieles y el tiempo es oro.

Acudió á Palma, pero éste, volviendo el cuerpo esbelto como una idem, dijo:

—En la otra esquinita hay.

Y así fueron todos respondiéndole con frases

negativas, desde Taiba hasta Münnich, sin que nadie se apiadara de la indigestión oratoria de Bustos.

Desengañado, herido en lo mas íntimo de sus entrañas, rotas todas sus ilusiones, desvanecidos sus ensueños, Bustos, con el rostro pálido y flaco á más no poder, se sentaba por las tardes en el malecón, donde los fleteros solian oírle exclamar con voz preñada de sollozos:

"¡Oh vosotras, olas gigantes que os rompéis bramando en esta orilla, atended y mirad si hay dolor como mi dolor!»

Entre sus amigos, en tanto, no había ojo seco: todos lloraban á lágrima viva al contemplar el abatimiento del orador, obligado á permanecer mudo.

—¡Se nos muere Juan Bautista!—decía uno sollozando

—¡Y el discurso no sale!—clamaba otro con desesperación infinita.

Pero los grandes caracteres se muestran en la adversidad.

Bustos rompió un día las cadenas de su dolor y se irguió potente y majestuoso: había tomado una resolucion heroica. Era la hora de la comida.

Al ver su actitud, los amigos se alarmaron hasta los tuétanos.

—¿Qué vas á hacer?—preguntaron todos chillando en un solo chillido.

—¡Va á suicidarse!

—¡Quítenle el cuchillo!

—Nó—dijo Bustos—voy á pronunciar el discurso.....

—Súbete arriba de la mesa.

—Nó, súbete a la silla.

—En el sofá, que es más blando.

Entre los gritos y los aplausos anticipados, Bustos clamó con voz de trueno:

– Voy á pronunciarlo esta noche, en la sesión municipal, delante de los de la mayoría siquiera.

—Allá vamos todos.

Y como lo dijo lo hizo. En la barra de la sala de sesiones, los amigos estaban en primer término; la sala estaba magníficamente iluminada, la mayoría escuchaba inmóvil, ignorante de la catástrofe que la amenazaba; sólo Rivera se agitaba un tanto, moviendo en una mano un puñado de cartas y en la otra un frasco de cloral.

Bustos, trémulo, inspirado, pálido, empezó á leer nerviosamente, con voz y tono de muchacho en examen:

—"Señores: Mi pobre nombre, que he logrado mantener digno y salvar á pesar de las insinuaciones interesadas de unos cuantos políticos de mala ley y de mil privaciones que son las resultantes o herencias de la virtud, rodó momentáneamente por el mundo infernal de la maledicencia. Se llegó á suponer, acaso porque el alcalde que firmó los decretos no es hombre de fortuna, que en los mencionados decretos de pago se me había interesado en la suma de cuatro mil pesos!"

Y así prosiguió por muchas horas consecutivas recitando adjetivos aprendidos en los alegatos de Rivera, hasta que dió fin al monumental discurso.

Calló y reinó en la sala un silencio de cementerio: sólo se oía el chisporroteo del gas en los quemadores. No hubo aplausos ni ruido alguno. Bustos se quedó desmayado en su asiento.

Poco después entró el portero, se acercó á la mesa y, tomando á Münnich de un brazo, lo sacudió con fuerza.

—¡Señor! despierte, que es muy tarde.

—¿Qué horas son?—preguntó Münnich, bostezando.

—Las cuatro de la mañana.

—¿Se acabó el discurso?

—Sí, hace dos minutos.

—Bueno, que lo archiven. Se levanta la sesión.

Y los municipales salieron restregándose los ojos y hablando de una pesadilla atroz que todos habían tenido y en que les parecía que se los llevaba el diablo.

Agosto 2 de 1899.

EL DIPUTADO QUE RABIO

"Tuve especial cuidado de encargar a la tropa que no hiciera uso de sus armas, y de esta manera logré hacer terminar el asalto *sin otros incidentes que una mordedura que en parte delicada recibió el señor del Campo de uno de mis perros guardianes.*"

—Nota del subdelegado de Tirúa, sobre una elección complementaria, en que eran candidatos el señor del Campo y el señor Rafael Sotomayor, Ministro de lo Interior.

Si es verdad eso de que "los mejores dramas son aquellos que no se han escrito," también debe serlo cuando se trata de simples comedias.

Así reflexionó sin duda el diputado don Enrique del Campo, después de alguna representación de *El rey que rabió*; y quiso probar, con el testimonio fehaciente de sus propias posaderas, que aquella zarzuela puede ser perfectamente real y aún que la realidad puede superar á lo imaginado. Fué un poco lejos talvez á buscar su escenario para el primer acto, pero los demás de la

pieza se han desarrollado en plena Cámara, en el centro de Chile, para que todos los habitantes gozaran perfectamente del magnífico espectáculo.

El escenario es Tirúa;
Actores: el diputado
Del Campo; el subdelegado,
Y un perro—el que más actúa.

El primer acto es rapidísimo. La casa del subdelegado de Tirúa; soldados de policía que entran y salen; don Enrique del Campo se asoma con rostro trágico; acude la policía; aparece un perro; don Enrique huye; el perro le sigue y le clava los dientes; se oye un grito; don Enrique se lleva las manos á la parte posterior, sale la luna y el telón cae.

¿No es verdad que esto es fantasmagórico?

Pasa un mes y comienza el segundo acto en la Cámara de Diputados.

El secretario lee la famosa nota del subdelegado de Tirúa. Don Enrique del Campo se enfurece.

—¡Eso es mentira!—grita—Yo me siento bien.

—¡Se sienta bien! Se sienta bien!—van diciendo, uno por uno, varios diputados; mientras otros exclaman:

—¡A ver! a ver!

—El culpable es el Ministro del Interior,—prosigue gritando el diputado del Campo—Todo eso es una vil calumnia. Mi honor ha salido ileso. ....

—Pero no así las posaderas del honorable señor diputado,—dice alguien—Estamos en presencia de un hecho práctico, perfectamente práctico; y no puede Su Señoría negar que estuvo en casa de aquel subdelegado, mientras no compruebe la procedencia de ese mordizco.

El señor Rioseco ofrece sus conocimientos médicos para examinar la cuestión. Del Campo lo rechaza enérgicamente. Alguien sugiere la idea de si la mordedura provendrá de un perro loco.

¡Horror! El portero dispara como una bala, en cuanto oye hablar de perro loco, á buscar los laceadores de la perrera municipal.

—Que se nombre una comision—dice un diputado.

—¡Aceptado, aceptado!—responden todos.

Se dividen las opiniones en cuanto al nombramiento y al fin se designan dos comisiones: Meecks y Pérez Montt están en una; Mac-Iver y don Eduardo Matte en la otra.

Del Campo lucha furioso entre Meecks y Rioseco, que quieren examinarlo. El telón cae lentamente.

La sesión siguiente es el tercer acto.

Meecks y Pérez Montt piden la palabra y cantan:

Juzgando por los síntomas
Que tiene don Enrique,
No hay duda que está hidrófobo
Pues rabia como un quique.

Por tanto aseguramos
Que es claro cual la luz
Que el principal culpable
De todo es Silva Cruz.

Suenan chillidos y aplausos; del Campo se muestra más agitado que nunca.

Otros silban á más no poder y gritan: ¡Que venga la segunda comisión!

Se presentan Matte y Mac-Iver y dicen, moviéndose acompasadamente á ambos lados:

Para hacer la prueba
Que es de más valor
Le mostré el retrato
De Sotomayor;
I al punto furioso,
Del Campo quedó.
Todas éstas, pruebas
De mordizco son;
Pero al mismo tiempo
Bien pueden probar
De que al ministerio
No hay culpa que echar.

Aquí concluyó el tercer acto. El cuarto y último se terminó con un regalo de árnica que envió al señor del Campo un amigo que oculta su nombre. Telón rápido.

Agosto 8 de 1899.

CHEZ MR. LABORI

Acaban de llegar telegramas particulares de París que dan cuenta de una interesante escena ocurrida ayer en Rennes, en las primeras horas de la mañana, y que deseo trasmitir á los lectores. He preferido dejar en francés todos los diálogos, para que no pierdan su sabor.

La escena pasa en el dormitorio de Mr. Labori, abogado del capitan Dreyfus, herido por una bala el 13 de Agosto. Han pasado seis días desde que se cometió la tentativa de asesinato.

La elegante sala está á media luz. Entra el ayuda de cámara y se acerca al lecho del enfermo.

—Monsieur! Je vous demande pardon si je vous réveille.

—Eh! ¿qu' y a-t'il donc?

—Il y a un télégramme pour vous.

—Encore des télégrammes! Deux mille déja! Le coquin savait bien ce qu'il se faisait. S'il ne m'a pas tué sur place, c'est parcequ'il était convaincu de ce que je ne résistérais pas à l'avalanche de dépêches telégrafiques. Faîtes du jour. Donnez-moi le télégramme.

—Monsieur désire-t-il que je lui prépare de la morphine?

—Oui; il faut prévenir un accident.

(El ayuda de cámara ilumina la habitación. Mr. Labori abre el telegrama con aire desesperado y lee:)

"Labori.—*Nuestra calurosa adhesión.*—Abogados Valparaiso."

—Qu'est-ce que c'est que ça, bon Dieu?... Je ne comprends pas... Valparaiso?... Ce sera un nom de ville, sans doute.

—Oui, monsieur. C'est plus loin que Fashoda.

—Alors, ça doit être en Afrique... Au Lycée on doit savoir où se trouve ce pays. Approchez le téléphone.

(Mr. Labori llama por teléfono al Liceo de Rennes).

—Monsieur le proviseur?

—Oui, monsieur.

Votre professeur de géographie est-il assez imbécile pour connaître quelque chose de l'Afrique méridionale?

—Oui, monsieur. Si vous en avez besoin, j'irai l'appeler. Il viendra tout de suite.

(Pasa un momento y suena la campanilla.)

—Monsieur le professeur?

—A vos ordres, monsieur l'avocat.

—Savez-vous oú se trouve le pays de Valparaiso?

—Je crois que c'est une ville de Guatemala.

—Et Guatemala?

—Sa situation exacte, je ne la connais pas. Si vous vous intéressez, je puis consulter mes cartes. Mais je crois que c'est una colonie espagnole.

—Bien, monsieur, grand merci; ne vous dérangez plus.

(Corta la comunicación.)

—Alors, ça doit être en espagnol. Gaston!

—Monsieur!

—Apportez-moi le dictionnaire espagnol-français.

—Le voici, monsieur.

—Cherchez le mot *calurosa*.

—*Calurosa* veut dire: très chaud.

—Ah! oui, c'est ça. Ça vient á cause de l'été. Cherchez *adhesión*.

—*Adhesión*, *adherirse*: se ranger du côté d'un fait, l'applaudir, etc.

—Alors ces sauvages ont voulu applaudir l'attentat!... et m'en font part... à moi mème!... On trouve toujours des gens qui déraillent! Donnez-moi du papier, de l'encre et une plume.

(Mr. Labori escribe lo siguiente:)

"Mr. Démange:

"Mon cher confrère: J'ai appris qu'on va rèpéter sur vous l'attentat dont j'ai été victime. Ne craignez pas seulement le coup de revolver: craignez pluz encore la mitraille de dépèches de toutes sortes, des avocats de l'univers entier. Je crois de mon dévoir de vous mèttre en garde.... contre les télégrammes. Votre trés dévoué. - Labori."

—Gaston, faîtes porter ça chez Mr. Démange. Et je vous previens que si vous m'apportez une autre dépèche, je vous ferai éxiler á l'île du Diable.

RONQUILLO.

UNA NUEVA NACION

—

Si los Estados Unidos no se apresuran a poner luego en práctica sus tendencias imperialistas y á realizar las profecías de Cecil Rhodes, en diez años más tendrá que perder por completo las esperanzas de apoderarse de la América del Sur.

Porque en cada nación hay muchos hijos que van llegando á la mayor edad y quieren independizarse y construir cada cual una nación separada.

Y crecerá tanto al fin el número de naciones que los Estados Unidos se verán apurados para cubanizarlas á todas. Porque es claro: á un hombre puede serle fácil matar un toro, un león y aún un elefante; pero por más que trabaje nunca llegará á extinguir completamente un hormiguero.

La prueba de todo lo dicho está en la nueva república que acaba de formarse en Río Acre.

¿Rio Acre? ¿Y dónde está eso? Cánsese el lector buscando ese nombre en el mapa americano, y despues de caerse muerto de cansancio, resultará que no habrá llegado á encontrar el nombre de la nueva nación.

Y sin embargo, nadie puede negar su existencia: lo aseguran los telegramas de ayer.

Es un plueblecito de treinta y dos habitantes, situado á la orilla de un chorrito de agua que lle-

va... nó, no tiene fuerzas para tanto; que desaparece bajo el nombre de Río Acre. Y el tal río debe ser el amargo de malo como lo indica su apellido. El plueblecito florece á la sombra de un árbol corpulento que crece á modo de hito, en las fronteras de Bolivia y el Brasil.

Estas dos naciones venían disputando desde hace muchos años la propiedad y la posesión del árbol y de su pueblecito, no porque valiera gran cosa, sino porque el árbol tenía ramas muy propicias para que se ahorcaran cómodamente los turistas ingleses desesperados de vagar por esos andurriales.

Y el pleito vino alargándose, hasta que anteayer los habitantes de Río Acre, que habían tenido barruntos del pleito, se reunieron en comité, en familia, y con acompañamiento de unas cuantas mazorcas de maíz tostado al recoldo, acordaron declararse nación libre, independiente y soberana y constituirse *ipso facto* en república.

Y como lo dijeron lo hicieron: eligieron Presidente de la República á don Luis Gálvez, y su Excelencia don Luis Gálvez publicó inmediatamente carteles manuscritos en verdes hojas que se fijaron en las puntas más salientes de las ramas del árbol tutelar y se arrojaron á puñados en el chorrito de agua del Río Acre, para que la noticia llegara á conocimiento de todas las naciones civilizadas.

Cumplida esta primera medida, el Poder Ejecutivo reunido en masa, es decir, el Excmo. señor Presidente de la República doctor don Luis Gálvez, se echó ayer á organizar el Ministerio. Pero, según las noticias trasmitidas hasta anoche, todavía no se había encontrado ningún estadista que quisiera hacerse cargo de la cartera del Interior y organizar el primer gabinete.

Los Ministros de Hacienda sí que sobran; porque todos los habitantes tienen gran interés en cosechar los frutos de una palma que vejeta en las inmediaciones, solitaria como una muela única en una boca despoblada. Cada cual quiere ser el dueño de la cosecha.

Y este incidente tomará, según parece, vastas proporciones; porque la opinión pública se ha dividido en dos bandos encontrados. Una media docena de rioacrenses, que poseen garfios propios para la cosecha, se han empeñado en que el gabinete sea aliancista, esto es, que de entre ellos sean elegidos los miembros del Ministerio; y otra docena y media quiere para sí el gabinete á título de coalición, porque siendo los más se creen con derecho á ser los administradores de la cosecha pública.

No han llegado otras noticias; pero como sigo con interés el período de lactancia de la República de Río Acre, comunicaré á los lectores todo lo nuevo que ocurra.

Entre tanto el Brasil y Bolivia se han quedado con la boca abierta y las manos estiradas, asombrados de que se les haya escapado la presa como por arte de encantamiento.

Agosto 25 de 1899.

EL ARTE NUEVO.

—

Non es de sesudos homes
Ni de infazones de pró
Pagar las deudas á tienpo
Y no *sablear* por mayor.
(*El desafío á sable*—COMEDIA
DE ACTUALIDAD—)

—

El que dijere que la caballería andante fué institución de otras edades, que se estinguió hace siglos y que los libros que de ella se escribieron están ya enterrados bajo la ciclópea lápida del ridículo que les echó encima Cervantes; el que dijere todo eso es un cándido muy digno de caer despedazado bajo el filo de esa misma caballería cuya existencia niega.

La caballería andante existe aún, mucho más lozana y vigorosa que en los tiempos de Amadís y de don Belianís; mucho más audaz y prepotente que la de aquellos caballeros que rompían montañas con la espada y cortaban á cercen la cabeza de diez gigantes con un solo mandoble; mucho más numerosa que la de aquellos siglos en que se veían millares de representantes suyos en cada una de las naciones conocidas.

Esta vieja humanidad es siempre la misma; no se remoza jamás: tiene hoy las mismas buenas y malas pasiones que hace cuatro siglos; y no era cosa de dejar olvidada la institución de la caballería andante, que tan claras muestras da de lo que son esas pasiones. Sólo que han variado los accidentes, para que la institución se adaptara á las necesidades de la época.

Hoy el caballero andante no usa bridón de combate, ni gasta yelmo, peto, espadar ni las demás piezas de la armadura; se viste con el traje corriente y esgrime, por única arma, el sable; un sable invisible casi siempre, que rara vez se ve venir, que hiere de improviso, que parte en dos o en diez al prójimo más duro, que así divide al individuo como á la corporación, al banco como al fisco.

El caballero de hoy no lleva empresa en el escudo; lo más frecuente, lo seguro es que carezca no sólo de un escudo sino hasta de un centavo: y en cuanto á empresa, es excusada porque cada uno de los del gremio usa una que es común á todos:

Medio mundo sablea
Al otro medio;
Y yo doy de sablazos
Al mundo entero.

La institución es universal en cuanto á su composición y en cuanto a su objeto.

Lo es en cuanto á su composición porque hay en ella sablistas de todas las categorías:

desde el magistrado altivo
hasta el que pesca en ruin barca.

Testimonio de ello es el siguiente despacho trasmitido anteayer de Lima:

"El coronel Barrenechea se presentó ayer á los Tribunales pidiendo que el ex-Presidente Piérola reconozca su firma en varios documentos pecuniarios y pidiéndole también el arraigo de dicho exmandatario."

¡En donde se vé el sable elevado a la categoría de primer magistrado de una República!

La institución es tambien universal en cuanto á su objeto, porque no hay quien esté libre de quedar partido de un sablazo:

Rapidus sablis aequo pulsat pede
Pauperum tabernas regumque turres.

El proyecto de concesiones á los senadores hipotecarios ¿qué otra cosa es que un gigantesco sablazo que se quiere descargar contra el fisco?

Hoy no se puede decir: de este sable me escaparé. ¿Quién hay bastante alto para evitar el largo, el indefinido alcance del sable?

Lector, si tú no lloras, pon atento
La vista en tantas vidas destruídas;
Mira cuántas fortunas destrozadas,
Y casas comerciales, que violento
El sable derribó, yacer tendidas;
Y ya en alto silencio sepultados
Sus dueños celebrados.
Así la casa Baring imagino
Que un sable derribó ¡sable argentino!
Y á tí ¡oh Fisco! en mil ruinas sumergido,
Padre de los bolseros y los flojos;
Y á tí víctima infausta de los rojos,
Banco Crédito Unido,

Emulación ayer del Banco Matte,
Hoy quebrado á remate;
Que no os respetó el sable, no la suerte
Ni por robusto á tí, ni á tí por fuerte.

Cuando todo progresa, cuando todo se perfecciona, no es posible suponer que los sablistas de profesión se quedaran rezagados y se resignaran á ser tildados de oscurantistas y retrógrados.

Acechar á un prójimo en una encrucijada, en despoblado y entre las sombras de la noche, ponerle un puñal al pecho y quitarle con voz espantable y como de ultra-salvaje: ¡la bolsa ó la vida!— eso fué primitivo, salvaje, bárbaro, propio tan sólo de aquellos tiempos de ignorancia y de escasez absoluta de civilización y buenos modales.

Pasaron los años: el vapor corrió por los carriles y por los mares y la chispa eléctrica, aprisionada en un alambre, salvó las distancias con mágica rapidez, sólo igual á la del pensamiento. (Perdonen Uds. este trozo de discurso.) Y el sable progresó también y alcanzó formas más humanas y decentes. Ya no se gritó: ¡la bolsa ó la vida! sino que se entablaron diálogos afectuosos, llenos de amabilidad y dulzura. En mitad de una calle ó en un salón el sablista se acercaba á la cándida víctima y la saludaba con gran cariño:

—Mi querido amigo, qué placer tengo en estrechar tu mano. ¿Estás bueno? Tienes buen color; se conoce que eres un hombre feliz...

—Así, así—respondía el otro, muy satisfecho de la lisonja, en lugar de contestar con un garrotazo.—¿Y tú?

—Yo, muy regular; mañana debo de recibir una platita de una herencia, de modo que tendré oportunidad de convidarte á un almuerzo.

—Hombre, mil gracias, eres muy amable. Al fin recibes lo que mereces. Te felicito. Ya sabes tú que puedes disponer de mí cuando quieras.

—A propósito, tienes por ahí algunos cincuenta pesos que necesito en este momento.... un apuro.... mañana te cancelo ....

Y el desgraciado caía en la trampa como un tonto y los cincuenta pesos se iban para no volver, como las golondrinas de Becquer.

Pero hoy hasta ese cultísimo sistema está pasado de moda y ha llegado á ser como un resabio de atraso, pues las necesidades del progreso han exigido reformas y perfecciones.

Y la fecunda inventiva del sablista, que está siempre en armonía con el adelanto de los tiempos, ha descubierto ahora lo que puede denominarse *el sable colectivo*.

Los antiguos sistemas sólo permitian sablear á un solo individuo; hoy con el sable colectivo se sablea á muchos á un tiempo.

¿Sabéis, lectores incautos, en qué consiste este sistema? ¿No lo sabéis? ¡Ah! es que habéis sido sableados con tal suavidad que ni os habéis dado cuenta de vuestra desgracia. ¡Qué maravilla, qué dulzura de sistema!

El sablista moderno, de moda, toma una hoja de papel blanco y arriba, en el comienzo de la página, escribe en gordos caracteres:

«*Subscripción para comprarle un corset á la viuda de D. Fulano de Tal, distinguido correligionario que sacrificó varias veces su vida en aras del partido.*»

En seguida escribe los nombres de tres ó cuatro directores y les pone á continuación una suma de diez, quince ó veinte pesos, con que supone

se han subscrito; y, así armado, principia á visitar á todos los correligionarios menudos y les pide se se suscriban para esa obra tan caritativa. Los inocentes van cayendo uno á uno, diciendo:

—¡Pobrecita viuda, cómo sufrirá! Yo conocí mucho á D. Fulano; era un buen correligionario. Apúnteme con cinco pesos.

Otros, que son muy modestos, dan un peso ó dos solamente y se hacen apuntar N. N., para disimular la pequeñez del donativo.

Y así se juntan trescientos ó cuatrocientos pesos, que el *sablista* remuele en seguida con otros sablistas, hasta el último centavo, y sin beber siquiera una copa por los subscriptores.

Y si se averigua, resulta que no ha habido tal viuda, ni tal correligionario y todo ha sido una estafa ó poco más.

Mucho cuidado, correligionarios, con esas subscripciones: los nombres que las encabezan suelen ser falsificados y se les pone en lista como cebo para cazar zorzales.

Debemos estar listos para responder como un amigo mío, víctima de los sablistas. Se le acercó un día uno de éstos, uno de los más temibles y recalcitrantes conocidos y por conocer:

—Hágame Ud. el favor de prestarme diez pesos: se los devuelvo mañana de madrugada, sin falta alguna.

—Amigo, respondió el otro, me levanto tarde, de modo que si le presto el dinero, Ud., que es tan cumplidor, irá á hacerme madrugar para pagarme. Discúlpeme, pues, que no acceda á su petición.

Con que recomiendo á Uds. la respuesta.

Junio 14 de 1900

CUESTION DE CAÑONAZOS

La población de Valparaíso ignora que todas estas noches ha estado durmiendo sobre un volcán; no ha sabido que ha estado á punto de producirse un gran conflicto, que no habría terminado sino con la desaparición de una de estas dos naciones: Francia ó Chile.

No es broma; hablo perfectamente en serio. ¡Líbreme Dios de querer burlarme en materia tan extremadamente grave y echar á risa una cuestión tan capital!

En uno de los últimos días de la pasada semana los jefes de las divisiones chilena y francesa ancladas en la rada de Valparaíso se hicieron una solemne visita oficial.

Quien primero cumplió fué el capitán Señoret, jefe de la división chilena; el cual fué al *Protet*, á saludar al comandante Germinet, jefe de la división francesa. Al verificarse la visita, el marino visitado saludó al visitante haciendo disparar nueve cañonazos. Bien sabido es que entre marinos las cortesías se hacen de ese modo: á tiros.

Poco después el comandante Germinet pagó la visita y su colega lo saludó á su vez con otros nueve cañonazos.

¡Y aquí tenemos el conflicto!

El marino francés envió una nota á su colega en la cual expuso que éste no había cumplido con él de la manera que fijan los códigos: «C'est un peu trop fort, mon cher collègue: vous m'avez supprimés deux coups de cannon, que je ne vous pardonne pas.»

Contestó Señoret diciendo que nada había que reprocharle: «Ud. es jefe de división como yo, y como tal le corresponden nueve cañonazos; no estoy dispuesto á regalarle los otros dos que usted me reclama.»

Y se enhebraron notas sobre notas y la cosa empezó á armar ruido.... ¡Claro! como que se trataba de cañonazos!

—Yo—decía el comandante Germinet—, soy jefe de escuadra y tengo derecho á once cañonazos: vengan los dos que me faltan.

—Yo soy de más categoría—decía el capitán Señoret—, pues mi insignia está izada en un buque de 8,000 toneladas, mientras que Ud. la alza en uno de 4,000, y sin embargo, me he quedado satisfecho con los nueve que Ud. me disparó.

—Mi código es terminante: merezco once y Ud. debe dispararme los que me faltan. C'est drôle, ma foi; vous êtes assez méchant, si vous m' *escamotez* ces deux coups.

Y la cosa subió de tono; hasta fué necesario que se formara un Consejo Naval.

El Consejo se reunió ayer por la mañana y oyó á las dos partes.

—*J'accuse* (1) Mr. le capitaine Señoret de m'avoir économisè deux coups de cannon.

—Yo no le doy medio cañonazo á nadie, aunque me partan.

El Consejo resolvió salomónicamente.

—Caballeros—dijo—, evitemos el conflicto. Péguense mutuamente dos cañonazos más cada uno y ¡santas pascuas!

Ambos aceptaron y á medio día de ayer se repitieron las visitas. El capitán Señoret fué al *Protet* y le dispararon once cañonazos. El capitán Germinet pagó la visita y le pegaron otros once.

Con lo cual todo quedó en paz y ambas naciones dieron un suspiro de satisfacción.

Setiembre 29 de 1899.

---

(1) *J'accuse*; expresión de moda en ese tiempo, por comenzar con ella la famosa carta de Zola en defensa de Dreyfus.

LA INVENTIVA EN CHILE

Así como Inglaterra es la tierra clásica del whiskey y Francia la de las grandes locuras, nuestro Chile parece ser la tierra clásica de los inventores, porque apenas pasa día en que no se pida siquiera un privilegio exclusivo para algún invento más ó menos portentoso, y también más ó menos chiflado.

¿Proviene esta asombrosa facilidad que tienen los chilenos para inventarlo todo—menos la plata, se entiende—del estado de crisis, de suma pobreza en que nos encontramos?

Más discurre un hambriento que cien letrados, dice un refrán tan viejo como el hambre. Y no hay duda de que, afligidos los estómagos por la penuria y la ausencia de pan, se echa la inteligencia á discurrir los medios de inventar un pan barato, de adquirir riquezas con escaso trabajo y costo.

Pero, engendrados esos hijos en tales circunstancias, nacen tan mezquinos que apenas viven lo que viven las rosas: el espacio que se tarda en leer el decreto que concede el privilegio.

No quiero ofender á nadie, ni mucho menos referirme á esos inventos que son productos de un cerebro bien equilibrado y de una inventiva genial.

Pero al lado de los inventos que surgen ó van en camino de surgir y de enriquecer á sus inteligentes autores ¡cuántos otros hay que andan buscando un Mecenas industrial y más ó menos blando de bolsillo que los lleve á la práctica!

Entre estos últimos puede señalarse el eterno sub-marino Urzúa, que todavía no aprende á nadar; el mejoramiento moral de los criminales, ideado por don Excequiel Salas Ramírez, inventor que aun no ha logrado mejorar á ningun pillo, como que todos están peores; la bicicleta sin ruedas, de no sé qué vecino de Talca; y tantos otros de que diariamente habla la prensa.

En el año pasado llegaron á sesenta y tres los privilegios exclusivos concedidos por el Supremo Gobierno, en los cuales no hay seguramente un solo invento que haya produdido á sus autores la milésima parte del beneficio que rinden cada día otros más modestos. ¿Hay acaso descubrimiento más sencillo y más humilde que el arte,—descubierto en todo Chile—de hacer salchichas de chancho con carne de perro? Y sin embargo ¡á cuántos ha enriquecido ya, y sin meter ruido!

Pero la fiebre de la inventiva no se amortigua un solo instante y cada día produce nuevos frutos: unos que se comentan en público y que obtienen la patente del privilegio exclusivo; otros orgullosos, que no han menester de esta protección y que dan origen á numerosas y vastas asociaciones comerciales.

Estos inventos abarcan todos los campos de la actividad humana y se refieren á todos los objetos.

Pero los más tienen por fin el buscar dinero, el fabricar aparatos para evitar el trabajo y aumentar la ganancia.

Así en 1898 se privilegió un aparato destinado á abrir caminos. Y últimamente se han inventado otros para fabricar adoquines de papel.

La fuerza motriz es la que se atrae todas las atenciones y todos los estudios. Se ha inventado un aparato para aprovechar la que producen las ruedas de los carruajes y otro para recoger la que producen los estornudos en los romadizos. Y actualmente se están echando las bases de una sociedad comercial que tiene por objeto la explotación de un invento eminentemente práctico y lucrativo: es, también, un aparato y con él se aprovecha la fuerza motriz de las bofetadas que se pierden en los días de las fiestas patrias.

No es menos socorrido el campo de la minería y la metalurgia. Se han inventado procedimientos, muy curiosos y nuevos, para estraer el oro de las cabelleras rubias, las perlas de las dentaduras, la plata de las voces argentinas, el coral de los labios rojos, el azabache de los ojos negros, y el oro..... de los dientes tapados.

Otros procedimientos tratan de fabricar bebidas refrescantes con la nieve..... de las cutis de idem; y de extraer el hierro de los clavos que meten en todas partes los tramposos.

Todo se inventa, todo; pero el dinero se ríe de todos los inventos.

Octubre 22 de 1899.

LOS ENTIERROS

Si, como han dicho muchos, es verdadero aquello de que la humanidad vive hoy al vapor y se da gran prisa para hacerlo todo de carrera y en el menor espacio de tiempo posible, á ello se debe, sin duda, el que haya centenares de individuos que se dedican á buscar entierros, que es el modo más rápido de hacer fortuna.

Rara es la familia que no posea un derrotero, perfectamente auténtico é incontestable, de un entierro que esconde muchos miles de onzas de oro, encerradas en un cántaro ó en una tinaja de greda, bajo una piedra muy grande y al lado del clásico esqueleto humano. El entierro está lejos, en la confluencia de dos caminos que se unen para atravesar la cordillera; por más señas hay por allí unos quillayes, desde donde se dirige una visual á una peña que se alza escueta en medio de una loma, y á cuyo pie yace la fortuna, la riqueza, los millones, enterrados por los godos después de la batalla de Maipú ó por los patriotas después del desastre de Cancha-rayada.

Otras veces el entierro está más cercano: en tal ó cual casa antigua, de mojinete español, medio derruida, donde *penan* mucho; ó entre los

muros de un caserón de campo que un tiempo fué convento ó molino—*adhuc sub judice lis est*— de los jesuitas.

Y estos derroteros se guardan religiosamente, entre las más sagradas y venerandas reliquias de la familia; y se habla de ellos de tarde en tarde, en las noches de invierno, al amor del brasero y entre mate y mate. En él está el futuro esplendor de la casa y un día irá el jefe de ella con muchas mulas y pocos peones—que éstos son codiciosos y ladrones—,acompañado de los dos hijos mayores, y sacarán el entierro, con el cual vendrán para la familia tiempos de esplendor, de abundancia, de gran lujo y gran soberbia, con que dejarán humillados á todos los copetones de Santiago.

Y sucede siempre que hay muchas familias que poseen el mismo derrotero del mismo entierro, por lo cual todas ellas disputan negándose mutuamente la autenticidad del documento, como las sobrinas de la Antonina Tapia.

Pues ahora se está llevando á fin el programa de uno de estos derroteros, traído de Buenos Aires por un francés que buscá el respectivo entierro al pie del Santa Lucía. Según dice un diario, la cantidad que allí se busca es de cuatro millones de pesos *en* onzas de oro; y según otro diario, cuyo cronista tiene más ardiente imaginación, lo enterrado son cuatro millones *de* onzas de oro, lo que formaría, al cambio de ayer, la suma de 231.260,000 pesos papel-moneda.

¿Qué habrá en el fondo de la excavación?

En un pueblo del sur se hablaba siempre de que en las casas de la municipalidad *penaban* mucho, por lo cual se aseguraba que había un entierro en ellas. Las casas eran viejas, del tiempo de la independencia, en que habían desempeñado

oficio de cuartel; más tarde fueron cárcel pública y, por fin, remozadas pasaron á ser oficinas municipales.

Como amenazaban ruina, los ediles acordaron demoler el vetusto edificio, instigado cada cual por el deseo de atrapar el entierro.....

Empezó la demolición y, llegado el momento oportuno, se dejó para la noche el trabajo de cavar en cierto cuarto. A las doce de una noche oscura se reunieron allí los doce municipales y entre zozobras, temor de ser sorprendidos, saltos de corazón y mucho miedo á las ánimas, empezaron á cavar, sin valerse de peones, sino con las propias ediles manos. La fortuna estaba allí al alcance de las barretas y de las palas.

Trabajaban tres á un tiempo, mientras que los demás, inclinados sobre la excavación, que se agrandaba rápidamente, espiaban á la luz de una linterna, con ojos avisores, ya el hoyo, ya los alrededores, para evitar las sorpresas de gente de éste ó del otro mundo.

Tres ó cuatro horas transcurrieron en que la ansiedad que oprimía todos los corazones había ido creciendo más que la excavación y había llegado hasta el último punto de la intensidad.

– ¡Una piedra! ¡una piedra!—gritó uno de los municipales.

Se oyó un rugido contenido, de gozo inmenso, y todos aquellos hombres se estremecieron de placer, de avaricia casi, y redoblaron las precauciones para evitar las sorpresas.

—Ayuden que es muy pesada—, dijo otro desde el fondo de la cavidad.

Y varios otros municipales entraron al hoyo; pasaron cuerdas por debajo de la piedra y unos de arriba y otros de abajo tiraron y arrancaron la piedra de su sitio.

—¿Qué hay? ¿se ve algo? ¿alguna tinaja?

—Nó—contestaron desde el fondo—; hay tierra.

—Debe ser la tapa de la tinaja. Bueno sería dar un barretazo.

—Bueno, alumbren un poco.

Se enfocó la linterna y todos los rostros se inclinaron hácia el hoyo. El municipal más robusto alzó la barreta, hizo un esfuerzo y descargó el golpe y ¡oh placer! la barreta, signo seguro, se hundió y desapareció por el agujero.

Pero al mismo tiempo saltó por el orificio un líquido de una fetidez espantosa, que bañó á todos los municipales...

¡Habían desenterrado las antiguas letrinas de la cárcel!

Octubre 26 de 1899.

UN CLUB DE EJERCITANTES

Con calor ha comentado la prensa en estos tres últimos días la visita que en la noche del sábado hizo la policía de Santiago al Club de Septiembre.

Se había denunciado que ese club era un garito de jugadores; que allí se reunían noche á noche centenares de individuos aficionados al *ladislao* ó sea juego de *chica y grande*; que circulaban sobre el tapete verde hasta centenares de miles de pesos; que el referido club era como el gran centro de corrupción de la sociedad entera; y en fin se contaban tantas iniquidades y se calumnió tanto al inocente club, que el juez del crimen resolvió estender una orden para que la policía allanara el establecimiento y sorprendiera á los jugadores con las manos en las cartas y la vista en la plata.

A las once y media de la noche del sábado, esto es, *veinticuatro horas después* de despachada la orden de allanamiento, catorce agentes de policía, mandados por un ayudante y todos armados hasta los dientes, se presentaron á las puertas del club, después de rodear toda la manzana, en medio de absoluto silencio, pues se habían forrado en *gan-*

gochos los pies de los soldados para que el ruido de sus pasos no alarmara á los jugadores.

La noche estaba tranquila; las estrellas irradiaban callados fulgores; ningún coche turbaba el sueño de la ciudad; y el silencio era lúgubre y tan completo que se hubiera sentido el ruido de los naipes movidos por la diestra mano del banquero.

Dos agentes entraron cautelosamente; sonaron estridentes algunas campanillas eléctricas; los demás soldados penetraron á su vez; llegaron hasta el gran salón y allí vieron ¡oh desencanto! á varios distinguidos caballeros que jugaban de la manera más inofensiva, quienes á las damas, quienes al ajedrez, quienes al tres en raya y quienes al *tenderete*.

¿Y era aquella la sombría manida de jugadores que se desollaban vivos al baccarat, al monte y á la ruleta?

Tentados estuvieron los pacíficos jugadores de damas á quedarse inmóviles como Arquímedes, pero sonaban los sables y las carabinas de los agentes y hubieron de levantar la cabeza y de mostrar en el rostro la más estupenda sorpresa.

Los agentes despechados se echaron furiosos á recorrer todos los salones y todos los desvanes y á levantar todos los muebles para sorprender á los verdaderos jugadores que se ocultaban en algún sitio reservado. Todos los afanes iban resultando inútiles, hasta que un agente gritó:

—¡Aquí están! ¡Aquí están! ¡ya los pillé!

Acudieron todos á la vez y se hallaron delante de una puerta cerrada, y por el ojo de la llave pudieron atisbar á un jugador, el banquero sin duda, que con ojos ávidos miraba una baraja que tenía en la mano izquierda.

Ya no habia duda posible. Cargaron todos, se abrió la puerta con gran estrépito y los agentes cayeron como un alud en el interior de la pieza...

Pero había allí un solo individuo, que tenía en la mano un naipe grasiento y ya redondo en las esquinas por fuerza del uso. El jugador se entretenía en sacar *Solitarios*.....con una paciencia infinita... ¡Claro! si no había con quien jugar! qué había de hacer!

Se retiraban furiosos los soldados y al pasar por la cantina vieron que toda ella estaba surtida de limonadas, kola, agua de grosella, una que otra inocente media Pilsener, mientras que dos jóvenes bebían tranquilamente, el uno un modesto *sifón* y el otro un Apollinaris con goma.

Salieron de allí y fueron á dar á la biblioteca, en cuya elegante estantería vieron numerosos ejemplares del periódico de la Liga anti-alcohólica, un volumen muy usado de *Pablo y Virginia*, tres tomos ó cuatro del *Filidor*, varios de cuentos morales del canónigo Schmidt y una colección del *Almacén de las Señoritas*.

En ese momento un soldado llegó á decir al oficial superior que arriba, en el último piso, había un cuarto misterioso, cuidadosamente cerrado y escondido entre pasillos y recovecos, desde cuya puerta se oían ruidos de fichas y de cuando en cuando rumor de voces que disputaban. ¡Al fin!—clamó el oficial—: ellos son; ya los tenemos!

El piquete se trasladó al cuarto misterioso y cogió todas las puertas y ventanas: el ruido de las fichas y de las voces sonaba distintamente... Con una ganzúa, llevada á prevención, abrió el oficial la puerta silenciosamente y quedó á la vista la criminal escena: una larga mesa, al rededor de la cual se sentaban veinte ó veinticinco jugadores,

atentos, inmóviles, tan abstraídos por el vicio del juego que no oyeron á la policia.

Esta ya iba á lanzarse á coger á los culpados, pero el oficial impuso silencio con un ademán, para jugar con las víctimas como el gato con el ratón. Pero sonó en esos momentos la voz del montero que, leyendo unas fichitas, chiquitas, redonditas, iba diciendo:

—¡Se va la bolita! ¡Se va la bolita! ¡El *triste* Juan de Montoya!... ¡Los anteojos de Pilatos!..... ¡Los dos patitos!... ¡El estribo!... ¡Nuestro padre Adán!... ¡El único!... ¡Las calabazas!.....

¡Aquellos pícaros estaban jugando á la lotería!

¿Podía darse un establecimiento más inocente? ¿No era la suprema injuria tildar de tahures y atropellar como á tales á unos pacatos caballeros que se dedicaban á tan inocentes pasatiempos?

Quedó, pues, restituida su buena fama al Club de Septiembre. Pero las malas lenguas dicen que el allanamiento se malogró por excesivo celo de la policía: los agentes acudieron con tal prisa que algunos estaban allanando el club mientras el grueso de la tropa todavía preparaba las armas en el cuartel, y así pudieron los jugadores ponerse en guardia. Otros agregan que del mismo juzgado partió el aviso.

Pero todas son calumnias; lo cierto es que el Club de Septiembre no es sino una casa de piadosos ejercitantes.

Noviembre 8 de 1899.

EL "TRUST" DE LAS FIRMAS

EL "RECORD" DE LAS SOLICITUDES

Curiosísimas han sido las escenas que se han desarrollado en el senado norte-americano, el 4 de Diciembre, con motivo del juramento de los nuevos senadores.

Entre los nuevos padres conscriptos se encontraba el honorable Mister Roberts, senador electo por Utah, que se presentaba al Congreso con el prestigio de un múltiple matrimonio.

Mr. Roberts pertenece á la secta de los Mormones, valientes sujetos que tienen la espantosa energía y el denuedo sobrehumano de casarse con muchas mujeres á la vez; de donde ha nacido la raza de los suicidas y los locos.

Un polígamo en el parlamento yankee era algo inusitado, y por eso la presencia de Mr. Roberts suscitó enérgica oposición y produjo violentos altercados; todos aquellos inofensivos padres conscriptos, que no sabían cómo entenderse con una sola mujer—los casados—,tuvieron que calificar

de loco al que llegaba cargado con las cadenas de un múltiple matrimonio voluntario.

Antes que el Senado, la opinión pública se había pronunciado contra Mr. Roberts, por medio de una presentación, que se llevó al Congreso, firmada por siete millones de ciudadanos que pedían la espulsión del polígamo.

¡Siete millones de firmas!

Para recogerlas se había dividido el trabajo y á cada individuo se encargó que recogiera solamente doscientas, de manera que se ocuparon 35,000 personas para amontonar aquel número de firmas.

Y aunque todos se dieron mucha prisa y se recogía cada firma en plazo de diez segundos á lo sumo, resultó que se emplearon en conjunto en la tarea 19,333 horas, esto es, 805 días, ó bien 2 años, 2 meses y 15 días de un trabajo completamente estéril, según después se vió. ¡He aquí el positivismo yankee!

Como el mayor número de las firmas tenía rúbrica, apénas podían estamparse 25 en una planilla de papel; fueron necesarias, pues, 280.000 páginas para dar cabida á los siete millones, los cuales, distribuidos en libros de 300 páginas cada uno, componían 933 volúmenes.

Para llevar todos estos libros al Senado se necesitaron 15 carretones de mano; y en la sala formaron un montón de muchos metros cúbicos.

Abierta la sesión y cuando se trataba de tomar el juramento á Mr. Roberts, se alzó de su asiento Mr. Taylor, senador electo por Ohio, y dijo:

—Me opongo á este acto: Mr. Roberts es un polígamo, que ha cometido la osadía de casarse con varias mujeres. Hay una solicitud firmada por siete millones de ciudadanos de la Unión que pide

se expulse á Mr. Roberts. Un criminal no tiene derecho á sentarse entre nosotros.

—*Mr. Roberts* (con gran flema).—Usando del derecho que me dan la Constitución y el Reglamento interno, pido que se dé lectura á la solicitud y á las firmas, para ver si son de personas abonadas.

El presidente.—Está en su derecho. Señor secretario, proceda á la lectura.

Mr. Numberson.—Un momento, señor presidente: voy á hacer un cálculo previo.

Mr. Numberson empieza á hacer números y divisiones y al fin dice:

—Para leer esa solicitud, á razón de un segundo por firma, necesitaríamos siete millones de segundos, esto es, 116,666 minutos, lo que equivale á 1,933 horas. Dedicando seis horas diarias á esta tarea, emplearíamos 322 días en la lectura.

Todo los senadores se levantan furiosos ante la amenaza de aquella terrible lectura; unos embisten contra Mr. Taylor, otros atacan al presidente, mientras muchos empiezan á quemar los tomos de las firmas.

Al fin un senador alza la voz en el tumulto y grita:

—Propongo una transacción: aceptemos los poderes de Mr. Roberts y que él, en cambio, ceda sus esposas sobrantes á los más solteros de nosotros. (Los solterones, espantados, se esconden debajo de los asientos.)

La proposición, juntamente con los poderes, pasaron en estudio á una comisión.

Esta presentó anteayer su informe, que es una pieza luminosísima. Es de advertir que en la comisión dominan los solterones. El informe dice:

«Considerando que el casarse con varias muje-

res es multiplicar todos los deberes y pesadumbres matrimoniales;

"Considerando que el que se casa varias veces no es sino un suicida que encuentra el castigo en su propio crimen, pues las mujeres en exceso al fin se comen y devoran al polígamo;

"Considerando que la proposición de que Mr. Roberts ceda á los senadores solteros su exceso de esposas es un violento y criminal atentado contra la libertad y contra la integridad individual;

"Y considerando, por fin, que el carácter de senadores no da á éstos mayor suma de paciencia para que puedan cargar sino á lo sumo con la mujer propia:

"Proponemos las siguientes medidas:

"1.ª Que el dicho Mr. Roberts, senador electo por Utah, sea expulsado ignominiosamente del Senado, por loco y temerario;

"2.ª Que no se le persiga ante los tribunales por el delito de poligamia, pues sus mujeres se encargarán de castigarlo sobradamente;

3.ª Que se declare traidor al senador que hizo la proposición de que Mr. Roberts ceda á los solteros el saldo de esposas que tiene en su contra."

Este luminoso informe fué aplaudido con un entusiasmo loco y al punto fué sometido á votación. Y por 278 votos contra 50 fué aprobado y se expulsó á Mr. Roberts del Congreso.

Cuando se proclamaba el resultado de la votación, Mr. Roberts sacó un telegrama y lo leyó en voz alta. Decía así:

"Chicago, 25 de Enero.—Diez principales *misses* ruegan á Ud. las acepte por esposas. Otras tantas se ponen á las órdenes del senador que vote á favor de Ud."

En vista de esto, según se dice, hay unos cuantos senadores dispuestos á pedir la reconsideración del acuerdo.

Enero 28 de 1900.

CONSECUENCIAS DEL FEMINISMO

En unos de los últimos números que he leído del *New York Herald* he encontrado la narración de un incidente que se publica con grandes títulos en la sección noticiosa de dicho diario.

Como en nuestra tierra empieza á nacer—no en todos los espíritus afortunadamente—el entusiasmo por las tendencias feministas, creo oportuno traducir esa noticia para escarmiento de los partidarios de la nueva escuela. En este caso sólo me corresponde el papel de simple traductor, pues apenas agrego uno que otro comentario á la relación del diario de Nueva York.

El hecho ocurrió en Chicago.

Walter L. Fansworth, individuo de mediana edad y buena presencia, se presentó ante el inspector de policía Arnett y le declaró que había contraído matrimonio con *cuarenta y dos mujeres* y que sus relaciones matrimoniales se extendían á toda la superficie del globo.

"Tengo—dijo el terrible feminista—, seis esposas en los Estados Unidos, si la memoria no me engaña: pero bien puede ser que sean más de seis. Calculo que tengo otras once en Europa; seis en

China; tres en el Perú, cuatro en Chile y muchas otras más en diversos países.

«Y así no hay tierra ninguna,
Caseríos ni ciudades
Donde no encuentre unas tres
O cuatro caras-mitades.»

Sólo que como cada una de ellas le salía costando la mitad de la cara, al fin ya no tenía cara que repartir, y por eso dijo desesperado al inspector de policía: «Me consideraría muy feliz si me mandaran á la cárcel, pues me vería libre de todo ese destajo de queridas esposas mías.»

El inspector, Mr. Arnett, se quedó mudo de asombro ante semejantes declaraciones y sin duda se diría para sus adentros, como se canta en la zarzuela:

¡Cuarenta mujeres
Y vivir en paz,
Cuando aquí con una
No podemos más!.....

Pero juzgando que el mejor castigo de semejante barbaridad era dejar al hombre entregado al cobre allá de sus cuarenta y dos esposas, pensaba dejarlo en libertad; mas, presentóse á reclamar contra el polígamo Mrs. Sarah Mears, la más anciana de sus esposas, de edad de 60 años, que se había casado con Mr. Fansworth en Octubre del 97. El acusado fué reducido entonces á prisión.

Por los datos que agrega el *New York Herald*, Fansworth había recorrido en sus matrimonios todas las escalas de las edades:

Desde la tierna doncella
De quince floridos años,
Hasta la anciana gruñona
De sesenta inviernos largos.

Cuando se publicó la noticia de su prisión, principiaron á llegar esposas y más esposas á declarar contra el reo; y llegó tambien un hijastro, Mr. John Mears, de 35 años de edad, que quiso abofetearlo; pero la policía lo contuvo.

Entonces se produjo una escena curiosa. La anciana esposa de Mr. Mears, que fué la que pidió la prisión de Fansworth, se enterneció repentinamente y dijo:

—Oíga Ud., Mr. Fansworth; deje á sus demás esposas; Ud. es mío. Todavía me queda dinero ahorrado y yo quiero que vivamos juntos.

—Nó, por Dios—, contestó el preso—Ud. me ha hecho aborrecer la vida. ¡Que me maten! ¡Que me ahorquen!

Y en seguida señalando á otra de las esposas presentes, Mrs. Ayers, agregó:

—Por ninguna de mis mujeres cambiaría á ésta, que ha sido la mejor de todas.

Mrs. Ayers se sintió profundamente conmovida y quiso echarse en brazos del marido polígamo; pero Mrs. Mears, furiosa, puso las uñas en ristre y se lanzó contra su rival. para impedirle que se acercara al reo y se lo quitara.

Todas las esposas entonces tomaron parte en la contienda y empezaron á arañarse furiosamente, pues cada cual quería apoderarse del marido y quedarse con él, mientras éste pugnaba por huir de todas; á duras penas pudo la policía librarlo de la codicia de las damas. Al fin se restableció el

orden y el inspector se llevó á Mr. Fansworth, que gritaba desesperadamente:

—¡Que me maten! ¡Que me ahorquen!

He ahí las consecuencias del *feminismo*.

Diciembre 13 de 1899.

TRES MESES DE REINADO

Rio Janeiro, 23.—Un telegrama de Pará dice que, en la revolución que ha estallado en la llamada República del Río Acre, el Presidente Gálvez ha sido tomado prisionero por el capitán Braga, que ha asumido el poder público.-(Telegramas de *La Unión*.)

Los hombres son siempre los mismos, así en las grandes como en las pequeñas naciones: cambiará el escenario, pero el actor permanece en todas sus miserias y debilidades.

Apenas se vió á don Luis Gálvez erigido en Presidente de la República de Río Acre, empezaron á surgir las envidias y otras pasiones malsanas y todos los cuarenta y tres habitantes de la República quisieron ser presidentes.

¡Y don Luis que estaba tan contento con su republiquita!

¡Y lo poco activo que había salido el primer mandatario! A los diez días de declararse presidente, ya había firmado como cuatrocientos decretos de gobierno interior, había organizado todo el

personal administrativo y no había tenido más de tres crisis ministeriales.

Pero el Brasil, de pura envidia, empezó á mover ejércitos de hasta cuarenta mil pies de caballería, para ir á combatir á la nueva nación; y Bolivia, por su parte, acordó enviar todas sus escuadras por el chorrito de agua que da su nombre á la República de Río Acre, con el detestable objeto de cubanizar el estado recien nacido.

Pero no fué esto sólo. La hidra revolucionaria levantó la cabeza en Río Acre y, como todos los río-acérrimos querían ser presidentes, sonó pronto el toque de somatén, se produjo un movimiento armado y un vigoroso ejército compuesto de siete revolucionarios, dirigidos por el capitán Braga, levantó pendón contra don Luis Gálvez.

¡Qué horrores contempló entonces el árbol secular á cuya sombra reposa la República!

Pero hay que advertirlo: toda la nación de Río Acre se extiende al rededor del tronco de un árbol, un gomero, y sus dominios alcanzan hasta dos metros más allá de la rama más larga y tendida.

El capitán Braga, el tigre revolucionario, seguido de sus siete secuaces, se presentó hecho una fiera en el palacio de gobierno y atropellando al soldado cojo, armado de un fusil sin cañón, que hacía la guardia, entró hasta el dormitorio del presidente para derrocarlo.

—¿Cómo le vá, don Luis?—preguntó Braga denodadamente.

—¿Y á vos qué te importa?—respondió Su Excelencia—. ¡Mándate cambiar, intruso! ¿no ves que estoy en paños menores?

—Yo nada tengo que ver con eso; lo que me importa es que yo vengo aquí para decirle que busque donde mudarse, porque estoy resuelto á hacerlo saltar de la presidencia.

—¡He llegado á ella por la voluntad del pueblo y sólo saldré por la fuerza de las bayonetas!— rugió don Luis, mientras con gesto trágico se abotonaba la ropa blanca.

—Lo que es por las bayonetas, no se apure, porque no hay una sola en todo mi ejército. Pero en cambio traemos tres fusiles de chispa y dos yataganes viejos, y con eso sobra para destronar á Su Excelencia.

—Pero, hijo, ¿es verdad que estás dispuesto á derrocarme? ¿tan malas intenciones tienes para conmigo?.

—Sí, señor, y apúrese, porque yo ya me muero de ganas de ser presidente y no aguanto más.

—¡Pero, chico, por Dios. reflexiona! Se me junta el cielo con la tierra ante la idea del destronamiento!

—Pues á mí no se me junta nada.

—Dame siquiera tiempo para llevarme mis papeles, mis muebles y mi ropa.

—Nó, eso sí que nó; precisamente una de las razones por que quiero ser presidente es por pescarme el «chaqué» que Ud. usa en los días de fiesta: ¿y así cree Ud.que voy á dejarlo llevarse la ropa? Saque todos los papeles que quiera, que poco me importan, pues no sé leer; pero lo que es la ropa, ésa es mía y no me la quita nadie. Y andando, porque ya estoy aburrido.

¿Qué había de hacer don Luis Gálvez, el infortunado presidente, sino ceder ante la revolución triunfante?

El capitán Braga por compasión le permitió ponerse la ropa interior y una camisa de dormir; y el infausto mandatario salió del palacio, á cuya puerta le esperaba el ejército vencedor. Allí ¡horror! la soldadesca se le fué encima y le dió tres

bofetadas, con lo que don Luis huyó desesperado y maltrecho.

Embarcóse en seguida á pie pelado en el Río Acre y así fué navegando hasta llegar á otro árbol, á cuya sombra se puso á reposar un rato, miéntras los rio-acrenses lo apostrofaban desde el árbol vecino y le mostraban los puños.

Así concluyó el reinado de don Luis Gálvez, que, durante los tres meses de su gobierno, fué tan trabajador que jamás se ausentó del territorio de la República ni pidió ningún día de feriado.

Dicen que el capitán Braga está gobernando tranquilamente, pero no las tiene todas consigo, pues ha notado que un cierto sargento Chaparro lo ha mirado de reojo ya en dos mañanas consecutivas.

Enero 26 de 1900.

DE VUELTA DEL DESTIERRO

¡Oh dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios quería!....

Grave y solenme fué el acto ejecutado el viernes último, en que el primer alcalde de Valparaíso (1), acompañado de varios miembros del municipio y de los empleados de su dependencia, recibió en el hogar municipal á los que tornaban del destierro, á los muebles embargados por los señores Strelow y Arratia y que estos señores devolvían á las oficinas municipales.

Grave y solemne, repito, fué la ceremonia y en todos los semblantes se leía el placer de volver á ver á aquellos antiguos amigos, pero nublado por el recuerdo de las pasadas angustias. En el rostro del alcalde, especialmente, se reflejaba una expresión indefinible; talvez pensaba en otros tiempos, ya lejanos, en que fué municipal, y parecía decir

(1 Don José Ramón Gutiérrez.

claramente, mientras sonreía mirando los muebles:

¡Oh dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios quería!...

Bajados fueron los muebles desde lo alto de aquellas golondrinas, que no fueron como las de Becquer pues volvieron con los muebles á cuestas; y los anchos y mullidos sillones comenzaron á extenderse por las amplias y bien iluminadas salas, como si se les hiciera estrecho todo el espacio y escasa toda la luz. Se oía al mismo tiempo un ruido de resortes, de muelles, que daba claras muestras de que los sillones se desperezaban, se desentumecían, gozaban de la vida por todos los poros del marroquí.

Un sillón, el más corpulento de todos, luego que vió sola la sala, se volvió á todos lados, como tomando posesión de sus antiguos dominios, corrió sobre sus ruedecillas hasta encontrar postura cómoda y con voz cavernosa, que parecía salir de las oscuras cavidades de sus estrañas de alambre, dijo clara y distintamente:

—En nombre de los acreedores compasivos, se abre la sesión.

Al oír esta palabra de orden, los demás sillones tomaron sitio y se acomodaron lanzando chirridos de placer, mientras allá en el fondo, en la barra, luchaban por lograr sitio propicio las sillas angostas, las tapizadas y las de junco, para asistir á aquella sesión solemne de los desterrados vueltos al suelo de la patria municipal.

—Señores—agregó el sillón presidencial—con muchísima razón dijo aquel poeta latino: *Post nubila Phoebus*, porque no hay oscuridad que al fin no llegue á ser luz, aunque no sea más que la

luz de un fósforo. Hemos vivido, y de ellos son testigos los honorables sillones colegas que me escuchan, hemos vivido vida de prisión y tiranía, relegados á una oscura bodega, donde nos encajaron apiñados y trepados los unos sobre los otros, con grave irreverencia hacia nuestra alta dignidad y nuestros honrosos antecedentes.

"Mientras los más humildes escaños de madera —continuó diciendo con honda amargura—, gozaban de la libre y bienhechora luz, nosotros, graves sillones de marroquí, estábamos hundidos en la sombra; mientras las bancas plebeyas de la Gran Avenida tenían sol y calor en abundancia, nosotros gemíamos en bodegas húmedas y plagadas de ratones; mientras la más infeliz silla particular gozaba del derecho de brindar descanso á sus amos, nosotros, sillones públicos, nosotros, sillones edilicios, nosotros, que somos los verdaderos sostenedores de las corporaciones municipales, nosotros ¡oídlo bien, honorables colegas! nos hemos visto obligados á tener por vecinos inmediatos á sucios sacos de huesillos y porotos y á sufrir el horrible sacrilegio de sustentar innobles posaderas de cargadores.

—¡Bien! muy bien! cierto!—gritaban los demás sillones.

—Es la pura verdad—dijo uno—, y eso es tan cierto que con la humedad me han salido pelos por todo el cuero. Pido, pues, que me traigan un peluquero.

—Y á mí—dijo otro—, con la vecindad de los porotos hasta me han salido brotes en la madera y siento en mis resortes una horrible propensión al ruído.

—Todo eso clama venganza, señores y honorables colegas—prosiguió el presidente—, y en

consecuencia propongo un voto de censura contra el alcalde que nos dejó embargar y contra los crueles que nos embargaron.

—¡Una palabra!—gritó una silla coja desde la barra.—Una palabra, señores: creo que más bien debéis dar un voto de aplauso y gratitud, porque habéis sido más felices que nosotras.

—¡Abajo ese tipo! ¡Fuera la insolente!!—dijeron unos.

—¡Que se explique!—dijo otro—; es una ciudadana honrada y tiene derecho de hacerse oír en este recinto.

—Sí, sí, que hable.

—Señores—dijo la silla coja—, vosotros habéis sido más afortunados en vuestra prisión que nosotros en la libertad. Nosotros hemos padecido aquí horribles calores, hemos sufrido mortales bochornos, porque se sentaban en nosotros gente indigna. A mí me tocó en suerte un demócrata y desde entonces perdí el barniz y la juventud. Nosotros hemos visto menoscabarse la dignidad municipal y salir á la calle el resto de los dineros, mientras los jornaleros no recibían ni un centavo.

Y por fin, nosotros hemos sido testigos y parte en los escrutinios electorales, donde servimos de instrumentos de guerra. Yo he volado, arrojada por una mano formidable, y después de pasar por encima de muchas cabezas fuí á caer sobre una sumamente dura, donde se me tronchó una pata y me quedé coja. Atended, pues, y mirad si ha habido dolor como el nuestro.

—Tiene razón la oradora—dijieron varias voces.

—Sí, y en prueba de ello propongo una solución—dijo el sillón presidente:—vamos todos y sin formar tumulto, desfilemos por la casa del

actual alcalde, en señal de gratitud y aplauso, pues él nos ha salvado.

La proposición fué acogida con gran entusiasmo y todos los sillones y sillas salieron en fila, unos cojeando y otros con los juncos rotos, pero en orden y compostura.

Y todos iban cantando con gran regocijo:

Volverán otra vez las golondrinas
Por las calles y plazas á cruzar,
Y otra vez los ediles de este puerto
El tiempo perderán;
Pero aquéllas de Strelow y de Arratia,
Aquéllas que venían á embargar
Y cargaban con sillas y sillones.....
Esas no volverán.

Marzo 20 de 1900.

CELEBRIDAD DESESPERANTE

La falta de temas ó de noticias que suele aquejar á los miembros de la prensa, además de ser una majadería que explotan ciertos escritores que muelen al público escribiendo que no tienen sobre qué escribir, suele producir un resultado evidentemente desastroso, sobre todo cuando esa carencia de noticias afecta á los cronistas.

Es claro: como á veces nadie se mata, nadie se muere, nadie asesina, no hay alborotos, ni casamientos, ni otras desgracias más ó menos calamitosas, los cronistas se aferran al primer prójimo que pillan á tiro de párrafo y le muelen, y muelen á los lectores publicando todos los detalles de todos los movimientos de ese individuo.

¿Recuerdan nuestros lectores á esos dos oficiales de ejército, Chandler y Cabrera, que se fueron al Ecuador? Imposible es que hayan sido olvidados, porque los cronistas de todos los diarios de Chile escribieron sus nombres tantos millones de veces que hasta se los gastaron y apenas si me acuerdo de su apellido.

Un año antes de que salieran para el Ecuador, dió un diario la noticia de que esos oficiales debían emprender tal viaje: "Dentro de un año irán al Ecuador el mayor Cabrera y el capitán Chandler, contratados para servir de instructores militares."

Desde entonces no era posible abrir un diario sin que se encontrara la noticia del viaje de esos señores, siempre la misma, sin variantes, sin adornos, sin cambio de ninguna clase; y si había variantes, eran de este tenor:

—"Dentro de 365 días se van al Ecuador los señores Chandler y Cabrera."

—"Trescientos sesenta y cuatro días faltan para que se vayan al Ecuador los señores Chandler y Cabrera."

—"Ya sólo faltan trescientos sesenta y tres días para que se vayan al Ecuador los señores Chandler y Cabrera."

Y esto era eterno, de todos los días, por la mañana, á medio día y en la noche, según que el diario que daba la fresca noticia era matutino, vespertino ó nocturno.

Y la gente se desesperaba y se volvía loca con aquella majadería espantosa. Y hubo quienes estuvieron tentados de hacer lo que aquel Lord inglés, que, viendo por cinco días seguidos en el *Times* un aviso de venta de un caballo tuerto, hizo comprar el animal y lo mató de un balazo para librarse de la repetición del aviso.

Por suerte no hay aquí ingleses irascibles, que de otro modo los militares Chandler y Cabrera no estarían vivos ni instruyendo soldados en el Ecuador.

Ya no es posible que alguien sea persona de mediana importancia sin verse expuesto á que los cronistas le asechen hasta el modo de andar y se lo cuenten al público en letras de molde.

Ultimamente ha emprendido viaje á Europa un distinguido caballero de Santiago. Apenas lo supieron los terribles de los diarios, empezaron á contar la noticia á todo el mundo.

Que don José Perez se va á Europa; que antes de irse piensa comprar otro sombrero de copa; que ayer se mercó unos zapatos en la calle del Estado; que yendo por la de Ahumada tropezó dos veces y estornudó cinco; que esto hace presumir un romadizo recalcitrante y talvez tenga que postergar el viaje (el señor Pérez, no el romadizo); que don Josè va mejor del romadizo; que anoche sólo estornudó una vez y mañana tomará *Apenta*; que ya está completamente restablecido; que mañana tomará el tren para Valparaíso.

Y cada una de estas interesantes noticias es materia de un párrafo de crónica para cada día.

Al fin toma el tren el viajero y los de la crónica le siguen la pista con una tenacidad espantosa, capaz de reventar al más duro.

Don José Pérez tomó el tren de 6.15 P. M. en el Mercado; á las 7.10 pasó por Tiltil como una exhalación; á las 8 se bajó en Llaillay y se comió dos pejerreyes y bebió media botella de vino tinto; á las 9 pasó por la Calera; á las 9.20 asomó la nariz en Quillota y dijo:—¡ay! tantas flores! y compró dos chirimoyas y se las comió; á las 10.35 sacó el cuerpo por la ventanilla en Viña del Mar y á las 11 llegó al Puerto, tomó un coche y gritó: ¡llévame al hotel!

Y apenas lo largan los cronistas de Santiago lo reciben los de Valparaíso, de refresco, y lo persiguen hasta en alta mar.

Y el público se desespera y brama y pide por favor una muerte repentina para todos los cronistas y para todos los hombres importantes de todo el mundo.

Y así se cree que progresa la prensa en Chile.

Mayo 6 de 1900.

FERVOR PERIODISTICO

Como todo es moda en Chile y como todo se acoge al principio con verdadero furor, las bicicletas, las revistas literarias, las corridas de toros, el football, etc., hoy ha entrado la moda y el furor por los diarios: no hay quien no quiera fundar un diario más ó menos propio, ó quien no piense, si ya tiene uno, en publicarlo en dos ediciones.

Y se ha escogido á Santiago para empapelarlo con diarios, pues, además de los nueve con que ya contaba, se anuncia la fundación ó á lo menos la segunda edición de otros.

Así *El Mercurio*, que ya había duplicado su papel en Valparaíso, duplica sus ediciones y ha avisado que publicará una en Santiago. *El Chileno*, no contento con recorrer las calles por la mañana, ha resuelto recorrerlas también por la tarde y anuncia una edición vespertina. Y se ha lanzado, por fin, la amenaza de otro diario de la tarde, que se llamará *La Prensa*, porque su dueño ó sus dueños creen que los demás diarios no son prensa ó no forman parte de ésta.

Ya tienen, pues, dónde escoger los lectores de Santiago: por la mañana *El Porvenir*, *El Ferrocarril*, *El Chileno* y *La Ley*: por la tarde *La Nueva*

República, La Tarde, El Mercurio, La Prensa, La Alianza Liberal, El Chileno, La Libertad Electoral; y hasta el *Diario Oficial*, si aun quedan sobrevivientes.

Y si á pesar de tantos diarios no se pudiera decir que había mucho movimiento intelectual, á lo menos no cabría duda de que habría mucho movimiento de suplementeros.

Es verdaderamente consoladora toda esa agitación, toda esa actividad: centenares de periodistas que escriben millares de millares de cuartillas; gran venta de papel blanco; extraordinario movimiento de prensas; asombroso desgaste de tipos; aumento sorprendente de la tirada de los diarios; un ir y venir incesante de los cronistas; recargo en un 60% de los reportajes é intrusiones; y por sobre toda esa algarabía, sobre todo ese hormigueo mareante, dominándolo todo, el *tiquetco* no interrumpido de las tijeras y la grita atronadora de los vendedores de periódicos que no encontrarán compradores.

Porque es claro y evidente: el gran negocio de este hervor periodístico será para los despacheros; el papel al peso sufrirá una baja inesperada.

Poco importa que aumente el número de los diarios, si no aumenta el del público que lee; lo que interesa no es tirar más ejemplares sino hallar quien los compre. Lo conveniente, lo capital, lo salvador sería tirar mayor número de lectores.

Nunca se puede estimar el número de lectores en más de un 20% de la población; en Santiago habría, pues, 50,000 lectores, que, repartidos desigualmente entre 12 diarios, harían la fortuna de unos, pero matarían á otros.

Y ya que son doce los diarios, que no son por

supuesto los doce apóstoles, bien podrían convenirse para aparecer cada hora y llenar así las doce hábiles del día.

La Ley, por ejemplo, saldría á luz á las siete de la mañana pidiendo limonada en todos los «restaurants» y gritando:—¡Abajo los frailes. Yo sí que madrugo!

A las ocho *El Porvenir*, sin preocuparse de vender poco ó mucho, iría diciendo:—No por mucho madrugar se amanece más temprano.

A las nueve *El Chileno*, haciendo sonar las fichas en los bolsillos, diría:—Yo gano plata á toda hora.

A las diez *El Ferrocarril*, bostezando á toda boca, se ofrecería por medicina á los que padecen de insomnio.

A las once *La Prensa* se anunciaría como aperetivo para los come-frailes.

A las doce clamaría *La Libertad Electoral*: — Yo aprovecho el cañonazo para tener fuerzas; de otro modo no entro en ninguna parte.

El Mercurio, á la una, después de almorzar, diría con fruición:—Yo vendo al contado.

Y *La Tarde* respondería á las dos:—...Y yo vendo al crédito.

A las tres *La Nueva República* refleccionaría diciendo:—Aunque me llamo nueva, sospecho que voy pasándome de vieja.

A las cuatro *La Alianza Liberal*, asomándose á la calle, podría decir:— Si me quedo en la imprenta, gano plata.

A las cinco otra vez *El Chileno* correría preguntando:—¿No quedan fichas por *ei*?

Y el *Diario Oficial*, á las seis, el último de todos, pasaría en carretilla murmurando entre dientes:—

El que quiera suicidarse, que lea mis páginas.— Y á su paso todo el mundo se irá á dormir como con morfina.

Con este sistema todo el vecindario sabría á qué horas debe cerrar las puertas de la calle, para evitar la entrada á ciertas malas visitas.

Mayo 25 de 1900.

UN VIAJE ETERNO

Un cielo gris, un horizonte oscuro,
Y andar, andar...

La prensa de Buenos Aires viene, desde hace días, rompiéndonos los oídos con la cantinela de que puede formarse una liga defensiva con propósito de hostilidad contra Chile.

Sin duda alguna en esta liga entrarían la República Argentina, el Perú y Bolivia, con lo cual se espera que estas dos últimas puedan pagarnos la visita que les hicimos hace veinte años. Y pretenden con eso atemorizarnos y meternos el resuello, como vulgarmente se dice, pues imaginan que con una sonajera de sables no hay hombre que no tiemble de espanto.

Sin embargo, nos quedamos tan tranquilos, no por baladronada, sino porque vemos que entre los futuros aliados hay quien no puede con lo propio y mucho menos ha de poder con lo ajeno.

Si alguna duda tuviéramos á este respecto, bastaría para disiparla lo que ha ocurrido á Bolivia con la sublevación de Río Acre.

Apenas llegó á Sucre y La Paz la noticia de la rebelión de los *rio-acérrimos*, el gobierno boliviano

tomó medidas rápidas y enérgicas para sofocar la revolución y despachó inmediatamente un ejército que fuera á debelar á los insurgentes. En Junio del año pasado se pusieron en marcha las falanjes bolivianas, caminito de Río Acre, llenas de ardor bélico y encendidas en patriótico denuedo.

Los rebeldes temblaron de espanto, pero seguían revolucionados; y por entretenerse en algo, mientras llegaba el ejército pacificador, eligieron presidente á D. Luis Gálvez, se dieron una constitución, formaron ministerios y provocaron dos crisis de gabinete. Y el ejército boliviano andando y andando....

Como todavía les quedaba tiempo disponible, los de Río Acre se divirtieron en formar un congreso, en donde empezó á discutirse un proyecto de defensa contra Bolivia. Los debates duraron cuatro meses, intervalo en que alcanzaron á encargar media docena de sables á Europa, y los recibieron y aprendieron esgrima. Y los bolivianos andando y andando.....

En eso el capitán Braga empezó á madurar la idea de derrocar al Presidente Gálvez y sustituirlo en el mando supremo. Se apoderó de los seis sables, alistó tropas, sembró la semilla revolucionaria y la cosechó y, alzándose en armas contra el poder constituído, derribó á Gálvez, se sentó en el trono de Río Acre é inauguró solemnemente el reinado de Braga I. Y los bolivianos andando y andando.....

D. Luis Gálvez, destronado y proscrito, aprovechó la oportunidad para enfermarse gravemente y se fué á Pará, donde empeoró, lo desahuciaron, tomó vapor para Europa, llegó al Viejo

Mundo, lo medicinaron, mejoró, convalesció, sanó y se restableció completamante. Y los bolilivianos andando y andando.....

El reinado de Braga I no fué feliz; luego empezaron á sonar rumores de anexión y en seguida vinieron los proyectos de ley y los debates parlamentarios y las peticiones populares de anexión al Brasil. Braga viajó y se entendió con el Gobierno de Río Janeiro, el cual mandó buques á Río Acre. Hubo negociaciones y arreglos internacionales. Y los bolivianos andando y andando.....

Y ha pasado un año entero durante el cual Río Acre ha sido sucesivamente provincia boliviana, hogar de revoltosos, república independiente, nación sublevada, estado anexo del Brasil; y los *río-acérrimos* han tenido dos presidentes, siete juntas de gobierno y veintiséis crisis ministeriales. Y los bolivianos andando y andando.....

¿No parece que ese ejército pacificador es el judío errante, que no llega nunca á su destino?

Cuando pasen cien años y se encuentre un anciano con las piernas gastadas hasta las rodillas y se le pregunte quién es, responderá: —Soy uu boliviano que va á pacificar á Río Acre.—Ese, dirán nuestros tartaranietos, es uno que salió para Río Acre y todavía no llega allá.

Y si eso ocurre á los bolivianos en su propia patria ¿qué más será cuando vengan á conquistar á Chile?

Llegarán á Fashoda los franceses,
Y á la India un ejército del Czar,
Y hasta las puertas de Pekin un día
Seymour ha de llegar;

Pero aquellos valientes bolivianos
Que salieron ha un año de La Paz,
Esos que van marchando á Río Acre...
Esos... ¡no llegarán!

Julio, 1.º 1900

LAS CAJAS, LOS LADRONES Y LOS INCENDIOS

Todos los lectores encuentran, seguramente, en los diarios, avisos en que se recomiendan las cajas de caudales de tal ó cual fábrica por ser las más sólidas y las más eficaces para la defensa de valores contra ladrones y contra incendios.

Como no todos sino muy pocos lectores (¡ojalá fueran todos!) necesitan de tales cajas, nunca talvez habrán calculado qué suma de esfuerzos de la imaginación y de la inteligencia representa cada uno de esos artefactos de acero; esfuerzos que tienen sus paralelos, pues á los del mecánico que cada día inventa cajas más y más seguras corresponden los del ladrón, que cada día despliega mayor inventiva para forzar toda nueva caja.

Sucede con esto lo que con aquel fabricante de tintas que inventó una indeleble y vendió el secreto por una gruesa suma de dinero; en seguida inventó una sustancia que podía borrar esa tinta indeleble y el mismo comerciante tuvo que comprar este nuevo secreto. Despues preparó otra nueva tinta indeleble, inalterable por el borrador anterior, y más tarde otro nuevo borrador que destruía todas las tintas. De este modo aun no se

agota la serie de las tintas indelebles y de los correspondientes borradores.

Igual cosa ha pasado con las cajas de caudales. Los mecánicos han venido tratando de hacerlas inaccesibles á los ladrones y han inventado secretos y más secretos; y por su parte los ladrohan venido inventando ganzúas y más ganzúas. Y la lucha no lleva visos de terminar.

Hay en Washington una gran casa bancaria en que esta lucha se hizo palpable y se concentró, por decirlo así, en las cajas de la institución. Desde el mecanismo más sencillo é ingenioso hasta las combinaciones más complicadas, ideadas por un prodigio de inventiva, todo tuvo su correlativo en el ingenio de los ladrones, que mostraron ser de más talento que los mecánicos: toda nueva caja irremisiblemente amanecía rota y abierta al día siguiente de estrenada.

Un día se inventó una verdadera maravilla de mecánica: aquello era el ultimatum, el non plus ultra; se guardaron en ella los libros de la casa, como de costumbre, y se ajustaron las cerraduras. Al día siguiente la caja apareció despedazada; los ladrones no se dieron el trabajo de forzar la imaginación y cortaron el nudo gordiano con un cartucho de dinamita.

Entonces se adoptó una costumbre que ha dado espléndido éxito. En la caja sólo se guardaron los libros pero nunca valor alguno, y se dejaban las puertas abiertas y en ellas un cartel con estas palabras: «Señores ladrones: la caja está abierta.» Desde ese día no ha habido robos ni gastos de cajas de caudales.

Una lucha semejante se ha empeñado entre esas mismas casas y los incendios. En esta contienda no se combatía con un enemigo ingenioso;

pero en cambio "el voraz elemento," como dicen los cronistas, sin forzar cerraduras ni descubrir secretos de mecánica, calentaba las cajas y hacía que se quemaran los libros, valores y papeles guardados en ella.

Púsose, pues, en prensa la imaginación para que inventara cajas de toda seguridad contra incendios y la mecánica ha llegado hasta extremos verdaderamente inverosímiles.

La última demostración de estos esfuerzos del ingenio fué la que se dió en Chicago no hace mucho tiempo.

Había allí dos fabricantes que luchaban en competencia y en inventiva, hasta que uno de ellos anunció que había construido una caja de absoluta seguridad, y señaló un día para dar una prueba en público. El otro fabricante anunció que ese mismo día concurriría al mismo sitio con otro invento suyo que presentaría en competencia con aquél.

Llegado el día de la prueba, el primer fabricante presentó su caja; la colocó sobre una enorme pira regada con petróleo, y en seguida le puso fuego. Despues de cuatro horas de combustión y, agotada la leña y el carbón de piedra, se separaron las cenizas y, puesta la caja en descubierto, se vió que no había recibido daño alguno; el fabricante abrió entonces la cerradura y ¡oh prodigio! del interior salió corriendo un gallo, que agitó las alas y lanzó un sonoro *qui-qui-ri-qui.*

Aquella era el *desideratum* de las cajas contra incendio : asi lo proclamó el público.

Adelantóse entonces el segundo fabricante; presentó su respectiva caja, en la cual encerró el mismo gallo de su contendor; rodeóla de abun-

dante combustible, puso fuego, ardió la pira ocho ó diez horas, sacó la caja, abrió las cerraduras y.... el gallo no salió.

Se registró la caja: el gallo estaba muerto..... de frío, perfectamente congelado, exactamente como si fuera un helado napolitano.

El primer fabricante se retiró humillado y confundido.

Agosto 19 de 1900.

UNAS BOFETADAS

PARLAMENTARIAS

La cuestión palpitante, el asunto del día, la nota candente de la actualidad, el rumor por excelencia es el de unas bofetadas parlamentarias que resonaron anteayer como estampidos de cañón en los pasillos de la Cámara de Diputados:

Padilla presumido
De esgrimista valiente,
Y Concha algo fornido,
No sé por qué accidente
Tuvieron sus palabras de manera
Que armaron una brava pelotera.

Cuentan testigos oculares que los dos contendores se habían cambiado palabras muy agrias en la sesión, tan agrias que, como la levadura, estaban destinadas á levantar chichones en breve espacio de tiempo. Y en un entreacto, y en el momento en que los diputados salían de la sala, el Sr. Padilla se acercó al Sr. Concha y, tirándole de un faldón de la levita parlamentaria, le dijo estas ó parecidas palabras:

—¿Qué hubo de sus amenazas, D. Malaquías? Póngase en guardia.

El diputado esgrimista comenzaba, pues, por notificar previamente á su contendor, de los puñetazos que deseaba lloverle.

Comenzó á ponerse en guardia el Sr. Concha y, antes de que concluyera de hacerlo, salió desde el Sr. Padilla una bofetada como una bala que fué á ponerse en la democrática figura del señor Concha.

Y aquí comienzan á dividirse los pareceres: unos dicen que la bofetada tropezó con la cabeza del Sr. Concha; otros dicen que se incrustó en un ojo; y no faltan quienes la hagan descender hasta el estómago del ofendido. Esta primera bofetada se parece, pues, mucho á la dársena de Valparaiso, en que están discordes las opiniones acerca de su ubicación.

Pero en lo que hay consentimiento unánime es en que el Sr. Concha rodó decididamente por el polvo. Púsose en pié, dispuesto para la lucha; esta vez el Sr. Padilla rectificó la puntería y encajó la segunda bofetada en un ojo de su adversario, sin que quedara lugar á duda de ningún género acerca del acierto en la elección de sitio.

Y parece que el Sr. Concha había tomado decidida afición al suelo, porque volvió á rodar por tierra. Oyóse un rugido de rabia, se levantó una nube de polvo y, cuando ésta empezó á desvanecerse, se vió al Sr. Concha alzarse iracundo, tapándose el ojo con la mano y rugiendo:

—¡Esto no puede quedar así! ¡Esto no puede quedar así!

—Efectivamente, agregó el Sr. Padilla, *eso* no puede quedar así: *eso* se hincha.....

Los diputados, que habían acudido al tumulto y á los estampidos, rodearon solícitamente al señor Concha y trataban de calmarlo y tranquilizarlo.

—Sosiéguese, D. Malaquías—decían todos;—cálmese; todo pasará; no es nada lo del ojo.....

—Esta ofensa sólo se puede lavar con sangre—interrumpía furioso el maltrecho diputado.

—No, señor, con vinagre—dijo uno de los presentes.

—Mal ojo le veo al asunto,—decía otro que trataba de aquietar á los luchadores.

Pero á pesar de esta intervención, la lucha llevaba visos de continuar.

"En esos momentos—dice el corresponsal de *El Mercurio*, en sus noticias de ayer—acudieron varios diputados que separaron á los contendientes y después de lavar con vinagre el *ojo* al señor Concha *lo* metieron en un coche que *lo* condujo *á su casa.*"

Por donde se ve que el ojo debe haber saltado muy lejos, pues fué necesario tomar coche para que lo llevara *á su casa*, es decir, á su correspondiente cuenca, supongo.

Entre tanto el diputado Sr. Gutiérrez se acercaba á su conmilitón y en tono de reproche le decía:

—Eso te pasa por gallo, colega; ya lo ves, la sesión te va á costar un ojo de la cara.

Por fin, separados los pugilistas y lavado el ojo, renació la calma y cada cual se fué á su casa lamentando el incidente. Todo parecía quedar arreglado pacíficamente.

Sin embargo, en la noche empezaron á circular en Santiago numerosas tarjetas que decían: "*Mi-*

guel Angel Padilla, diputado, reparte bofetadas en la Cámara y á domicilio.»

Todo este desagradable suceso ha despertado profunda indignación por una parte y mucho entusiasmo por otra. Los entusiastas piensan pedir á la Cámara que en adelante celebre sus sesiones en el frontón García Ballesteros, destinado á los atletas y pugilistas.

Entre tanto un grupo de diputados de temperamento apacible ha solicitado que se construya al lado de la sala de sesiones un anexo, cuyo destino se indicará con la siguiente inscripción: «*Boxing exchange*: se dan y se devuelven bofetadas parlamentarias, por comision y por cuenta propia; se prefieren las de la primera clase.»

Poco después del sonoro incidente, algunos mal intencionados han hecho correr el siguiente epigrama:

Arrebatado de enojo
En unas agrias porfías,
Dió Miguel á Malaquías
Un puñetazo en un ojo.

Y al ver aquel ojo hinchado
Supersticiosas las gentes
Murmuraban entre dientes:
«¡Malaquías está ojeado!»

Agosto, 24-1900.

LOS FUEGOS ARTIFICIALES

En estos días vecinos de las festividades patrias, apenas si se encuentra en los diarios y periódicos otra cosa que programas de las fiestas del *Dieciocho*, en los cuales ocupan sitio preferente y principal los fuegos artificiales. Podrá una municipalidad díspensarse de las reparticiones de premios, de las carreras de ensacados, de la *canción* tocada por la banda y cantada por las escuelas públicas; pero ninguna hay que se atreva á suprimir los fuegos de artificio, porque ellos son la gran fiesta, la suprema diversión.

Al ver esta vez esos programas y esos anuncios de fuegos artificiales, me ha venido á la memoria un incidente de que fuí testigo en un pueblo del sur, en estos mismos días de las fiestas patrias.

En el presupuesto municipal se habían consultado 200 pesos para las fiestas y, algunos días antes del Dieciocho, el alcalde pidió á la municipalidad que fijara el programa y propuso desde luego un *Te Deum*, que los ediles acogieron con gruñidos, de tal modo que fué necesario retirar la proposición.

—Compraremos entonces fuegos artificiales, para los cuales pueden destinarse $ 150.

—¡Muy bien! ¡muy bien!—dijeron todos.—¡Aprobado!

—¿Y qué hacemos con los $ 50 restantes?

Esta pregunta suscitó una lluvia de indicaciones; quien pedía carreras de burros, con premios para los vencedores, con exclusión de los municipales; quien indicaba un banquete para los ediles; quien proponía un paseo campestre.

Al fin uno más práctico pidió que se compraran algunos corderos para obsequiar á los principales vecinos con cordero asado. Esta proposición fué acogida con entusiastas aplausos. Y se acordó que el día 18, después del cordero asado, se quemarían solemnemente en la plaza los fuegos artificiales.

Se pidieron los fuegos á Santiago, pero como el presupuesto no era muy abundante, las piezas no fueron tampoco de las mejores: un *bombardeo*, cuatro ó cinco ruedecillas, algunas docenas de voladores de luces y, sobre todo, *un sol giratorio con gloria chinesca*, que era la gran pieza, la de efecto, la que había de volver locos á los campesinos, no acostumbrados á tan altas cosas.

Llegó el día 18 y de madrugada llamó el alcalde al comandante de policía y le dijo:

—Vea, comandante: Ud. se encarga de los fuegos; haga plantar luego los palos y asegúrelos bien; no sea cosa que se caigan y que los fuegos salgan deslucidos; cuide mucho, sobre todo, del sol giratorio con gloria chinesca; mire que si se estropea perdemos lo mejorcito de la fiesta.

—Pierda cuidado, señor; confíe en mí.

Y el comandante, con una actividad cuyo secreto

ignoran todas las policías, se fué á la plaza, hizo abrir hoyos, plantó los palos y á las once de la mañana ya se alzaban los fuegos, allá arriba, semejando gigantescas arañas, esperando que bajaran las pardas sombras de la noche, para lucir sus maravillas; mientras el pueblo, al pie de los palos, comentaba anticipadamente las impresiones de aquel espectáculo casi nuevo.

Entre tanto, en casa del alcalde, se aderezaban convenientemente los corderos para el festín de la tarde.

Y el alcalde iba y venía de los fuegos á los corderos, y de los corderos á los fuegos, y en todas partes mandaba y en ninguna le obedecían gran cosa, y él estaba lleno de la ansiedad que precede á las grandes alegrías que se esperan en hora fija.

El día estaba nublado y lleno de amenazas; y á las tres empezó á cumplirlas con gruesos goterones, que hacían chirriar la fogata en que se asaban los corderos.

El alcalde improvisó entonces un techo de tablas, para impedir que los corderos asados se mojaran con la lluvia que arreciaba. Y entre tanto el pueblo veía con terror aquella lluvia impertinente que venía á aguar la fiesta.

Pero luego cesaron los goterones, se serenó el cielo, sonrieron todos los rostros y los vecinos empezaron á gozar de antemano con el olor apetitoso de los corderos asados que se esparcía por todo el pueblo, como sutil mensajero que llevaba en sus alas la promesa del esterminio de muchas hambres atrasadas.

Dieron las seis y con las primeras sombras de la tarde empezaron los convidados á dirigirse á casa del alcalde.

Este se hallaba ocupado en los últimos preparativos y en hacer que se resolviera á asarse un cordero rebelde, todavía á medio dorar.

En ese momento entró el comandante de policía, como una bala, donde estaba el alcalde, gritando y sin aliento:

—¡Señor!... ¡los fuegos!... ¡los fuegos!

—¿Qué? ¿Qué hay con los fuegos?

—Que se han... mojado... señor...

—¿Se han mojado? ¡qué barbaridad! ¿Y el sol giratorio?

—Ese es el peor de todos, señor.

El alcalde quedó consternado: los fuegos, el sol giratorio, su gloria de alcalde, su popularidad; mil ideas diversas pasaban por su mente; se vió perdido, desprestigiado, aniquilado; vió cerrarse el horizonte y que una obscuridad profunda lo invadía todo, y en medio de ella una ruedecilla giraba en torno de un eje, lanzando millones de brillantísimas chispas, con ruido de voladores, que parecía burlarse del alcalde.

Pero éste era hombre de grandes recursos y luego vió el remedio de la situación.

—Estamos salvados, comandante,—dijo. Descuelgue inmediatamente todos los fuegos, sobre todo el sol giratorio; tráigalos aquí, abra sitio entre los corderos, y ponga los fuegos donde les dé el calorcito para que se sequen.

Todos respiraron: la espantosa pesadilla se había desvanecido. Y mientras el comandante desempeñaba en conciencia el encargo, se preparaban las mesas y se atendía á los comensales, que empezaban á llegar.

Cerca de las siete eran cuando estuvieron reunidos todos los invitados; se habían distribuido

algunos vasos de moscatel para abrir el apetito; sentáronse todos á la mesa y el alcalde, con voz tan solemne como la que empleaba al decir «se abre la sesión,» dijo:

—Traigan los corderos.

Pero en esos momentos resonó en el patio una detonación espantosa, seguida de muchas otras, mezclada de estraños silbidos, de gritos de la servidumbre, mientras la casa se iluminaba con todos los colores del arco iris.

Los convidados salieron al patio en confuso tropel y allí vieron ¡horror! que los fuegos, calentados en exceso y adelantándose al programa municipal, se quemaban y ardían diseminados por el suelo, con espantosas convulsiones de condenados; y en medio de todos, el sol giratorio con gloria chinesca se retorcía como epiléptico, y su ruedecilla giraba vertiginosamente lanzando millones y millones de chispas azuladas, amarillas, verdes, rojas, anaranjadas, violetas y carmesíes.

Y en tanto los corderos ¡ay! rodaban ignominiosamente por el polvo, víctimas de los disparos del *bombardeo*, inútiles, inservibles, amazados con tierra y pólvora quemada...

— —

Poco después se reunió la municipalidad y el alcalde fué destituido por unanimidad de votos.

Septiembre 9 de 1900.

LOS PARQUES INGLESES

Y LOS CALORES EN SOL MAYOR

La prensa local ha estado hablando en estos días de unos arreglos que se piensa hacer en la Plaza de la Victoria, por obra y actividad de algunos respetables caballeros, buenos amigos del vecindario de Valparaíso. Que la plaza pide con un lenguage mudo pero elocuentísimo que se le hagan algunos arreglos, es cosa que nadie pone en duda, sobre todo cuando se considera que, en el invierno, ésa no es plaza sino receptáculo de todas las inmundicias que arrastran los cauces reventados.

Pero, por Dios, por lo que más quieran, por su señora madre se debe rogar á esos caballeros que no se dejen caer en la tentación de convertir la plaza en un parque inglés. Los organizadores de los susodichos arreglos son personas sensatas, muy cuerdas, bien intencionadas y absolutamente inofensivas y no han de querer asarnos á fuego lento, como acontece al vecindario de muchas otras ciudades de la República.

Como las ondas se propagan del centro á la circunferencia, así ha cundido el mal ejemplo de Santiago á las provincias.

Un alcalde y un municipio tuvieron allí la ocurrencia de formar un parque inglés en la plaza principal, y desde entonces apenas hay ciudad en Chile que no haya hecho otro tanto; y es de temer que algún día se le ocurra á alguien hacer lo mismo en Valparaíso.

Cierto es que la plaza de la Intendencia en Santiago era antes una cosa horrible y del peor gusto imaginable y que ahora es hermosísima, la mejor de Chile, sin disputa. Pero enel verano, con ese calorcito que Dios ha dado á la capital ¡con qué pena se recuerdan los frondosos árboles de antaño y con qué mirada de reconcentrada ira se contemplan los arbolillos de ahora, que no dan sombra ni á una hormiga!

Los flacos no pueden comprender ese tormento, nó: ellos no estan dotados de la sensibilidad exquisita de los gordos, de los que nos derretimos con una sola mirada de Febo, de los que cambiamos veinte veranos por un solo invierno, de los que nos sentimos invenciblemente inclinados á las liquidaciones con sólo que el calor pase de 26.º

Y los gordos tenemos derecho á hacernos oír, á imponer nuestra opinión, porque nadie puede negarnos que somos hombres de peso. En nombre de tan robusta fuerza de opinión exigimos, pues, que no nos conviertan en un parque inglés la Plaza de la Victoria

¡Maldita manía! Que hagan parques ingleses en Inglaterra, en la Siberia, en Punta Arenas, en donde no calienta el sol y los árboles representan

un papel secundario, está bien, muy digno de aplauso, muy hermoso. Pero en estas tierras calcinadas por los calores en sol mayor, hacer parques ingleses es mucho peor que si le quitaran á uno el paraguas en medio de una lluvia torrencial.

Y tanto ha cundido el mal ejemplo que hasta en San Felipe se está disfrazando la plaza de parque inglés. ¡En San Felipe!

Allí no baja el calor en el verano, á la luz directa, de 65° centígrados. Allí no se dice nunca ¡qué calor! porque eso sería poco expresivo; no se dice nada, porque el esfuerzo que se gastaría para quejarse del calor bastaría para dejar agonizante á un individuo.

Pero como no hay mal que por bien no venga, el sol ahorra en muchos casos el combustible, y no hay necesidad de cocina para cocer los huevos: basta sacarlos al patio ó á la acera.

Y allí en esa ciudad que se quema, en San Felipe, el municipio contagiado por un ejemplo culpable ha hecho cortar los árboles para hacer un parque inglés. ¡Los árboles de la plaza cortados, la única sombra de la ciudad entera, el único alivio de gordos y flacos! No es raro, por eso, ver á los transeuntes corriendo desesperados detrás de los coches... para aprovechar el pedacito de sombra que éstos llevan consigo.

No imitemos ese funesto ejemplo; dejemos chilena siquiera la Plaza de la Victoria; y no por huir del antiguo tipo de plaza, de jardín redondo y reja verde de madera, nos condenemos al tormento del sol y á la monotonía de los parques ingleses en toda la República.

Ponemos toda nuestra confianza en las buenas intenciones de los organizadores de estos arreglos.

Noviembre 18 de 1900.

NOTA—Estas súplicas fueron inútiles, como se ha visto más tarde. El alcalde Ramos arrasó con los árboles de la Plaza de la Victoria; y despues otro alcalde, el Sr. Benavides, aprovechando el camino que se le había abierto, acabó de convertir aquello en parque inglés: no se los tenga Dios en cuenta el día del juicio sino que les conceda su infinita misericordia.

SE REVENTÓ LA ESCOPETA

—Estas son mis proposiciones—dijo el Ministro König—, con tono y actitud de quien da por terminada una cuestión y no quiere discutir un segundo más. Estas son mis proposiciones: Chile queda por dueño absoluto del litoral boliviano y da á Bolivia la laguna de Chilcaya; Uds. pueden importar y exportar mercaderías por los puertos chilenos sin pagar derechos; y todavía les doy dos millones de libras esterlinas. No doy ni un ápice más. Piénsenlos Uds. y resuelvan. Por mi parte no vuelvo á discutir.

Y el Ministro se retiró en seguida con aire irritado.

El señor Villazón y los demás colegas del gabinete boliviano se quedaron por buen rato como alelados, con la boca entornada, un tanto pálidos; y todos, con los ojos muy abiertos, miraban y apuntaban el índice derecho hacia la puerta por donde había salido König.

Después del primer momento de estupor, Villazón, como saliendo de un desmayo, dió un suspiro, se pasó la mano por la frente y estuvo á punto de preguntar ¿dónde estoy? Pero en vez de hacer esa pregunta, dijo:

—Bueno ¿y qué hacemos?

—Yo creo—respondió otro de los Ministros—que deberíamos aceptar las proposiciones chilenas.

—¿Y nos quedamos sin puerto?—objetó un tercero.

—Pero ¿para qué queremos puerto? Digámoslo aquí para nosotros: puerto no necesitamos porque sería una puerta de calle que nos quedaría sumamente lejos de las habitaciones; y si pedimos puerto, lo hacemos de puro monos. Hay que confesar que no puede ponerse levita el que no tiene zapatos: ¿qué pareceríamos nosotros con puerto?

—Pero ¿y el porvenir de la República? ¿y el futuro progreso de Bolivia? ¿y la.....?

—¡Qué progreso ni que niño muerto! ¿Qué te parece poco progreso el que Chile nos dé liberaciones de derechos? No es nada: nos da aduanas y él las paga.

—Todo eso está muy bueno; pero vamos á quedarnos sin baños de mar.

—¡Valiente dificultad! Pues vamos á bañarnos á la laguna de Chilcaya, que no es tan honda ni tan peligrosa como el mar.

—Decididamente, las proposiciones chilenas nos convienen: en cambio de una orilla de mar que de nada nos sirve, nos dan una laguna y una aduana libre. Sólo falta que nos den un cigarro puro. Dos millones de libras son un bocado muy exquisito.

—¡Dos millones de libras!

—¡Diez millones de pesos oro!

—¡Veintitres millones de bolivianos!

—¡Hurrah por las proposiciones chilenas!

—¡Viva Chile!
—¡Viva Chile!

El entusiasmo llegó á puntos no imaginados: se hablaba hasta de celebrar una alianza con Chile para proceder á la repartición del Perú; los ministros se abrazaban mutuamente; sonaron taponazos de *Champagne* y se brindó elocuentemente por la fraternidad chileno-boliviana. Pero en medio del estruendo y la algarabía sonó el chillido de una puerta que se abría y por ella apareció el rostro de Pando, con gesto de Neptuno irritado en el momento psicológico del *Quos ego*... ..

Todos callaron instantáneamente y reinó tal silencio que se oyó el ruido de la trompetilla de tres moscas que bebían el *champagne* derramado en una mesa.

—¿Qué sucede?—preguntó Pando con voz de bajo profundo.

Uno de los ministros, tartamudeando, se apresuró á explicar la causa de aquella alegría tan poco ministerial é hizo el elogio de las proposiciones chilenas.

—¿Y nos quedamos sin salida al mar?—interrogó el Presidente.

—No hay otro remedio, Excelentísimo Señor.

—¿Y vosotros consentís en esos arreglos? ¿Y toleráis que no podamos decir en el himno nacional, como Chile y como todas las naciones: "ese mar que tranquilo te baña"? ¿Y sufriréis que nunca tengamos derecho á comernos ni una miserable corbina pescada en nuestros propios mares? Y cuando vuestras esposas y vuestros hijos os pidan que los llevéis á recoger conchitas á la playa ¿tendréis valor para decirles que no hay playas ni conchitas en Bolivia?

Los ministros bajaban la cabeza avergonzados, humillados, profundamente abatidos y no se atrevían á mirar á Pando. Este continuó diciendo:

—Hay que rechazar esas viles proposiciones. Ud., señor Villazón, se encargará de ello; hará que todo el Congreso diga que nó; y con toda energía ¿oye Ud. bien? con toda energía, como quien dispara un tiro, arroja Ud. esos arreglos á la cara del ministro chileno.

—Señor—se atrevió á decir Villazón, con débil voz—se necesita una buena escopeta para disparar ese tiro.

—Haga Ud. lo que yo mando—gritó el Presidente, y salió de la sala, erguido, majestuoso, olímpico.

Villazón sudaba y murmuraba: ¿Cómo cargo yo esta escopeta?

Al otro día el Congreso rechazó las proposiciones; Villazón comunicó la noticia á König y al punto cayó el Gabinete.

Se había reventado la escopeta y el tiro había matado al Ministerio.

Diciembre 2 de 1900.

LA INESTABILIDAD DE LAS COSAS MINITERIALES (1)

Cómo pasan las carteras;
Cómo después acordadas.
Dan furor.

Estamos en plena crisis ministerial.

Lo cual no es absolutamente una novedad, puesto que todos los días sale el sol y se entra; y está en el orden de las cosas ministeriales el que las crisis sucedan á los gabinetes, como en el orden de las cosas de la naturaleza que las noches sucedan á los días.

Las horas se suceden pero no se parecen, ha dicho un escritor francés, y en Chile bien pudiera decirse: los ministerios se suceden y se parecen en su inestabilidad, en la cual son siempre constantes en demasía.

Pero, á la verdad, llega á marear esta rápida fantasmagoría de Ministerios, esta precipitada maniobra de hombres que aparecen y desaparecen

(1) Este artículo fué de actualidad en su día: pero hoy sigue siéndolo y todavía con mucho mayor razón que entonces pues es aún más fugaz la vida ministerial.

en los balcones de la administración, como si se estuviera jugando á los títeres con los prohombres de la política.

Se hablaba una vez de un pueblo cuyo vecindario era compuesto de los más insignes y más listos ladrones que se conocían. Y uno de los tertulios explicaba así la destreza de los pillos:

«La gente de ese pueblo es tan astuta y tan ladrona como apenas puede concebirlo la imaginación. Figúrese Ud. que va á ese pueblo y lleva un caballo muy bonito: ¿se lo ha figurado Ud. ya? ¿Sí? Pues ya le robaron a Ud. el caballo!»

Pues en Chile es igualmente fugaz la vida de los Ministerios.

Imagínese Ud., estimado lector, que se ha formado un gabinete, excepcionalmente sólido, con formidables raíces en la opinión pública, que cuenta con el apoyo de ambas Cámaras y sin un solo voto de oposición. ¿Se lo imaginó usted ya? Pues ya está en crisis, ya cayó.

Eheu, fugaces, Posthume, Posthume,
Labuntur anni,

decía el poeta latino, lamentando la rapidez de la vida, y nosotros podríamos decir:

¡Ay cuán fugaces, Fabio, se deslizan
Las carteras mejores y más fuertes!

Y esta inestabilidad de las cosas ministeriales llega á extremos nunca vistos. Hay quien se acuesta perfectamente ministro y madrugando amanece sumamente particular. Va un despacho telegráfico á Europa firmado por un Ministro y la respuesta, tambien telegráfica, es leída por otro Ministro del mismo ramo.

Y ayer mismo se vió el caso de un miembro de gabinete que se sentó á almorzar en calidad de Ministro una sabrosa cazuela, y al llegar al fin del almuerzo se bebió una taza de té ya en calidad de decadente, es decir, de simple particular.

Esta fugacidad de la vida ministerial debe sustituirse en adelante á todos los puntos de comparación que se conocen. Así, deberá decirse, según la idea del poeta francés, cuando muera en temprana edad algun hombre público, al depositar sus restos bajo la madre tierra:

Ministre, il a vécu ce que vivent les Ministres;
L' espace d' un cigare!

—¿Qué cosa es la vida ministerial?—se preguntará en clase de filosofía práctica. Y los alumnos responderán tristemente:

—Vanidad de vanidades y todo vanidad.

Y no faltarán diputados que filosofen diciendo, como el poeta español:

Los hombres que en carteras ayer vimos
Cayeron, y nosotros á porfía
Por llegar á Ministros nos morimos.

Al paso que llevamos, nada será más deleznable y frágil, nada tan momentáneo como el cargo de Ministro, y al fin nos será forzoso introducir en el *Padre Nuestro* una variante por este estilo ú otro semejante: "El Gabinete nuestro de cada día dánosle hoy".

Porque, en realidad,

¿Qué es la cartera, más que un breve día
Do apenas nos la dan cuando se pierde
En total ó parcial acefalía?

Diciembre 6 de 1900.

EL LENGUAJE TAURINO

La afición á los toros va cundiendo en Valparaíso de una manera alarmante y desesperante, de tal modo que dan deseos vehementes de irse fuera de aquí, á donde no se oiga hablar jamás de corridas ni de toreros.

La rapidez del contagio ha sido increíble; en los primeros días la plaza quedaba á medio llenar; despues se llenó por completo; ahora reboza. Y las gentes al andar por las calles se muestran mutuamente los toreros, examinan detenidamente su traje, y poco falta ya para que se formen corrillos de curiosos al rededor de cada uno de esos tipos.

Pero lo que es insoportable es que el lenguaje taurino vaya pasando al corriente, de tal manera que ya se habla en *toros*, con un vocabulario endiablado y reventante.

Ayer, por ejemplo, desde un banco de la Plaza de la Victoria oí el siguiente diálogo, cargado de torerismo, entre dos jóvenes elegantes:

—¿Ves—decía uno—, aquella chica tan *boyante* que viene cerca de la pastelería?

—¿Aquélla *jaspeada* y medio *jardinera?*

—Sí, esa misma. Estoy pololeando con ella y ya le hemos jugado muy *buenas suertes* á la mamá, que es sumamente *dura*. Verás tú cómo ahora le hago un saludo *aprovechando* y ella me da una mirada de *recibir á recibiendo*.

—¿Y quién es ese caballero cojo que va con ella y que parece ser de *pocas piernas?*

—Es su tío.

—Hombre, mucho cuidado, porque, aunque cojo, tiene *buena lámina*, y puede jugarte un par de *pases de muleta* y darte un *revolcón*.

—¡Bah! pura *estampa*; en realidad puede uno jugarle unas *verónicas* y él ni se da cuenta. ¿Hasta luego, eh? Voy á acercarme á la chica *entrando por la izquierda*.

Fuíme yo tambien, aburrido y molesto. Poco más allá me encontré con un amigo que traía cara de muchas penas.

—¿Por qué vienes tan triste?—le pregunté.

—Estoy desesperado con mi suegra.

—¿Te ha hecho alguna de las suyas?

—*Estocadas*, no me da ninguna; pero se lleva todo el día poniéndome *banderillas* y me saca de tino.

—Y tu mujer ¿qué dice?

—Esa tiene *jindama* y apenas asoma mi suegra se mete en un *burladero* y yo tengo que aguantarme solo *la embestida*. Ya estoy por *cuadrar* á la vieja y *señalarle*, si no la *muerte*, la puerta de la calle.

Y estuve á punto de decirle que apuntara bien al *morrillo*, cuando reconocí con vergüenza que yo tambien me contagiaba con el lenguaje taurino.

Seguí camino de mi casa, casi corriendo, para verme luego libre de *toristas*, pero por la prisa me-

dí un solemne encontrón con un amigo que bajaba por la calle de Las Heras. El choque fué recio, tanto que el amigo gritó sin reconocerme:

—¡Animal!

—Gracias, tocayo,—respondí.

—¡Ah! ¿Eres tú? No te había reconocido!

—¿De donde vienes tan de carrera?

—Andemos de prisa y te contaré. Acabo de toparme con Mariano, que es un *espada* insigne. Me pilló *entablerado* y me largó un sablazo de diez pesos, de *volapiés*.

—¿Y pudiste escaparte?

—¡Claro! dí un salto de *garrocha* y lo *pasé por encima*. Es la *suerte* más feliz que he jugado.

En ese momento apareció Mariano en lontananza y mi amigo huyó gritando: ¡Otro toro! ¡Otro toro!

¿No es verdad, lector, que este vocavulario es un juego de punzantes banderillas contra el idioma y sobre todo contra el buen gusto?

Diciembre 9 de 1900.

¡ESTAMOS FRESCOS!

RECUERDOS DE IQUIQUE

Que la vida en Valparaíso ha llegado á hacerse sumamente cara es cosa que se saben muy bien todas las dueñas de casa, y especialmente los dueños, cuyo bolsillo es el que paga todos los recursos de apelación de aquéllas.

En estos meses, sobre todo, en que el calor nos liquida por fuera, los labios enardecidos por la fiebre reclaman ansiosos el auxilio de los vegetales y especialmente de la fruta. Pero los vendedores que pasan por la calle pregonando sandías, melones, duraznos priscos y otros que no lo son, han fijado tales precios para estos artículos que no hay más que resignarse á dejarlos pasar, mientras se hace agua la boca, con lo cual no nos quedamos muy frescos.

Pero es lo peor que sucede con frecuencia que ni siquiera frutas caras se encuentran en Valparaíso, pues la que entra es tan escasa que apenas basta para la mesa de unos pocos privilegiados. ¿La causa de esta escasa entrada de fruta? Averígüenla los agricultores y los ferrocarriles.

Nos vemos, pues, en una situación semejante á la del vecindario de Iquique, el cual, además de morirse de calor y de sed, no encuentra nada fres-

co ni por un ojo de la cara. Parten el corazón las lamentaciones que de allí llegan, por la escasez de cosas frescas, y lo único de esta especie de que se suele hablar allí es lo que pregonan los vendedores á la llegada de los vapores del sur:

—¡A los huevos frescos, llegados por el último vapor!

Es decir: la llegada de esos huevos es cosa más ó ménos fresca, pero las gallinas desde que los pusieron suelen haber muerto de ancianas y decrépitas.

Y en cuanto á la leche, sucede que es más antigua que los huevos, de manera que puede pasar á la categoría de mayor de edad y hasta de venerable.

Los ingeniosos iquiqueños quisieron poner remedio á estos males y para ello importaron gallinas y vacas que les dieran huevos y leche frescos, respectivamente, como dicen los cronistas. Pero luego se empezó á notar que gallinas, vacas y terneros se ponían taciturnos y melancólicos y enflaquecían notoriamente, y al mismo tiempo disminuía el tamaño y número de los huevos, y la leche adelgazaba, adelgazaba hasta parecer agua más ó menos blanca.

Se estudió el fenómeno, se buscaron las causas, se consultaron especialistas, se arbitraron recursos, pero el mal seguía en aumento y todos los remedios resultaban inútiles. Por fin un buen día un observador notó que vacas y gallinas estaban constantemente vueltos hacia el sur, que sus ojos miraban en tal dirección con una mirada vaga que se perdía en los lejanos horizontes, mientras que las unas mugian tristemente y las otras aleteaban con desmayo.

Entonces se vino á comprender la causa del

fenómeno: aquellos pobres animales padecían la nostalgia incurable de la alfalfa, la nostalgia de los potreros verdes y húmedos, campos elíseos con que sueñan todas las vacas y todas las gallinas del mundo.

Descubierta la causa del mal, se buscó el remedio. Alguien pensó en recurrir al viejo sistema de los anteojos verdes, pero no obtuvo buen resultado duradero; otros mostraban á vacas y gallinas cuadros de paisajistas enamorados de lo verde, pero los animales rompieron las telas con sus lengüetadas y picotazos; un tercero más ingenioso ideó la formación de alfalfares en maceteros, pero tropezó con el inconveniente de que, al menor descuido, los alfalfares eran devorados con rapidez inaudita.

Por último se halló un expediente salvador: en la plaza había un jardín y unos cuántos árboles, y se vió que de cuando en cuando los animales se escapaban de los corrales para ir á pasear por ese sitio; entonces se convirtió en sistema la lección dada por los mismos interesados. Desde ese día todos los que poseen vacas y gallinas las sacan por las mañanas y por las tardes á dar un paseo por la plaza.

Sin embargo los pobres animales no prosperan y gran parte del vecindario ha tenido que resignarse á la provisión de los vendedores: ¡Huevos y leche fresca llegados por el último vapor!

En Valparaíso nos vamos acercando ya á la terrible situación de los iquiqueños: si la escasez de fruta continúa, tendremos que resignarnos á no ver más fruta en el comedor que la que muestran los cuadros de naturalezas muertas de los pintores.

Enero 25 de 1901

A LAS PUERTAS DE LA CONVENCION

EL CONVENIO DE LOS TRECE

Alea jacta est.

Estamos en el domingo 3 de Marzo de 1901. Son las diez de la mañana. A la una debe de reunirse en la sala del Congreso la Convención de los congresales presentes y pretéritos. En un salón vecino hay reunidos varios caballeros y van llegando otros hasta completar el número de trece, todos revestidos de un aire grave y solemne, todos como dominados por una gran ansiedad.

En el fondo del salón, una mesa: á la derecha, una pizarra; al frente, una puerta entreabierta, que deja ver una parte del gran salón de honor del Congreso. Los reunidos son los señores: don Claudio Vicuña, don Germán Riesco, don Eduardo Matte, don Juan J. Latorre, don Fernando Lazcano, don Ramón Barros Luco, don Ramón A. Vergara, don Eulogio Altamirano, don Adolfo Eastman, don Marcial Martínez, don Luis Aldunate, don Mariano Sánchez Fontecilla y don Jorge Montt.

Don Germán Riesco cuenta á todos los presentes y cuando se convence de que son trece, se coloca detrás de la mesa y toca una campanilla, á cuya señal todos se sientan gravemente.

—Señores—dice Riesco; me he tomado la libertad de citar á Uds. á esta reunión, á fin de resolver un asunto de trascendental importancia. Antes de tres horas debe de reunirse en el salón vecino la gran Convención de congresales pasados y no pasados, que debe elegir candidato á la Presidencia de la República. Ahora bien; no podemos negar que todos los presentes somos más ó menos candidatos á la candidatura, ya por ambición popia, ya por deseos ajenos. (Debo prevenir que he citado á don Eduardo Matte para que represente á don Augusto.) Y tampoco es posible desconocer que siendo una sola la Presidencia de la República no puede pertenecer á todos nosotros, que somos trece.....

—¡Número fatal!—exclama don Ramón Barros Luco.—En día 13 se hundió el *Blanco!*

—Nó, señor; fué en 23, y yo lo sé muy bien—imterrumpe don Claudio Vicuña.

—¿Sí? Desde que fuí á Europa siento que me flaquea la memoria. Agradezco la rectificación.

—Prosigo, señores—dice Riesco.—Si somos trece los que estamos dispuestos á sacrificarnos por el bien de la República, ello prueba que en la inmediata Convención estarán muy divididas las opiniones y muy dispersos los sufragios.

—No tanto—interrumpe Lazcano—: yo sé que alguien cuenta con las simpatías de media Convención.

—Y yo sé de otro—agrega Latorre, que cuenta con el 40% de los sufragios.

—Pues todos estáis equivocados, señores— continúa Riesco.—Y para remediar la dispersión de votos y las ambiciones personales, voy á proponeros un arbitrio luminoso. Pero, antes, juremos todos solemnemente que cualquiera que sea el candidato favorecido lo apoyaremos todos con calor, entusiasmo, decisión y fidelidad.....

—Sí, sí, lo juramos—, responden todos con entusiasmo.

—Muy bien, señores. He aquí mi arbitrio, con el cual nos evitaremos el dar el espectáculo de las divisiones y del fracaso de la Convención. Confiemos, señores, al destino, al hado, á la suerte imparcial, que será justiciera, ya que todos somos igualmente meritorios, la decisión acerca de cuál de nosotros ha de ser el ungido, y por él votaremos como un solo congresal en la Convención, dentro de escasas horas.

—¿Cuál es el medio?—preguntan varios.—

—El medio es sencillísimo. Juguemos al cacho la candidatura... (*consternación en la sala*). Todos tenemos derecho á tirar los dados y el que saque el punto más alto será el elegido y el proclamado.

Los candidatos guardan mudo silencio y se miran asombrados unos á otros.

—El procedimiento es inusitado—dicen al fin algunos.

—Es demasiado violento—dice Lazcano.

—Yo he estudiado—agrega Martínez—, todos los sistemas electorales y he consultado á Gales sobre ellos; pero nunca, sindudamente, oí hablar de un sistema tal.

—Pero, señores— dice Riesco—,hay que elegir un medio rápido, pues sólo faltan poco más de dos horas para la Convención.

—Es verdad: es cierto.

—Bien—dice Aldunate—, acepto, pero con una modificación, para que la candidatura no sea tan fugaz. Tiremos, todos, los dados y el que saque el punto más bajo queda eliminado; en seguida tiran los dados los doce y así se van excluyendo los candidatos en exceso, de uno en uno.

—Muy bien—dice Eastman—, de este modo nos durará un poco más la candidatura.

—¡Aceptado! ¡Aceptado!

—Procedamos á votar.

Riesco se alza en el asiento; saca un *cacho* nuevo con cinco dados, y los tira sobre la mesa, diciendo:

—El as vale ciento; el seis, sesenta; los demás puntos por sus números.

—¿Y son buenos los dados? ¿No estarán cargados?—pregunta Montt (don Jorge).

—Puede examinarlos el que quiera.

Todos examinan los dados y se dan por satisfechos.

—Vamos por orden alfabético. El señor Aldunate tiene el *cacho*....

Aldunate se acerca y tira los dados; los demás apuntan el resultado en la pizarra; después por orden alfabético, juegan todos y, comparadas las trece cantidades, se ve que Sánchez Fontecilla es el que pierde, pues sólo tiene ciento treinta y tres.

El señor Sánchez se retira á un rincón, murmurando: ¡Cuán presto se va el placer!

Se continúa el mismo juego y así van siendo eliminados uno á uno Vergara, Eastman, Martínez, Aldunate, Montt y Altamirano. Todos se sientan solos, como aislándose.

Al comenzar la octava jugada, el reloj señala

las doce y media. Juegan y queda eliminado Barros Luco, que exclama: «¡Oh mundo! ya no hay terneras!»

Juega el cacho por novena vez y Riesco, que echa cinco *doses*, queda fuera de combate.» Esto me pasa, dice, por tonto; » y agrega tristemente:

«Llevé á un amigo traidor
A casa de mi adorada:
Primero lo llevé yo,
Y después... él me llevaba.»

Décima jugada (se ven llegar congresales, adelantados, á la Convención). Tira Lazcano y echa 325; la partida cobra interés; hasta los perdidosos rodean la mesa. ¡Buen punto! gritan todos. Tira Latorre y echa 420: Vicuña hace el mismo punto; Matte (que juega por don Augusto idem) echa cinco ases. Se declara derrotado á Lazcano.

Quedan sólo tres: el reloj da las doce y tres cuartos; Riesco cierra la puerta de comunicación; Latorre sacude el cacho con furia y juega: 171 ¡pésimo punto! Vicuña, profundamente emocionado, recoge los dados y tira: 380 ¡bravo! Matte, casi tranquilo, juega á su vez: 420 ¡Derrotado Latorre! El perdidoso se muerde las uñas.

Faltan diez minutos para la una; gran ruido de voces resuena en la sala de la Convención; alguien llama á la puerta.

—Apurémonos—dice Matte—, ya van á dar la una. Quedamos dos.

—Juguemos *de tres dos*—propone Vicuña.

—Aceptado.

Y los pechos jadean, las respiraciones se agitan. Vicuña toma los dados y juega: tres ases, un seis

y un cinco.

—¡Trescientos sesenta y cinco!—gritan todos—¡Qué buen punto!

Matte, nervioso, toma el cacho, lo sacude y juega: tres ases y dos seises, cuatrocientos veinte.

—¡Hurra! bien! Qué suerte de hombre!

—Llevo *chica*—grita Matte.

Faltan cinco minutos: á la puerta resuena un vedadero tumulto; Vicuña está pálido, lívido, los ojos se le saltan.

—¡El que lleva *chica* tira! ¡Juega don Eduardo!

Matte con las manos temblorosas recoge los dados y juega: un as, un seis, un cinco y dos cuatros: ciento setenta y tres puntos; mala suerte. Vicuña se rejuvenece, brilla de placer, recoge y tira: cuatro seises y un cinco: doscientos cuarenta y cinco.

—¡A *chica*!—gritan todos como energúmenos.

—¡A la tercera, la grande!

—¡Sí, la decisiva!

(En la puerta, sacudida con violencia, resuenan grandes voces. Faltan dos minutos para la una.)

—¡Juega don Claudio!

Don Claudio, trémulo, coge el cacho, lo agita, cierra los ojos y tira diciendo: "¡Brutal sistema: mis padres no te conocieron!" —Y vuelve la cara para no ver el resultado.

Los dados saltan y corren por el tapete; chocan entre sí, ruedan en distintas direcciones; al fin se detienen; los ojos, saltados de las órbitas, miran con avidez; resuena un grito, una ovación, una tempestad de clamores.

—¡Cinco ases! cinco ases! Bravo, muy bien! ¡Hurra por don Claudio!

(El reloj comienza á dar la una; la puerta ame-

naza romperse con los empujones de los convencionales.)

Don Claudio está transfigurado; Matte, sombrío.

—¡Que juegue Matte! ¡Que juegue Matte!

—¿Para qué?—dice éste—¿cómo quito ese punto?

—¡Juegue, hombre, juegue!

Matte toma los dados, sacude el cacho con rabia y tira; los dados corren, se paran, y.....

—¡Cinco ases! Empató! Bien, bravo, tres hurras!—gritan muchos, como furiosos.

—Hay que repetir; jueguen de nuevo.

Matte se transfigura: don Claudio se desploma sobre un sillón; los demás vociferan en una espantosa batahola.

Pero en ese momento se rompen las cerraduras de la puerta; entra una oleada de convencionales, que rodean á los candidatos, gritando:

—¡La Convención! Vamos á la Convención! Vivan los hombres modestos, que se encierran por pura humildad!

Y los candidatos, estrujados, alzados en hombros, son llevados á la sala entre gritos de triunfo y sin que puedan terminar la partida.

—¿Y por quién votamos?—pregunta entre tanto Barros Luco á Lazcano.

—¿Yo? ¡Por mí! ¿Y Ud?

—Pues ¿por quién ha de ser? Por mí, está claro.

Febrero 28 de 1901.

DE PUERTAS ADENTRO

DESDE LA SECRETARÍA

Hay muchas personas aficionadas á averiguar los detalles íntimos de los acontecimientos. Para satisfacer su curiosidad, copio en seguida algunos telegramas de carácter íntimo, que dan cuenta de la manera cómo han andado las cosas en la Convención, miradas desde adentro. En cuanto á la firma de los telegramas, debo reservarla, porque, como vienen desde la secretaría de la Convención, el publicar las firmas pudiera ser perjudicial para algunas personas.

Aunque *La Unión* no ha tenido entrada á la Convención, no le han faltado informaciones fidedignas.

Domingo 3 de Mayo.—A la 1 P. M.—Comienza la Convención. D. Marcial Martínez proclamado presidente, improvisa un discurso preparado de antemano y hace un derroche de plataformas. Todos los asistentes revisten solemnidad extraordinaria. No se encuentra una sonrisa ni para remedio.

A la 1.30.—Léese el siguiente telegrama: «De

Trumag.—Candidato que salga elegido nos encontrará de pie.—(Siguen las firmas).»—Grandes aplausos.

A las 2.—Proclamada primera votación, Vicuña sonríe; Eduardo Matte reparte apretones de mano; Lazcano tranquilo; Barros Luco, nervioso; Riesco, sombrío.

A las 3.—Lazcano habla de emisión doscientos millones. Vicuña asegura haberle llegado á tiempo cincuenta y siete mil pesos expropiación Peñuelas; muchos congresales se frotan las manos y se chupan los bigotes.

A las 3.30.—Despues dos votaciones, acentúase sonrisa Vicuña; Matte se retuerce nerviosamente bigote.

A las 3.45.—Llegan malas noticias del sur, según siguiente telegrama acaba de leerse: «De Lolol.—La bandera liberal está hecha girones.»

Se ha contestado: «A Lolol.—Avisóse Robinet mande costureras componer bandera.»

A las 4.—Visto resultado cuarta votación é inevitable derrota, Riesco renuncia generosamente candidatura.

Barros Luco comienza á hundirse lenta y majestuosamente como un acorazado.

A las 4.30.—Nuevo telegrama de Trumag: «Seguimos esperando de pies.» (No se sabe en cuántos).

A las 4. 45.—Avisan Lolol que bandera vuelve á relucir grande, fuerte y compacta. Sobre todo compacta.

A las 5.—Barros Luco sumergido totalmente. En lontananza se divisa una ternera. Vicuña resplandece, Lazcano y Matte muéstranse felices.

A las 5.30.—Los tres candidatos siguen imper-

térritos; Presidente Martínez hace indicación mandar sillas, siéntense correligionarios Trumag. Suspéndese Convención.

A las 10.30.—Reunión candidatos casa Vicuña. Se propone candidato transacción. Vicuña no afloja. Lazcano y Matte se miran las caras é invítanse mutuamente renunciar.

A las 10.35.—Comisión acércase D. Marcial Martínez y propónele sea candidato transacción. Martínez responde consultará con Gales.

A las 12.—Martínez dice acepta; respóndenle ya es tarde: candidato transacción será Barros Luco.

Lunes 4 de Marzo.—A las 8A . M.—Candidatos han pasado muy mala noche. Han consumido muchos litros limonada. Pero no se teme complicación ninguna.

A las 11.30.—Matte y Lazcano poco apetito. Vicuña niégase decididamente almorzar.

A la 1 P. M.—Recomienza Convención. Barros Luco da extraordinarias señales vivacidad. Vicuña sigue sonriendo; Lazcano ceñudo; Matte (Eduardo) muy triste.

A las 3.—Comunican Trumag que ciudadanos siguen de pié: imposible sentarse.

A las 4.—Barros Luco sube, sube, sube; Matte baja, baja, baja; Vicuña ni sube ni baja ni se está quedo. Lazcano vuelto piedra, impertérrito.

A las 5.—Barros perfectamente á flote, asido una cola de ternera.

A las 5.30.—Vicuña deja de sonreír; Barros nada admirablemente; Lazcano tiene cara de billete incinerado. Suenan fuera gritos ¡Viva Pedro Montt! Convencionales se ponen pálidos.

A las 6.—Suspéndense Convención; mañana tercera tanda.

Marzo 5-1901.

EL NUEVO GABINETE

INUTILMENTE se hojean (ú ojean) los diarios de Santiago, se interroga á los corresponsales, se ponen posiciones á los profetas; nadie da todavía noticias del nuevo Ministerio.

Siguen sonando nombres; Guerrero, Puga Borne, Barros Luco y otros se suceden y se combinan en los decires callejeros, como individuos que se encargarán de la formación del nuevo gabinete. Pero nada hay de efectivo.

Ayer, á lo largo de la calle de Prat, á las puertas de cada escritorio y de cada oficina, había grupos que debatían con más ó menos calor acerca de las probabilidades que aquellos señores tenían de recibir el encargo ministerial; pero todos se apoyaban en conjeturas. Se acechaba el paso de los diputados, de los amigos de los prohombres, y nadie sabía dar razón.

Al fin me encontré con un congresal, pichón de Ministro, individuo que suele estar bien informado en noticias políticas. Este, á la primera pregunta, me dijo con vehemencia:

—Yo tengo el Ministerio en la mano.

—¿Cómo así?

—Tal como se lo digo: tengo el Gabinete en un puño.

—Tenga Ud. la bondod de explicarse.

—Es muy sencillo: oiga Ud.

Y mi interlocutor extendió la mano izquierda, y abrió mucho los dedos y, señalando con los de la derecha cada uno de los de la izquierda, fué diciendo:

—«Este, el dedo índice, representa el ministerio de Instrucción Pública, porque sirve para instruir á cualquiera, acerca de la posición de los objetos, para indicar las direcciones, para recorrer las líneas de los libros, etc.

Este otro, el dedo del medio, es el ministerio del Interior, porque, cabalmente, está al medio, en el interior de los cinco dedos de la mano.

El que sigue, llamado anular, es el ministerio de Relaciones Exteriores, ya que en él se carga el anillo, signo de las relaciones del hombre con su mujer.

El pequeño ó meñique (y aquí el interlocutor se escarbaba una oreja con el dedo nombrado) es el ministerio de Industria, por cuanto sirve para muchas industrias y obras públicas, como limpiarse las orejas, las muelas, etc.

El dedo gordo representa indiscutiblemente el ministerio de Hacienda, puesto que con él se hace todo y sin él nada pueden hacer los demás dedos.

Y por fin (empuñando la mano en son de combate) aquí tiene Ud. el ministerio de la Guerra... y también el ministerio de Justicia.»

Quedé convencido; no había duda de que mi interlocutor tenía el gabinete en un puño.

Estas son, lectores, las únicas noticias que tengo acerca del nuevo ministerio. No son mías: me las han dado.

Marzo 13 de 1901.

POR TELÉGRAFO

MOVIMIENTO DE LA OPINIÓN

Transcribo á los aficionados á los detalles los siguientes telegramas, que dan cuenta del movimiento de opinión que se está efectuando en estos días. Me han sido entregados por la misma persona que me dió aquellos otros de la convención y como me encargó gran reserva, no creo que haya inconveniente en comunicarlos á los discretos lectores. Me reservo, sí, el nombre de esa persona, por no inferirle daño.

—De Concepción.—Secretario Unificación.—Imposible mandar más firmas; telégrafo cobra caro; dinero escaso. Espero instrucciones.—*José María.*

—De Secretaría á Lolol.—¿Cómo sigue la bandera liberal? Respuesta pagada hasta cuarenta palabras.—*Secretario.*

—De los Andes.—Sr. Germán Riesco.—Parece no soy mal profeta. Gracias por protección que programa ofrece industria nacional. Pondré otra fábrica puros.—*Cucho.*

—De Lolol.=Secretario Unificación.=La bandera liberal sigue sumamente compacta. No se me ocurren más palabras.—*Críspulo Mujica.*

—De Secretaría á Temuco.—Procure obtener adhesiones comercio extranjero. Sobre todo muchas firmas.—*Secretario.*

—De Trumag.—Sr. Germán Riesco.—Ciudadanos de pie desde 1.º de Marzo, empiezan sentarse gracias plataformas D. Marcial Martínez.—*José Ibarra.*

—De La Luna á Santiago.—Sr. Marcial Martínez.—Felicitamos ardientemente á Ud. por candidatura. Triunfo de Ud. significa reinado del espíritu británico en Chile, gracias excelentes relaciones suyas.—*(Muchas firmas).*

—De Temuco á Secretaría.—Imposible conseguir adhesiones que indica. Comercio extranjero dice que para puja de seis días es poco lo que ha salido de Convención.—*Juan González.*

—De Renca á Secretaría.—Todos se adhieren cen entusiasmo candidatura Riesco. Ponga á este telegrama todas las firmas que quiera.—(Reservado. Dígame en confianza quién es D. Germán Riesco).—*Tomás Morales.*

—De Santiago á la Luna.—Señores: Agradezco felicitación de Uds. pero están errorificados No acepté condidatura ni presidencia pequeña república. Candidato proclamé yo es un joven abogado, ministro ó qué se yo, que se llama Riesgo ó Riesques, cuñado de otro individuo que anda con una banda terciada. Triunfaremos, porque obtendré adhesión Gales á candidatura Riesques. Movimiento opinión es talmente fuerte que amenaza quebrar plataformas. Por lo demás, Riesques es un muchacho bien.—*Marcial el Unico.*

—De Temuco á Secretaría.—Aquí vamos mal. Histórico subdelegado Tirúa, acompañado su clásico perro, hace furiosa propaganda contra Riesco. Convendría mandar plataformas para librar ciudadanos colmillos perro Tirúa.—*Juan González.*

—De Trumag á Secretaría.—¿Podrán sentarse todos los ciudadanos? Algunos tienen escrúpulos. —*José Ibarra.*

—De Secretaría á Trumag.—Si no alcanzan plataformas para todos, los que queden de pie pueden entretenerse mandando telegramas adhesión.—*Secretario.*

—De Chena á Secretaría.—Higueras de D. Joaquín Pérez no han producido este año. Por eso no encuéntranse adhesiones favor Riesco.—*Zacarías Pagani.*

—De Valparaíso.—Sr. Germán Riesco.—Mon dèvouement. Un bon banquet est toujours un bon confortateur des forces politiques.—*Hôtel Convention.*

Marzo 15 de 1901.

EL PARTIDO LIBERAL

¿CUÁL ES Y DÓNDE SE LE ENCUENTRA?

Tuve necesidad ayer de comprobar una noticia y me informaron de que la única manera de satisfacer mi deseo era recurrir á la secretaría del partido liberal, en Santiago, que es fuente autorizada para esa clase de noticias. Recurrí, pues, al teléfono, pedí comunicación con Santiago y, como la empleada del teléfono debe saber mejor que nadie la dirección de los subscritores, con ella entablé el siguiente diálogo:

—¿Tendrá Ud. la bondad, distinguida señorita, de comunicarme con la secretaría del partido liberal?

—¿Con cuál de ellas?—me respondió una voz muy alegre y de tono muy amable.

—¿Con cuál ha de ser, sino con el partido liberal, señorita?

—¡Pero si hay tantos!...

—Está Ud. atrasada de noticias, señorita. Todo el mundo sabe que el partido liberal se ha unificado.

—Está bien, señor: debe ser con el partido liberal que se llamaba "errazurizta". Listo, señor.

Llamé y me contestaron.

—¿Hablo con la secretaría del partido liberal?

— Sí, señor. ¿Qué deseaba?

—Ante todo, sáqueme, señor, de una duda, motivada por la telefonista. ¿De qué partido liberal es la secretaría con que hablo?

—La del partido liberal aliancista, que era antes coalicionista.

—Disculpe Ud., señor: creía estar hablando con el partido liberal unificado.

—Este mismo es, pues, señor. Los demás son ramas de este partido.

—Gracias, señor. hasta luego.—Y corté la comunicación, y la telefonista con amable voluntad, me comunicó con otra secretaría.

— ¿Con quién hablo? pregunté.

—Con la secretaría del partido liberal.

—Pero ¿cuál de ellos?

—El único, pues, señor: el doctrinario, el inmutable, el que no destiñe nunca. Los demás son derivaciones únicamente.

—¡Ah! vamos!—me dije, cortando la comunicación; éstos son los llamados "carabinas recortadas." Por lo visto el partido unificado sigue teniendo ramas, á pesar de la unificación. Nueva comunicación y nuevo repique de la campanilla.

—¡Aló! ¿Hablo con el único partido liberal?

—Sí, señor, con el mismo. ¿Qué se le ofrecía?

—Permítame hacerle otra pregunta. Por casualidad este partido liberal único ¿tiene otro nombre?

—Sí, señor. Se llama también "Partido Liberal democrático sanfuentista"; pero este es el único

partido liberal auténtico; los demás no son los verdaderos dueños de este nombre.

—Y el partido liberal unificado ¿no tiene secretaría propia?

—No sé, señor, que haya otra secretaría liberal fuera de ésta. Las otras son más ó menos choclones.

Por cuarta vez me cambiaron la comunicación y volví á llamar.

—¿Hablo con la única, legítima y auténtica sobrina de la Antonina Tapia?.

—Sí, señor; está Ud. hablando con el partido liberal.

—¿Y cuál es el apellido materno de ese partido?

—Es radical por la madre, señor.

—¿Es Ud. entonces el único, etc.?

—Sí, señor; no hay otro partido liberal que éste, que es el heredero de Pancho Bilbao.

—Pero ¿dónde está la secretaría del partido unificado, la secretaría general?

—No sé cuál pueda ser; ésta es la única general: las demás no son ni sargentos mayores.

Quinta comunicación y quinto llamado.

—¿Con la secretaría del partido liberal ó con qué secretaría estoy hablando?

—Con la única secretaría del único partido.

—¡Al fin, gracias á Dios! ¿No hay ningun otro partido liberal, señor?

—Imitados, sí, hay otros; pero auténticos, éste es el único, señor. *Se méfier des contrefaçons!*

—¿Y en qué se conoce que es el único auténtico?

—En qué es el que sostiene las doctrinas de Balmaceda, que son las únicas liberales; el partido liberal democrático vicuñista.

—¿Y los demás?

—Los demás sostienen otras doctrinas liberales, pero en realidad no son liberales.

Oí que la bondadosa empleada del teléfono cortaba la comunicación y me daba otra nueva. Y yo volví á tocar la campanilla.

—¿Con qué partido liberal hablo?

—Con el partido liberal. ¡Con quién ha de ser, sino con el único!

—¿Ud. es único también, como los demás?

—¿Los demás? ¡Pero si los demás no son partidos liberales, sino aristócratas! El único es éste, el demócrata.

Ya estaba yo desesperado; corté rabioso la comunicación y llamé á la oficina central para dar las gracias á la amable telefonista; pero ésta me dijo apresuradamente:

—Todavía hay otro: señor.

—¿Cómo? otro más, por Dios! Pero si ya llevo seis...

—Ya se lo había dicho yo. Está lista la comunicación.

—¡Aló! ¿Qué partido liberal es ése, señor?

—El único, señor: el tradicional, el antiguo, el que con ideas liberales tranquilas, ha sido muchos años adversario de los conservadores pero busca su apoyo en bien del país. ¿Qué deseaba, señor?

—¡Gracias á Dios, que al fin encuentro al que buscaba! Deseaba saber si es cierto que ha renunciado don Germán Riesco á la candidatura.

—¡Ah! Esa es harina de otro molino! Lo ignoro, señor.

—Disculpe, señor; hasta luego.

En ese momento la telefonista me preguntó, entre risas:

—¿Encontró ya, señor, al partido liberal?

—Sí, amable señorita; pero no supieron darme respuesta.

—¡Ah! Es que ese no es el partido liberal.

—¿Cómo que no es?

—A lo menos los demás partidos así lo aseguran. Todos los días llaman muchos caballeros para preguntar por el partido liberal; yo los comunico con los seis y despues con este último, y con éste se quedan. Pero los demás protestan, porque dicen que éste no es el auténtico.

Iba ya á cortar la comunicación, cuando la telefonista volvió á llamarme y me dijo:

—Oiga, señor; no se vaya. Aun quedan más partidos liberales, de nueva fabricación, pero todavía no han puesto teléfono.

Renuncio, pues, á seguir buscando. Ofrezco una gratificación al que me diga cuál es el partido liberal y dónde se le encuentra.

Marzo 21 de 1901.

LOS «HORS D'ŒUVRE»

DE UN BANQUETE POLÍTICO

Sin faltar en lo menor al respeto que se merece el candidato de la alianza liberal, bien se puede echar un comentario al banquete que le han dado sus amigos de Talca.

Que el banquete sería un magnífico triunfo, se vió desde el primer momento, ya que acompañaban al candidato sesenta personas de comitiva, y también de bebitiva, número que no es para dejar desairado á ningún anfitrión.

Que la gira había de tener feliz éxito, se comprendía también desde luego, ya que el candidato llevaba en su cortejo todo un surtido de grandes guerreros, filósofos y poetas antiguos: *Marcial*, el gran poeta romano inventor de las plataformas; *Aristóteles*, el filósofo griego de Estagira y de muchas otras, que ha resucitado con el apelativo de González Julio y es hoy más peripatético que lo fué en la antigüedad; *Epaminondas* Donoso, afligido de no ver por allí algún Pelópidas aunque fuera feo; y *Saladino* Rodríguez, dispuesto á conquistar no sólo á Talca sino á toda la América.

Que la recepción de Talca sería entusiasta, ya se suponía, pues allí esperaban los chicos Letelieres, de los cuales había hasta ocho, y además aquellos González Julios, que, al decir de D. Marcial Martínez, tienen la costumbre de barajar apellidos y nombres en lamentable confusión: *José*, nombre; *Bruno*, apellido; *González*, apellido también; y *Julio*, otro nombre.

Pero lo que no se adivinaba era el extraordinario fuego de los oradores, que fué la nota más fina y delicada de la fiesta.

Don Marcial Martínez, que improvisó largamente, brindó por que Riesco dejara á Talca la cuarta de mejoras en el testamento presidencial. Con lo cual el orador se recomendaba desde luego para juez compromisario de la testamentaría.

Pero nadie más feliz que D. Ramón Antonio Vergara, cuyo discurso fué un canastillo de flores. He aquí algunas de ellas:

"Tampoco caben en el vaso que encierra mi espíritu toda la gratitud y el cariño que siento por mis generosos y amables paisanos."

Sin duda los lectores no comprenden toda la magnitud de esta figura: debo advertir, pues, que el vaso que encierra el espíritu del Sr. Vergara tiene como dos metros y medio de circunferencia.

"Son, en efecto, muy fuertes—prosiguió diciendo el orador—las ligaduras que atan mi deber, mi voluntad y mis más inefables afectos, al carro que conduce los destinos de la sociedad talquina".

Considera aquí, piadoso lector, si andará rápido ese carro, movido, no por tracción de sangre ni por tracción eléctrica, sino por tracción Vergara, con aquella circunferencia! Y considera también, alma cristiana, cómo irá de cansado D. Ramón

Antonio tirando de ese carro tan cargado!

"Aquí (*en Talca*) se deslizaron felices mis primeros años" (*capítulo de historia antigua: está en debate el hombre prehistórico*); "aquí se dibujaron mis primeras inocentes sonrisas" (*sería interesante averiguar cuándo perdió sus sonrisas inocentes el Sr. Vergara*); "aquí centellearon mis primeras maliciosas miradas".

Segun cuentan, al llegar á este punto del discurso, la concurrencia se puso en pie y empezó á gritar entusiasmada: *¡asosiégate, José!*

Pero el orador imperturbable continuaba diciendo:

"Venero y amo á Talca, en donde se ha mecido la cuna de mis padres, la de mis hijos y mi propia cuna".

He aquí un punto que hará cavilar á los lectores: ¿cómo habrá sucedido eso de que la cuna del Sr. Vergara se meciera después de la de sus hijos? Por lo visto, primero nacieron los hijos de este caballero y después nació él. ¿O será que, después de tener hijos, le gustaba que lo mecieran á él en una cuna?

Pero no es ésa la única peculiaridad del Sr. Vergara; ha descubierto cosas más extrañas aún: así sabe de buena tinta que el alma del Sr. Riesco no es una alma que se quede en cama sino que está levantada, y que esa misma alma es lo mejor que puede desearse para el frío. Así dice: "Sé que su alma grande y *levantada* (aunque no madrugadora, por supuesto) *abriga* sentimientos sinceros..." No les viene mal á los sentimientos que los abriguen, sobre todo en las proximidades del invierno.

Conocida el alma del Sr. Riesco, convenía que

el orador diera á conocer la suya propia: por eso dijo: "Soldado de fila y de disciplina, acostumbro ocupar el puesto... (debió advertir el Sr. Vergara que el suyo no es un puesto cualquiera, sino que abarca dos metros y medio de circunferencia) "el puesto que mis jefes me señalan en la batalla y allí triunfo ó sucumbo, porque yo no sé servir ni querer á medias". (Parece que hubiera una contradicción en esto de no querer á "medias" y aquello de las maliciosas miradas.)

Con tales elementos no se puede poner en duda el triunfo de la candidatura aliancista; cuenta con la adhesión del vaso que encierra el espíritu del Sr. Vergara, con su sistema de tracción del carro talquino, sus primeros años, sus primeras inocentes sonrisas y sus maliciosas miradas. La adhesión del hombre cuya cuna se meció después que la de sus hijos y que no sabe querer á medias es una segura garantía de victoria.

27 Marzo 1901.

LOS GRANDES PROBLEMAS DE LA CIENCIA MODERNA

«París, Abril 10.-La Academia de Ciencias, después de estudiar varios métodos para la destrucción de los mosquitos, preconiza el uso del petróleo en la forma siguiente:

Verter petróleo en la superficie de las fuentes y estanques de los jardines públicos.

Con este método mueren inmediatamente los mosquitos que suelen aglomerarse en los alrededores del agua.»

Ya saben los lectores que la Academia de Ciencias de París acaba de resolver uno de los más transcendentales problemas que preocupan á los sabios de todas las naciones y de todas las razas. La cuadratura del círculo, la trisección del ángulo, en el dominio de las matemáticas; la navegación aérea y las comunicaciones interplanetarias, en el capítulo de las ciencias astronómico-sociales; la curación de la tuberculosis y el remedio contra los mosquitos, en la sección de la medicina: tal

era el grandioso programa de descubrimientos que se había fijado la Academia y que ha empezado á realizar con un talento igual al que en otro tiempo desplegó el inmortal Levérrier, cuando dió una cita en el campo sideral al incógnito é ignorado Neptuno y el planeta se apresuró á acudir puntualmente á ella.

La Academia de Ciencias de París no podía desmentir un punto la gloria heredada de Levérrier; y todos los eminentes sabios que la componen, todos calvos por fuerza del calor de las ideas, todos con anteojos empañados, para velar el brillo de su investigadora mirada, todos ancianos, porque la ciencia es la experiencia, se dedicaron á una magna tarea y hoy sorprenden al universo entero con un descubrimiento portentoso:

—Les mosquites! Voilà l'ennemi!—Le pétrole! Voilà la médecine!

El remedio es seguro é infalible: basta verter petróleo en el agua para que perezcan los mosquitos ó zancudos. Solo que, cuando se trata de una gran laguna, como las de Concepción ó como la de Peñuelas, no habría en todo Sud-América petróleo suficiente para cubrir la superficie del agua. Pero eso no obsta para que el remedio sea perfectamente eficaz.

Mas, no es ése el único gran problema resuelto por la Academia. Hace poco tiempo abrió ella un gran certamen, con valiosos premios, para alumbrar este oscuro rincón de la ciencia: "¿por qué los gatos caen siempre de pie?"

Presentáronse al concurso millares de explicaciones y disertaciones y, al fin de muchos meses de examen, la Academia dió el premio á una respuesta que decía: "Los gatos caen siempre de pie,

porque no son tan tontos que se expongan á romperse el espinazo cayendo de espaldas.»

Con estos portentosos inventos, la Academia se rehabilita de aquellos desagradables incidentes de hace algunos años, cuando discutía otro notable punto científico.

Uno de los académicos recomendó á la ilustración y al claro talento de sus colegas la resolución del siguiente problema: «¿Por qué de una redoma completamente llena de agua no se derrama ni una sola gota si se echa en ella un pez vivo?»

Abrióse inmediatamente discusión sobre la materia, hubo debates durante largas horas, pero, como no se llegara á ningún resultado satisfactorio, se suspendió la sesión y se dejó el asunto pendiente para la próxima.

A ella se presentaron los sabios, llevando, cual un gigantesco *in folio* exhumado de antiquísimas bibliotecas, cual los más recientes estudios sobre ictiología y piscicultura, quien cargaba tomos y más tomos sobre las diversas manifestaciones de la materia, quien se presentaba con enormes mamotretos sobre las influencias del sistema nervioso y los misterios del espiritismo; y todos acudían con largos y difusos memoriales en que cada cual explicaba, á su modo, el oscuro problema sometido á sus claras luces.

Se celebraron ciento veintiocho sesiones, diurnas y nocturnas, y á las últimas sólo acudieron las dos terceras partes de los académicos, pues en las reuniones precedentes ya había habido desgracias personales que lamentar, pues muchos *in folios* y muchos tranquilos libros de ciencia, excitados por un desconocido espíritu belicoso, se ha-

bían transformado repentinamente en proyectiles y habían atropellado á su paso algunas cabezas que les salían denodadamente al encuentro. Con este sistema de discusión ya se había comenzado á hacer luz; á lo menos ya muchos habían visto estrellas...

Todo París estaba revuelto y dividido en dos bandos: el uno, de los que explicaban el fenómeno como un caso de cohesión molecular; y el otro, de los que lo atribuían á que el pez se bebía el agua.

Al fin, en la última sesión, un académico que hasta entonces no había hablado una sola palabra ni leído un solo reglón, aprovechando un momente en que casi todos sus colegas estaban mal heridos ó aturdidos y, por tanto, en silencio por vez primera, propuso humildemente y entre muchos sonrojos que se hiciera una prueba práctica con la redoma y el pez: "talvez así—dijo—, siguiendo de cerca el proceso del fenómeno, encontraremos una explicación satisfactoria".

Se aceptó la modesta proposición, se trajo una redoma, se la llenó de agua hasta que no cupo una gota más, y en seguida, suavemente y con toda dulzura, se introdujo en ella un diminuto pecesillo dorado...¡Y el agua se derramó por todos los bordes de la redoma!

Desde entonces la Academia se dedica á estudios más prácticos, como el remedio contra los zancudos.

19 de Abril de 1901.

UN OBSERVATORIO QUE NO OBSERVA

Hay dos cosas que van perdiéndose de vista en estos días: el cometa y la utilidad del Observatorio Astronómico de Santiago. Hoy se necesitan muy buenos ojos para distinguir el cometa á la simple vista; así como se requiere muy buena voluntad para divisar los servicios que presta el Observatorio.

El cual se halla en un caso muy parecdio al que expresa aquel famoso epigrama de Moratín:

En un cartelón leí
Que tu obrilla baladí
La vende Navamorcuendo...
No ha de decir que la vende,
Sino que la tiene allí.

En efecto, el Observatorio está allí, en Santiago, en la Quinta Normal: y esto es todo lo que sabemos de él.

Pero me equivoco; sabemos más todavía: que es un edificio costoso, que posee un buen ecuatorial y un buen anteojo busca-cometas, que cuesta algunos miles de pesos al año, que tiene todo

el cielo á su disposición. No hay duda, pues, de que tenemos un Observatorio Astronómico: lo tenemos allí, como objeto de curiosidad para los que visiten la Quinta.

—¡Ah! ah! ¿Con que éste es el Observatorio Astronómico, eh?

—Sí, señor, este mismo.

—¡Muy bonito! ¡muy bonito! ¿Y para qué sirve?

—Pues, para lo que dice su nombre: para que lo observen...

Hay muchas personas que tienen la gracia especial de ser excelentes profetas después de acaecidos los sucesos, y hacen reconocer la bondad de sus vaticinios atrasados con la frase de "¿no lo decía yo?" Pero el Observatorio de Santiago no tiene ni aún esa gracia: no sólo no hace profecías, que al fin no seríamos tan crueles que llegáramos á exigírselas, pero ni siquiera vé lo que ocurre por allá arriba, y aun, después que lo ponen sobre la pista de los cometas, suele perder el rastro ó da noticias muy atrasadas.

Sus comentarios sobre el cometa de estos días llegarán seguramente cuando éste ya no se vea, cuando se haya ido la visita: exactamente como llega el arco iris, después que ha pasado la lluvia; como llegan los soldados de policía, después de terminado el desorden y sólo quedan los muertos para contar el cuento.

Algunas personas me han asegurado que, en realidad, en el Observatorio se trabaja mucho y se observa mucho. Lo creo; estoy seguro de ello; pero esto me hace recordar un cuento que viene al caso.

Había en un pueblo muy escaso de diversiones un individuo muy escaso de dinero pero muy

abundante en recursos...no pecuniarios. Un día la pobreza le sugirió la idea de un buen negocio, y empezó á ponerla en práctica. Al salir la gente de misa, un domingo, se distribuyeron profusamente carteles que decían: "Pongo en conocimiento del público que estoy enseñando á leer á un asno de mi propiedad que manifiesta maravillosas disposiciones para la lectura y es un pasmo de inteligencia. Próximamente se darán noticias y se exhibirá el asno lector."

Tal noticia en pueblo tan escaso de diversiones provocó una curiosidad vehementísima, loca; y luego acreció ésta más y más, pues al domingo siguiente aparecieron nuevos carteles, que anunciaban: "El asno progresa notablemente: ya conoce las primeras letras."

Todo el público perdió el sueño con la promesa de tan singular suceso: no se hablaba de otra cosa, no se pensaba en otra cosa, y las señoras aprovecharon esta oportunidad para saquear los bolsillos de sus respectivos maridos: era forzoso preparar traje nuevo para la exhibición.

La tensión de la curiosidad popular fué llevada hasta su último límite con los carteles de los domingos siguientes, que iban diciendo: "el burro ya forma sílabas"; "el burro lee palabras enteras"; "el burro forma frases y períodos". Y por fin un cartel dió la gran noticia: "El próximo domingo, á las 8 1/2 P. M., en tal sitio, se exhibirá este pasmo de los burros."

Cuando llegó el día anunciado, no había una sola entrada por vender; todo el local estaba relleno: un éxito loco. Y conviene anotar que el mismo empresario y profesor asnal era el boletero.

Llegó la hora; el público estaba frenético; hasta

en los pilares había espectadores. Suena una campanilla, otra y otra; el telón se levanta lenta y majestuosamente; y en el proscenio aparece un borrico sentado sobre los pies traseros, y al lado, de pie, el empresario, con un diario en la mano extendido delante del hocico del animal. El auditorio estaba en silencio absoluto: hubo necesidad de matar unas cuantas moscas vagabundas, porque, al volar, metían mucho ruido.

El asno, con mucha calma y gravedad, movía lentamente la cabeza de un margen á otro del diario, como si lo recorriera con la vista. Pasó un minuto, dos, cinco, diez, y el burro seguía moviendo la cabeza. El público se impacientó, murmuró, protestó, gritó, chilló, rugió y acabó por levantar una tempestad espantosa. "¿Qué hay?—gritaba—¿á qué hora lee ese burro?"

—¡Ah, señores!—dijo el empresario, cuando pudo hacerse oír.—Señores, sed lógicos: el burro lee.. pero no pronuncia.

Y huyó inmediatamente, llevándose el dinero.

No tenemos duda alguna de que el Observatorio observa, pero tampoco pronuncia.

16 de Mayo de 1901.

LA FUERZA DE OPINION DEL ALMANAQUE

Un escritor festivo español, Luis Taboada—festivo por cuanto suele publicar sus artículos en los días de fiesta—, cuando le falta materia para sus bufonadas, toca el recurso, muy poco ingenioso, de inventar nombres ridículos y más ó menos groseros, con lo cual hace reír á cierto público. Y como no hay cosa que no tenga imitadores, hasta ese sistema de Taboada ha formado escuela y son muchos los que andan por la prensa inventando nombres risibles y siempre inverosímiles.

Pues bien, por más inverosímiles y extraños que sean los nombres que son propiedad de Taboada y sus imitadores, es lo cierto que nunca lo serán tanto como los de muchos decididos partidarios de la candidatura de D. Germán Riesco.

Entre ellos figura dignamente el gobernador de Caupolicán, que tiene la más extensa y rara nomenclatura imaginable. Pocos días después de proclamado candidato el Sr. Riesco, aquel gobernador le dirigía un telegrama que decía:

"Sr. D. Germán Riesco. — Santiago.—Reciba mi calurosa adhesión y enhorabuena.—(Firmado) *Esturmes Florido Antonio Frutos de San Miguel Arcángel Parga y Olmos de Aguilera.*"

Al recibir este telegrama, en que la firma era más larga que el contenido de la comunicación, al Sr. Riesco le ocurrió lo que se dice en el cuento del portugués: se quedó admirado de que su candidatura fuese simpática en Caupolicán para tanta gente! Pero luego lo sacaron de su error y le manifestaron que toda esa gente no era más que un solo gobernador, y que la adhesión no valía gran cosa, porque, aunque el hombre prometía mucho, por ser, entre otras cosas, *Frutos de San Miguel Arcángel* y todo un nido de águilas ó *Aguilera*, había que considerar que, por otra parte, era *Olmos* y simplemente *Florido*, por añadidura, y no era cosa de pedirle peras, pues no había de darlas.

Mas, con ser tan extensa é historiada la nomenclatura del gobernador de Caupolicán (al cual no me atrevo á nombrar por segunda vez, por falta de aliento para ello), nada es al lado de otras adhesiones que ha recibido el Sr. Riesco. Hay por allí, por el sur, un pueblecito en donde parece que se hubiera sometido á la más alta presión al almanaque, á fin de hacerle estrujar los nombres más curiosos que suele tener escondidos.

Este pueblecito es el de *Putú*. ¿Comprenden Uds. toda la fuerza de adhesión que ese nombre de *Putú* significa para la candidatura del Sr. Riesco? Y si algunos creen que los siguientes datos son invención mía, les ruego lean *El Ferrocarril* del domingo último, cuarta página, segunda columna.

Allí se dice que los ciudadanos riesquistas pututeños, pututinos, pututenses, pututanos, ó lo que sean, se reunieron en asamblea el 20 de Mayo y acordaron proclamar candidato al Sr. Riesco y elegir un directorio. Y aquí viene lo más sabroso.

Pasemos en revista á esos directores.

El presidente de ese directorio es don *Zacarías* González, nombre simbólico, si los hay, como que revela que va á sacar mucho partido del candidato. Y el tesorero se denomina *Alipio Gajardo*, nombre que me trae á la memoria aquella adivinanza popular del huevo y el pollo:

Alipio, alipio,
No tiene pata ni pico;
Alipito chiquito
Tiene pata y piquito.

Pero D. Alipio Gajardo tiene pata y piquito, y por eso lo han elegido tesorero, sin duda, para que meta la pata.

En seguida figuran como directores unos cuantos ciudadanos extremadamente favorecidos por el almanaque: el que asoma en primer lugar es el Sr. *Robilio* Morel, al cual no lo nombraron tesorero porque su nombre era de mal agüero; sigue en orden de combate y moviendo acompasadamente la cabeza de alto abajo D. *Urcisinio* Bravo, que comprueba lo de Bravo con lo de Urcisinio, nombre que en latín quiere decir *oso*; trotando detrás de D. Urcisinio sigue D. *Próspero* González, que lleva el rostro risueño y feliz como hombre que anuncia prosperidad y buena fortuna; y termina esta primera brigada D. *Sem* Marabolí, que va sumamente acongojado por la ausencia de D. *Cam* y de D. *Jafet*, igualmente *marabolíes*.

Encabeza airosamente la segunda brigada D. *Agapito Chamorro*, pero ignoro por qué este caballero va tan empeñado en ordenar á Chamorro

que haga pito solamente, cuando bien pudiera también hacer flauta y hasta orquesta entera. Medio asustado sigue detrás D. *Medardo* González, que no disimula el miedo concentrado en su nombre: "¿yo miedo? ¡harto!" En pos de ellos va D. *Fileto* Rojas, que pide á gritos lo guisen con callampas. Sigue después otro *Chamorro*, D. José Miguel, pero no sé si haga-pito como el anterior. Después pasan del brazo D. *Artemio Quintanilla*, que aunque tenga mucho arte suyo, nunca se ha atrevido á ser ni quinta ni quintana, y D. Fidel *Miño*, muy triste porque se ve separado del Duero. Cierra, por fin, la columna, con el sable al hombro, D. *Policiano* Valdés, hacia el cual llamamos la atención del Ministro del Interior: es intolerable esa intervención de la policía en la lucha electoral.

Tal es el directorio riesquista de Putú, cuya fuerza de opinión estriba en el almanaque.

Se cuenta que dos individuos se ocupaban una vez en hacer un calendario, y al ir escogiendo los nombres de santos para cada día del año, uno de ellos observó:

– Compañero ¿para qué ponemos estos nombres tan horribles, con que nadie ha de bautizar á sus hijos?

—Pero, hombre—dijo el otro—,si no ponemos nombres feos ¿qué dejamos para las cocineras?

Así, parece que á los riesquistas de Putú sólo les llegó la parte del almanaque dedicada á las cocineras.

Mayo 30 de 1901.

EL BAUTIZO DE UN RECIEN NACIDO

No es un artículo de costumbres el que voy á escribir: no se asusten los lectores. Se trata simplemente del bautizo de un recién nacido, que se celebró el sábado último en la Cámara de Diputados, donde al fin se encontró un hombre que saliera por los fueros de los niños, víctimas hasta hoy del amor sañudo de algunas madres románticas y de mal gusto.

Si los padres y padrinos de aquellos ciudadanos de Putú que, con toda la fuerza del almanaque, se adhirieron á la candidatura del Sr. Riesco, hubieran dejado á éstos en libertad de elegir nombres con que llamarse, seguramente ni D. Alipio Gajardo, ni D. Robilio Morel, ni D. Urcisinio Bravo, ni D. Sem Maraboli, ni D. Agapito Chamorro, ni D. Medardo González, ni D. Fileto Rojas, ni D. Policiano Valdés, habrían elegido estos nombres, muy buenos para el uso interno de Putú, pero impropios para salir á volar en alas de una adhesión política. Se habrían llamado José, Mateo, Juan, Pedro, Tomás, Antonio, Diego, Francisco ó cualquier otra cosa; pero no de aquella manera tan rara.

Esta desgraciada elección de nombres proviene del mal gusto ó del romanticismo de algunas ma-

dres, que tienen vivos anhelos de que sus hijos sean felices, pero no trepidan en imponerles, desde la cuna, el afrentoso sacrificio de que sean llamados Candelarios y hasta Esturmes.

Y un sacrificio semejante fué el que se consumó el sábado último en la Cámara de Diputados. Se discutía el proyecto sobre creación del departamento de Chanco en la provincia de Maule. Y el diputado D. Guillermo Pinto Agüero, que en esta ocasión como en otras ha puesto en práctica su segundo apellido, pero de un modo funesto, pidió que se cambiara este nombre de Chanco, feo, poco sonoro, que trae ciertas ideas de machucones ó algo semejante, por otro más eufónico, más melodioso, más musical, el de "Camilo Henríquez."

Pero, como he dicho, hubo un hombre que salió en defensa del recién nacido y protestó de que se le quisiera imponer ese nombre semi-cursi, semi-romántico.

—"¿Cómo es eso, señores?—dijo el señor Robinet, en un arranque oratorio, lleno de fuego y elocuencia—.¿Es posible que así rompamos con las tradiciones del pasado? ¿De dónde sacamos derecho para dictar leyes retroactivas y para enmendar las costumbres de tantos siglos? ¿Cómo queréis vosotros, reformistas sin conciencia ni respeto por las instituciones de nuestros abuelos, cómo queréis que se llamen los viriles hijos de Chanco, si les arrebatáis el nombre de *chanquinos*, á que tienen derecho por los usos venerandos de tantos lustros? ¿Cómo los llamaréis en adelante? ¿Camilo-Henriquenses? ¿Y habrá lengua humana que resista á esa palabra? ¿Camilinos? ¿Y no veis que así los desfiguráis y afeminái, á parte de que éste parece más bien un nombre de perro?

"Y sobre todo, señores, si no tenéis consideraciones de ningún género con los pacíficos chanquinos, que en nada os han ofendido, guardad siquiera los respetos que la buena educación exige, á vuestro amigo, á vuestro mejor compañero de mesa, al venerable y por todos títulos respetable y respetado Queso de Chanco. No tenéis autoridad para disfrazarlo con un nombre extraño, para hacerle aparecer como esos pillastres, como esos vulgares rateros que van cambiando de nombre ante la policía, para ocultar sus fechorías, de tal modo que al fin no podrían reconocerlos ni las madres que les dieron el ser.

"Así ocurrirá con el benemérito Queso de Chanco, que hasta hoy ha hecho las delicias de tantas generaciones y que, después de este día nefasto, perderá su tradición, perderá su fe de bautismo, y ya no podrán nuestros hijos ni los hijos de nuestros hijos reconocer al legendario Queso de Chanco en el descastado Queso de Camilo Henríquez.

"Feliz vivía, Honorable Presidente, honorables colegas; feliz vivía, digo, el pueblo de Chanco, arrullado por el dulce rumor de las murmurantes aguas del cristalino Relaco, acariciado por las brisas de la costa, "que baña el mar noche y día", como dijo un poeta, mecido al son del dulce mugido de sus ubérrimas vacadas, perfumado por el sabroso aroma de sus suculentos quesos, grande en su fama, rico en sus queserías, respetado en la República; y en su horizonte brillaba perpetuamente un sol que tenía la apetitosa forma de un queso majestuoso y rutilante. Y hé aquí que vopotros, no diré de una plumada, ya que no tenéis plumas, pero con un acuerdo, con una palabra

con sólo un movimiento de vuestros labios, apagáis ese sol, desvanecéis esos aromas, acalláis esos arrullos y condenáis á ese pueblo, hoy infausto, antes tan afortunado y próspero, á perder el grato nombre de sus padres y sus abuelos y el gigante prestigio alcanzado con sus memorables quesos.

"Señores, cometed esa villanía; pero yo, con toda la fuerza de mi estómago, en el cual inútilmente se pretende substituir el Queso de Chanco por el Queso de Camilo Henríquez, que jamás tuvo lechería alguna, protesto indignado y os niego mi voto y mi aprobación á tan nefando proyecto."

Dijo y cayó desvanecido en su sillón.

Pero la Cámara implacable aprobó el cambio de nombre por mayoría de votos.

El pueblo de Chanco, en señal de gratitud, ha enviado al Sr. Robinet un gran queso en forma de un sol, con una inscripción que dice: "Al diputado D. Carlos Toribio Robinet, en muestra de gratitud y en recuerdo de una antigua gloria."

Y en el centro del queso, se lee: "Aquí fué Chanco."

Junio 19 de 1901.

NOTA.—Afortunadamente ha prevalecido la costumbre: el departamento conserva el antiguo nombre y el queso sigue llamándose de Chanco, aun en la mesa de once de los mismos diputados.

EL CLUB DE LA UNION Y LAS SEÑORAS

Por más que algunos aseguren lo contrario, es lo cierto que el feminismo no ha hecho todavía muchos estragos en Chile, y bien claramente lo demuestra el resultado de los sufragios recogidos en el Club de la Unión, de Santiago, sobre la entrada de las señoras en ese establecimiento.

La negativa fué formidable; 295 contra 130 declararon que se habían de cerrar las puertas á las señoras. Y es claro que este resultado no afecta mucho ni poco á las damas, sino únicamente á los hombres que estaban más empeñados que ellas en hacerlas entrar al Club.

Pero en la votación ha habido incidentes muy curiosos, á creer lo que me cuenta un amigo, socio del Club, y que tomó parte en el escrutinio de los sufragios.

—He de hacerte notar—me decía—porque al fin y al cabo todo se sabe, que entre los 295 votos negativos estaban los de muchos socios que en público eran ardientes partidarios y propagandistas de la entrada de las señoras. Sin duda, cedían á sugestiones de sus respectivas esposas, señoras

muy imperialistas ó expansionistas, que querían escalar el Club; pero en su fuero interno, reconocían ellos que sus esposas no debían ir allí. De ahí el doble papel: feministas en público, masculinistas en el secreto de la votación.

Y más curioso que todo fué el que varios fundaron su voto, estampando en el papel la causa por qué votaban por la negativa o por la afirmativa.

Así uno, despues de estampar un *nó* con grandes caractéres, agregaba: "Si por una sola mujer se perdió Troya ¿qué sucederá con 500 señoras en el Club de la Unión?

Otro, muy inclinado á las fórmulas de discusión, dijo: "Las señoras vienen al Club á tomar parte ó en juegos inocentes, ó en juegos pecaminosos. Si lo primero, tendremos noche á noche una lotería eterna, con sus respectivos ternos y cuaternos; si lo segundo, la renta se amenguará por dos bocas. En uno y otro caso, voto por la negativa.

Un tercero, más casuista, expuso: "Sí, siempre que vengan las señoras de los demás; nó, si ha de venir también la mía."

Muchos otros votos había tan curiosos como los precedentes; de entre ellos se pueden sacar los que siguen:

—Nó. Detesto á las mujeres que golpean las manos, llaman á los mozos y piden *cocktails*.

—Nó. La mujer casada, la pierna quebrada y en casa.

—Sí, con una condición: que la sección de señoras sea atendida por una servidumbre femenina.

—Nó: mientras mi mujer esté en el Club ¿quién me remendará las camisas?

—(Voto de un filósofo... soltero)—Cuando uno conoce mucho á los hombres, se inclina decididamente á la sociedad de las mujeres.—Voto, en consecuencia, que sí.

—Nó, nó, nó. Hablan demasiado los hombres... y no dejarían hablar á las señoras.

—Nó. Estimo mucho la dulce cadena de flores que constituye el matrimonio, pero...no quisiera estar encadenado en el Club.

—Sí, siempre que las señoras no sean mayores de treinta y cinco años.

—Nó, y mil veces, nó. Los hombres venimos aquí huyendo, precisamente, de las señoras: y ¡quieren traérnoslas al Club!

—Sí, con tal de que, al mismo tiempo de permitir la entrada de las señoras en el Club, se forme una sociedad de Hijas de María ó del Angel del Hogar, para hombres únicamente.

Para muestras, sobran los anteriores votos fundados.

Octubre 17-1901.

LITERATURA ROMANTICA INTERNACIONAL

Uno de los graves defectos de la raza latina es la manía que tiene de hacer discursos, de hacer oratoria, en toda circunstancia, cuadre ó no cuadre, haya ó no haya oportunidad; y no discursos vulgares, sino ampulosos, y, especialmente, sentimentales.

En tiempo del cólera conocí, en un pueblo vecino, un municipal que, á la primera noticia de esa epidemia, pronunció en plena sesión un discurso romántico que empezaba diciendo:

"¡Qué espantosa plaga nos amenaza, señores! ¡qué horrible azote avanza sobre nuestros hogares! ¡qué espantosa orfandad diviso en perspectiva! Ya me parece ver, señores, una madre viuda sin esposo, con sus siete hijos sin padre, llorando de dolor ante las víctimas sacrificadas por el cólera!"

Y en todas las sesiones siguientes, que fueron muchas, porque los municipales estaban muy asustados y arrepentidos, aquél pronunciaba inexorablemente su discurso de la madre viuda sin esposo y de los siete hijos huérfanos sin padre. Al fin, reventando uno de sus colegas, declaró que, á su juicio, no se debía tratar de atajar el cólera sino

más bien dejarlo entrar, pues solamente así se conseguiría que se murieran la madre viuda y los siete hijos y que el colega no majadereara más con ellos.

Pero en Chile casi no hay tal enfermad, á pesar de lo mucho que se habla en el Congreso y en las Municipalidades. En efecto, nosotros parecemos mudos ante la espantosa *verborragia* (vocablo argentino) de todos los del norte, aficionados locos á la literatura ampulosa y sentimental. Prueba de ello es el poeta peruano D. José S. Chocano, que anduvo hace poco dando unas misiones internacionales en Centro América para ganar simpatías hacia su patria.

En un diario boliviano acabo de leer un fragmento de un discurso pronunciado por el Sr. Chocáno en Guatemala; es realmente delicioso y por eso lo trascribo á continuación:

"¡Trabajemos! ¡Unámonos! ¡Pacifiquémonos!

"El trabajo, la fraternidad y la paz salvarán á la América.

"¡Nó! no he golpeado vuestra puerta para imploraros hospedaje de mendigo, ni para sentarme á la mesa de vuestros regocijos nacionales, ni para rogaros limosna de tránsito en la peregrinación de mis propagandas: he llamado porque quiero pediros techo y abrigo para una mujer que á las puertas se muere, con el rostro demacrado por el hambre de justicia, con los ojos preñados de lágrimas por sus hijos que la olvidan, con los brazos retorcidos en la convulsión agónica de las desesperaciones, con el traje rasgado al viento de las desgracias, con la desnuda carne flagelada por la intemperie de su propio abandono.—Aquí vive una hija mía—me ha dicho.—Llámala y díle que

me muero de injusticia, de guerra, de fratricidio, de infamia!"

Este es, como se vé, exactamente el mismo caso de la madre viuda sin esposo y sus siete hijos huérfanos sin padre : pura cursilería romántico-tropical aguda. Continúa el señor Chocano de esta manera

"He llamado: y vosotros habéis acudido en tropel, á estrecharla en vuestros brazos, á oprimirla contra vuestro pecho, á llevárosla con vosotros hacia lo más íntimo de vuestro hogar. Yo sigo mi camino: porque sólo he llamado á vuestra puerta, para imploraros por vuestra propia madre, para hablaros de justicia en nombre de América!"

Merecida se tienen la lata los guatemaltecos: ¿quién les metió á abrir la puerta á un majadero? Pero aquí viene lo patético del discurso:

"¡No estoy solo! Refrescad vuestra memoria: ya sabéis cómo siento venir hácia mí la sombra de Bolívar, que me dice:—Libertad!—y la sombra de Washington, que me dice:—¡Labor!—y la sombra de Hidalgo, que me dice:—¡Patria!—y la sombra de Morazán, que me dice:—¡Unión!—y la sombra de Martí, que me dice:—Fe! Esprimo los jugos de todas esas enseñanzas en la copa de este nuevo principio, que completará en el continente la obra de los próceres: y al recoger en un brindis esas voces de ¡Libertad! ¡Labor! ¡Redención! ¡Patria! ¡Union! y ¡Fe!, desenvuelvo á los vientos de la propaganda la bandera blanca del arbitrage obligatorio, para escribir en ella estas palabras, que el Perú os repite por mis labios:

¡Paz, fraternidad y trabajo!"

¡Y estos son los hombres que gobiernan, que

hacen opinión, estos epilépticos de la oratoria ultra-cursi!

Para mostrar todo lo que hay de ridículo en ese discurso, hagamos una rápida parodia del párrafo final:

"Refrescad vuestra garganta; ya sabéis cómo siento venir hácia mí el *Fleur de Lis*, que me dice: — ¡Cognac! — y á *Hostetter*, que me dice:—¡Amargo!—y cualquiera botica que me dice:—¡Goma!—y al agua de Seltz, que me dice:—¡Sifón!—y á los limones, que me dicen:—¡Echale agrio! Y yo esprimo los jugos de todas esas botellas y de todos esos limones en una copa de transparente cristal y de regular tamaño, que completará en el estómago la obra del apetito natural, y al recoger en un batidor esas voces de ¡Cognac! ¡Amargo! ¡Goma! ¡Sifón! y ¡Echale agrio!—despliego ante todos los labios sedientos la cristalina copa, y contenido en ella el más atrayente *bitter batido*, para que á todos Uds. se les haga agua la boca, miéntras yo me lo bebo hasta la última gota!"

¿Que no hay casas de orates en el Perú?

Diciembre 7—901.

NAVIDAD

Las campanas del vecino templo repican alegremente invitando á los fieles á celebrar la venida del Niño-Dios. Al sonoro repique, despierta mi niña y se alza en su camita blanca, expresando en los abiertos ojitos al mismo tiempo admiración y alborozo infantil. ¡Cómo se alegra al instante el modesto dormitorio con el fulgor de alegría de la sonrisa de mi chicuela!

—Despierta, Tita, despierta bien: el Niño Jesús pasa en estos momentos por el mundo y visita todos los hogares donde hay niños como tú.

Y la niña nos tiende los brazos, se pone en pie y escucha el rumor de las campanas con toda la gravedad y compostura de sus dieciocho meses. ¡Ya es toda una mujer!—dice su madre, mirándola embelezada.

¡Navidad! Es la fiesta del Niño Jesús, la fiesta de todos los niños, la fiesta de la inocencia, el día de mi niña. Y ya que las campanas que anuncian la buena nueva han despertado á la Tita, anticipémosle las alegrías de mañana y revelémosle en seguida la sorpresa que le teníamos preparada.

Así dice mi mujer, que está segura de que nuestra Tita entiende todas estas cosas y sabe lo que

son los juguetes. ¡Pero si ya tiene dieciocho meses, si es tan viva! Y yo lo creo, y si ella no me lo dijera se lo diría yo: anticipemos el día de mañana.

—Oye, Tita. Tu papá y yo nos hemos creído ricos esta noche y te hemos traído muchas cosas lindas en esta caja. ¿Acaso las alegrías que nos dará tu alborozo ante estos juguetes no compensan de sobra el pequeño sacrificio de unos pocos pesos? Seamos ricos por una hora, pues las privaciones de los grandes se premian con la sonrisa de los pequeños.

Espera, espera un instante: no te apresures, ya voy á abrir la caja. ¿Qué sale de aquí? ¡Una ovejita!

Y en efecto sale una ovejita cubierta de lana casi natural, con ojos muy brillantes, que mueve la cabeza y da un balido por cada movimiento. ¡Qué alegría! ¡Qué deliciosas risas!

En seguida viene una corneta, de hermosos colores y que da una sola nota, muy parecida al balido de la ovejita, como que son de la misma fábrica y del mismo sistema. Pero no importa: ¿acaso mi niña ha de confundir los juguetes por el sonido y no sabrá distinguir *a priori* entre una corneta y una oveja?

¡Hola! ¿ya no esperas tú á que sigamos nosotros registrando la caja, sino que has de ser tú la que lo haga? Bien, todo es tuyo: contigo no hay sorpresas posibles. ¿Qué viene ahora? Un carretón y ¡cómo corre sobre sus frágiles ruedas! Nó, no tan fuerte, Tita, que lo vas á romper. Nó, tampoco: eso no se come. ¡Caramba! ya había cargado contra las presuntas frutas que lleva el carretón!

¡A la caja, otra vez! Un payaso, un arlequín,

que se ríe con una risa muy bien hecha con un papelito engomado, un agugero y un fuelle, en cuanto le oprimen el pecho; lo malo es que la risa es del mismo género de la nota del cornetín y el balido de la oveja; más parece llanto, que no tendría nada de extraño ni siquiera en un payaso. ¡Caramba! Y éste mueve los brazos, como para aplaudir, ó como para abrazar, y mi niña retrocede asustada y se vuelve hacia la mamá mostrando con el dedito aquel extraño juguete. ¡Ah! ¿te gusta ahora? También á tu hermanito le gustaban los payasos con su bonete rojo y su cara pintarrajeada.

¡Perverso recuerdo! Una nube ha pasado, y mientras la niña juega, y habla en su extraño idioma, y ríe y se divierte, los padres entristecidos piensan en el niño que se voló hace tanto tiempo, más de tres años, y que ahora duerme solo, en el lecho helado y duro, lejos de aquí, donde no recibe ni las lágrimas ni los besos de sus padres que le darían calor. Desde entonces las Pascuas son á medias..... ¿Por qué se mueren los niños? Pero, no pensemos en cosas tristes delante de la Tita: ¡que diría ella, si supiera! Vamos, ya pasó. Mira á la niña cómo se divierte!

¿Qué es esto? Pobre payaso: tan joven y ya tiene una pata menos! Ahora la cabeza: tírala, Tita, sácasela; es tuyo, haz lo que quieras. Un esfuerzo más; ya saltó la cabeza y va á rodar sobre la alfombra. ¡A la otra pata! Fuera! Bueno, en seguida los brazos; pero éstos resisten, aunque tú llores. Desgraciado arlequín: decapitado, sin piernas, como si hubiera pasado por el malecón, cerca del tren! Pero los brazos siguen moviéndose y chocándose las manos, como en una caricia de ultratumba. Así somos también nosotros: podrá el

dolor destruirnos pero siempre nos quedan fuerzas para seguir amando. ¡Sí, mucha cuenta se ha de dar Tita de estas filosofías!

Ya empieza el sueño. Los ojitos quieren cerrarse, pero aun sigue ella con el payaso entre las manos, que no cesa de golpear las suyas. ¡Pero si ya no queda mas en la caja! Bueno, aquí están los demás juguetes: la corneta, y la oveja y el carretón. ¿Que te los ponga en la camita?No hay inconveniente. Hasta mañana, lucero, hasta mañana, en que volverá el payaso á golpear las manos. ¡Ojalá que nunca pase para tí la edad de los juguetes!

Diciembre 25-901.

ECOS PERUANOS

Que una buena parte y hasta toda la opinión pública del Perú nos tenga mala voluntad, á los chilenos, es verdad que no necesita ser afirmada. Y es también una verdad de igual categoría el que esa mala voluntad ha de buscar, naturalmente, toda ocasión para manifestarse.

Pero por muy cierto que sea todo eso, no es posible medir al Perú por algunos de los peruanos, porque hay entre éstos gentes tan cursi, tan divertida que, indiscutiblemente, no tienen derecho para representar á su patria, y no sería lógico deducir lo que vale la nación por lo que no valen algunos extravagantes ejemplares.

Así no sería prudente, después de leer algún discurso ó algunos versos de D. José S. Chocano, inferir que todos los habitantes del Perú son más ó menos Chocanos, cuando es notorio que en ese país debe haber mucha gente sensata, cuerda, bien equilibrada, en cabal salud, y cuando es seguro que no todos los chocanos andan en peligrosa libertad.

Pero hay algunos que se escapan de la jaula, ya porque ésta no da cabida para más, ya por falta de una severa vigilancia.

Uno de ellos anda por allá, por Panamá, y ha fundado un periódico que se llama *El Eco del Perú*, como si el Perú fuera algún sonido, algún ruido capaz de reproducirse en un eco y como si todos los ruidos fueran dignos de tener un eco que los reproduzca.

Este *Eco* poco sonoro *del Perú* tiene un propietario, director y redactor, que es, como quien dice, el fabricante de los ruidos que forman el eco. Y á juzgar por la gran cantidad de títulos reunidos en una sola persona y á juzgar por el material del periódico, el propietario es, además de tal, y director y redactor, cronista, repórter, tipógrafo, prensista, vendedor y hasta el lector seguro ú oyente de *El Eco*. En una palabra, principia y acaba en el propietario, y éste, á su vez, es el comienzo y el fin del periódico: en suma es toda la familia, y probablemente hasta portero de sí mismo.

Ese señor encargado de hacer sonar *El Eco* en Panamá, se llama... Pero antes de decir el nombre, conviene que vayan Uds. preparando el ánimo, para que no se alarmen mucho. Ese señor se llama... ¡atención!... ¡a la una! á las dos! á las tres!... se llama... Antonio Susto..... ¡Gracias á Dios! ya pasamos el redactor, es decir, el idem, el apellido!

No crean los lectores que estoy inventando, nó: aquí tengo á la vista el periódico, que dice en letras gordas: "*El Eco del Perú*"—Propietario, Director y redactor, Antonio Susto."

¿Que debe ser muy feo, ya que así se apellida? No lo sé, pero puede ser: al fin y al cabo el estilo es el hombre.

Después del nombre del periódico y de la no-

menclatura del Sr. Espanto, se lee una advertencia muy razonable y caritativa que dice "*Publicación Eventual.*"

Nada más lógico: si el redactor es un Susto, ¿qué cosa más natural sino que el periódico sea eventual? Los sustos vienen siempre así, eventualmente, repentinos, sin dar aviso previo, pues se ha observado que los sustos que se dan conforme á programa suelen salir chingados, no asustan á nadie.

Hace muy bien, pues, el redactor en advertir que sus sustos han de ser sustos clásicos, irreprochables; llegarán cuando el público menos se lo piense. Pero como el público no es otro que el mismo redactor, el asustado va á ser el redactor en persona. Sin duda quiere ensayar en sí mismo el efecto de su apellido, como aquel individuo que, oyendo hablar del mal efecto que producían los anónimos, decía:

—Pues es curioso: á mí los anónimos no me producen ningún efecto: yo una vez me mandé hasta cuatro seguidos y me quedé muy tranquilo al leerlos.

¿Que de qué trata *El Eco del Perú*? ¿Pues de qué ha de tratar siendo *Eco*, discípulo de Chocano y resonando en Panamá? Su redactor, propietario, etc., escribe á cuatro manos é insulta á Chile á cuatro bocas, y por el modo de escribir se conoce que es partidario del *latín*...en cuanto que cada artículo suyo es una lata feroz.

Hasta versos hay en *El Eco*, versos muy malos, como es natural, y por añadidura dicen lo contrario de lo que quiso el autor. Hay una estrofa de un himno titulado *¡Viva el Perú!* que dice:

Cuando oigamos gritar el ¡alerta!
De la hermosa y fugaz juventud,
Si á su acento la patria despierta,
Le diremos *con gozo* ¡Salud!

Estos versos son de D. Teobaldo Elías Corpancho. Si este caballero fuera un poco más corpangosto, talvez habría dicho menos disparates. A la juventud peruana no le ha de agradar mucho que le digan *fugaz*, porque esto huele á tomar la fuga.

Y si la patria despierta, no se le debe decir ¡salud! *con gozo*, sino con una copa de vino ó cualquier licor.

¿Y si no despierta?—preguntaremos al Sr. Corpancho—¿y si se queda dormida? Seguramente no la despertarán ni *El Eco del Perú* ni un susto de los de D. Antonio. Mejor será que la dejen dormir tranquila.

Febrero 23-902.

EL SALUDO MILITAR

NERVIOS QUE SE APLACAN

Poco á poco se va reformando el saludo militar: un decreto de fecha 7 del presente acaba de corregirlo en parte, estableciendo que el inferior no debe pararse para saludar al superior, sino que debe hacerlo sobre andando. El decreto conserva todavía en gran parte la forma del saludo, pero poco á poco se llegará á la tranquilidad, á la calma, y es de esperar que en poco tiempo más los militares se saluden de una manera menos desgraciada, más airosa, más natural, porque no sé qué inconveniente puede haber para que los militares no saluden de un modo más tranquilo.

Pero ya estamos á alguna distancia de aquel terrible saludo del año 97, que era divertido...nó, alarmante, indicio de calamidad.

Recuerdo que en una noche de verano había mucha gente en la plaza de Concepción y estaban de moda los guardias nacionales. Varios de éstos paseaban por la plaza, en compañía de algunas

señoritas, muy orgullosos con su traje nivelador, de simples soldados, y "acaparaban" la atención de todo el mundo. En un grupo había varias damas mayores y menores de edad, y unos cuantos jóvenes, y contemplábamos á un guardia nacional que paseaba muy airoso entre dos señoritas y se acercaba hacia nosotros.

De súbito se presentó un espectáculo verdaderamente desgarrador: paróse de repente el joven guardia nacional, como si todos sus nervios se hubieran solidificado en forma de varillas de hierro, se llevó la mano derecha á la cabeza y empezó á revolver los ojos como los barítonos que hacen de Nelusco en la "Africana".

Todos nos quedamos mudos de espanto; sólo una señora dió muestras de presencia de ánimo, pues se alzó rápida de su asiento, gritando con gran agitación:

—¡Agua, agua, por Dios! Eter! Amoniaco!

—¿Qué tiene este jóven?—preguntó uno de los presentes, muy alarmado. —¡Qué cosa tan terrible!

—¿Pero que no vé que es un ataque de epilepsia? Traigan álcali, pronto, por favor! Pobrecito, ya va á echar espumas por la boca!

Y la compasiva dama, á falta de otros estimulantes, acudía con su abanico á socorrer al accidentado guardia nacional.

Pero éste dejó en esos momentos de retorcer los ojos, dió muestra de mayor tranquilidad, descargó un taconazo en el suelo y continuó su paseo; pero la señora lo detuvo diciéndole:

—Oiga, jovencito militar, tranquilícese, ya pasó: pero ¿por qué no va á acostarse? No se quede aquí; mire que el aire puede hacerle mal. Váyase á su casa y tome agua con éter.

El militar miraba como alelado á la señora y parecía no darse cuenta de lo que ella le decía.

—¿Pero, señora, ¿para qué quiere que me vaya, si no estoy enfermo?

—¡Ay! ¡todavía no vuelve bien en sí! Váyase, hijito: no sea porfiado.

– Señora, por Dios, si estoy bueno y sano!

—¿Y ese ataque que acaba de darle? ¿qué cree Ud. que no lo hemos visto torcer los ojos, apretarse la cabeza y ponerse tieso como un palo?

—¡Pero, señora, si ése es el saludo militar! Estaba saludando al capitán de mi compañía!

Todos nos quedamos atontados con la explicación; sólo la dama supo explicar sus sentimientos.

—¿Saludo militar? Pero ¿cómo? ¿Será posible que estén enseñando á estos jovencitos á que vayan por la calle asustando á la gente inofensiva?

Tal era el saludo de hace seis años; después vinieron algunas reformas; pero siempre los militares se quedaron con esas contorsiones de epilépticos, hasta que los transeúntes fueron familiarizándose con tan desgarrador espectáculo.

Ahora acaba de dictarse una nueva reforma; mas siempre quedan obligados los inferiores á retorcer solemnemente los ojos ante los superiores y á ponerse en pie para saludar á éstos cuando se encuentren "en salas de espectáculos, hoteles, restaurants, ferrocarriles, tranvías y en general en las reuniones bajo de techos," según espresa el decreto.

¿No será posible suprimir totalmente esas revolturas de ojos, tan poco airosas, y esos cuadramientos solemnes, siquiera sea en obsequio de la tranquilidad de los que no son militares?

Marzo 13 de 1902.

LA MEDIDA EXACTA

¿Puedo entrar? — preguntó una voz desde la puerta; á lo cual respondió el Sr. Tocornal con un entonado—¡Adelante!—y penetró en la sala el estadístico del Ministerio del Interior.

—¿Qué se le ofrecía? — preguntó el Ministro, sin levantar la vista de los papeles.

—Señor — respondió el empleado —, vengo á pedirle se sirva contribuir al cumplimiento de una antigua costumbre.

—¿Qué costumbre? ¿de qué manera contribuyo?

—Desde que hay gobierno en forma en Chile, poco después de la Independencia, data esa costumbre, introducida talvez por algún curioso; al principio fué un capricho, ahora es ya casi una ley. Se trata de que todos los Ministros que pasan por la Moneda dejan la medida de su estatura en la oficina de mi cargo, en la estadística.

—¡Qué curioso! ¿Es cierto? ¿Y con qué objeto?

—El objeto, talvez fué un capricho de aficionado á estadística; después ha sido costumbre, y tiene alguna importancia.

—Accedo, pues, con mucho gusto—dijo el Sr.

Tocornal, contemplándose gozoso en toda su estatura—; ¿y por qué no lo había hecho antes? ya llevamos cinco ó seis meses de Ministerio...

—Porque hasta ahora no se habían juntado ni un solo día todos los Ministros; siempre andaban uno ó dos fuera. Y como ahora se habla de crisis...y están todos aquí...

—Pues vamos allá.

Y se dirigieron ambos á la oficina del estadístico, donde encontraron ya á los demás Ministros: Yáñez, Mathieu, Villegas, Balmaceda y Orrego. En un rincón había un cartabón que presentaba huellas del frecuente uso de los últimos años; las de más arriba estaban casi completamente borradas; las más bajas estaban frescas. Los Ministros charlaban alegremente y comentaban entre risas aquella curiosa costumbre.

—¿Y llevan algún libro de las medidas?—preguntó el Sr. Tocornal.

—Sí, señor—respondió el estadístico--,llevamos un libro en que se halla consignada la estatura de todos los Ministros desde el año 1830. Al principio se tomaba la medida por varas y hemos tenido que convertirla en metros...

—¡Qué notable!—interrumpió Villegas.—¿Y será fácil ver el libro?

—Ciertamente, señor; aquí lo tiene Ud. — Y el empleado sacó de un cajón con muchas llaves un libro reciamente encuadernado y bastante voluminoso. Todos los ministros se precipitaron sobre él y empezaron á hojearlo entre ingeniosos comentarios.

—"Diego Portales"—dijo leyendo Tecornal—"dos metros y setenta y dos centímetros"...¡Jesús, qué gigante! ¡Qué hombre tan grande!

—Efectivamente — dijo el estadístico—era un grande hombre. Ha sido el más grande de los Ministros, como que sobresalió en una verdadera selva virgen de árboles enormes.

—A ver, á ver—dijo Yáñez—; aquí viene otro gigante: "Manuel Antonio Tocornal, dos metros y cuarenta y cinco centímetros." ¡Qué enormidad de hombre!

—Pero no puede ser eso—replicó Balmaceda—; yo conocí á D. Manuel Antonio y no era tan grande; apenas me llevaría la cabeza.

—Tú lo has dicho, Rafael—exclamó Villegas—; te llevaba por toda la cabeza.... ¿te parece poco? fíjate que era una gran cabeza...

—Otro gigante — gritó Mathieu — : "Antonio Varas, dos metros y sesenta y ocho centímetros." ¡Sólo cuatro centímetros menos que Portales! ¡Este tocaba al techo!...

—¿Pero que no era pequeñito? — preguntó Orrego.

—Con frecuencia ocurre — respondió tímidamente el estadístico—que algunos hombres parecen de poca estatura, y en realidad son muy grandes.

—"Abdón Cifuentes, dos metros y treinta y dos"—leyó Balmaceda.—¡Caramba con mi antecesor! ¡Quién lo creyera al verlo tan encogido!

—Se guarda la tradición—observó el estadístico—de que cuando D. Abdón se estiraba, en tiempo de D. Federico Errázuriz Zañartu, el mismo Presidente se veía pequeño á su lado. Otro tanto pasaba con Portales: el Presidente desaparecía.

—"Enrique Mac Iver, un metro y noventa y siete"—leyó Villegas.

—Debe haber una observación al pie de esa página—indicó el estadístico.

—En efecto aquí leo: "muy alto por arriba; le faltaba por el medio." ¿Qué quiere decir esto?

—Lo ignoro, señor.

—Se me ocurre que eso querrá decir que MacIver es hombre de mucha cabeza pero de poco corazón—dijo Tocornal.

—Es posible, señor; pero no sé nada sobre el particular.

—Otro colega de Hacienda: "Pedro Nolasco Gandarillas, un metro y sesenta; creció tanto, trepado sobre unos millones, que se cortó la cabeza."

—¡Cuidado, Enrique!—dijo Tocornal.—No vayas á tener igual fin!

—Pero yo no me he montado sobre millones...

—¿Y los de la conversión metálica? (1)

En ese momento entró el secretario particular del Presidente y dijo á les presentes que S. E. los esperaba para celebrar un consejo de ministros.

—Apurémonos—dijo Tocornal—; vamos al cartabón.

Acercóse al aparato; el estadístico *hizo bajar la tablilla* hasta que descansara sobre la cabeza del Ministro, y enseguida dictó á un escribiente:

—"Ismael Tocornal, Ministro del Interior, segundo del Gobierno del Excmo. Sr. Riesco, 1901-1902: un metro y siete centímetros."

---

(1) Se recordará que, siendo Ministro de Hacienda D. Enrique Villegas, el Gabinete acordó echar y echó manos á los fondos de la conversión, contra toda ley, para comprar armas y acorazados.

—¡Caramba que soy chico!

El empleado siguió dictando, conforme iba midiendo.

—"Eliodoro Yáñez, el Canciller: un metro y nueve."—"Enrique Villegas: setenta y dos"...

—¿Metros?—preguntó asombrado Villegas.

—Nó, centímetros.—"Beltrán Mathieu: noventa y cuatro."— Rafael Balmaceda: ochenta y nueve."—"Rafael Orrego: ochenta y tres."

Cada cual se miraba su propio cuerpo y el cartabón, con evidentes señales de asombro; Yáñez los miraba á todos desde cierta altura...

—Señores — dijo el escribiente —, el término medio de la estatura del actual Ministerio es de noventa y dos centímetros y tres milímetros.

—¿Y cuál ha sido – preguntó Tocornal—el Ministerio más chico de todos los precedentes?

—El de Agosto de 1891 respondió el estadístico—, que tenía un metro y dieciséis.

Los Ministros se retiraron en silencio, mientras el estadístico decía para sí:

—Ya sobra cartabón: en lo sucesivo bastará medir con milímetros.

22 de Marzo de 1802.

NOTA.—La profesía del estadístico se ha cumplido: salvo raras excepciones, los Ministerios han sido cada vez más pequeños.

CLASIFICACION NECESARIA

La ley de alcoholes ha armado á los soldados de policía con una autoridad incontrastable y de tales alcances que su voto basta para declarar si un hombre es morigerado ó nó. El soldado decide si está ebrio ó sano cada individuo que pasa por la calle, y con su decisión el individuo va á la policía ó sigue tranquilamente su camino.

Han dado muestras los legisladores de que conocían bien el gremio cuando han encargado, por medio de la ley, á los soldados de policía el reconocimiento del estado de ebriedad de cada prójimo: en ese ramo deben ser muy peritos los guardianes del orden.

Pero si son listos para reconocer el estado de ebriedad, seguramente no lo son para reconocer cuándo un hombre está bueno, y de allí ha de provenir una larga serie de equivocaciones muy bochornosas para las personas serias y de buenas costumbres.

Es, por tanto, indispensable qne se dicten reglas prácticas para evitar confusiones; que se establezca una sabia y prudente clasificación de grados dentro de la embriaguez, para designar las

que son dignas de castigo y las que son acreedoras á algunos miramientos.

Y esta clasificación es tanto más necesaria cuanto que hay *monas* en que es más el ruido que las nueces, y en que un simple vaso de chicha mete tanta bulla como un coche público; y hay otras, en cambio, en que, á pesar de diez litros de alcohol, el interesado guarda una compostura irreprochable y muda.

Por si de algo sirven, allá van algunas ideas para la clasificación, que tomamos de un proyecto de ley discutido en el Parlamento de Washington.

Desde luego hay un primer grado, absolutamente inofensivo: la embriaguez no se revela en ningún detalle; sólo se observa un mayor brillo en la mirada y una permanente gana de reír. Esta mona no es punible; por el contrario, en ese estado el individuo forma un excelente auditorio, que salva á los amigos de contar cuentos sin gracia. Este es el grado *risueño*.

El segundo grado es el de la mona *alfabética* ó *literaria*, muy fácil de reconocer, porque el individuo va haciendo letras, como la *x*, con las piernas, ó las va trazando con los pasos, como la *s*, ó las forma con los pliegues del cuerpo, como la *z*. Es una mona digna de represión porque es indicio de ignorancia, como que nadie ha podido leer hasta ahora lo que esos borrachos escriben ó dicen con tales letras.

Más arriba está el grado de la mona *brava* ó *belicosa*: el individuo ya no se ríe y está reñido con el alfabeto del segundo grado; se siente vigoroso y terrible; advierte en sí mismo todo un conquistador y al mismo tiempo un profundo desprecio por la humanidad entera; de allí que

empiece sus conquistas á bofetadas y trate de aplastar á la humanidad á puñetazos. Es una mona que no merece la libertad, sobre todo porque ya ha pasado la época de las conquistas, según aseguran peruanos y bolivianos.

Después viene el grado de *araña* ó de *enredadera*: la víctima ya no puede andar con sólo sus piernas, y se atraca de boca á la pared; allí, abre las piernas para equilibrarse y abre los brazos para cogerse á la muralla, la cual á veces se le hace poca; en esa postura trata de andar, pegado al muro, y hace el efecto de una araña enorme ó de una mata de yedra, de donde viene el nombre antedicho. Esta mona no necesita soldados: se va sola á la policía.

El quinto grado es el de la mona *sedentaria*: el borracho ha renunciado ya á todo esfuerzo y se sienta en una piedra, en el hueco de una puerta, en cualquier rincón: allí permanece estacionario y es el único punto fijo de todo el orbe, mientras el mundo entero gira alrededor de él. En ese estado, el borracho murmura unos monólogos interminables y misteriosos, cuyo significado aun no han podido investigar los sabios. Su única ambición es que pase luego su casa, para colarse en ella. En este grado, el ebrio pierde toda noción matemática; y así, cuando un reloj da las cuatro, el borracho protesta contra el mal estado del reloj, que ha dado, sin necesidad, cuatro veces la una.

El último grado es el de *perro dormido*, pues el ebrio cae en la calle como un cadáver, absolutamente insensible, y en la oscuridad los transeúntes pasan desviándose para no pisar aquel perro que duerme y puede despertar dando mordizcos.

En este grado es indispensable el *coupé* de la policía.

Entre estos grados hay muchísimos matices y variedades; de ellos sólo uno recordaremos: es el del borracho *irreprochable;* suele llevar una mona tipo *araña*, pero mediante cierto arte esquisito, se conserva erguido, muy tieso y muy imperturbable; para ello, para andar derecho, el borracho elige un punto de mira lejano y en él clava inflexible la mirada, sin apartarla un instante; los pasos han de ser cortos, muy pausados, y no se han de levantar más de medio centímetro del suelo; si se apura, si se precipita, está perdido. Pero lo principal es el punto de mira: no debe perderlo de vista ni un segundo, pues si lo pierde, sobreviene la catástrofe: la mona pasa al punto al tipo de *perro dormido*. A falta de punto de mira, presta positivos servicios la línea de la costura de la alfombra, y en general toda línea recta.

Hay además la mona *Ciceroniana*, en que el borracho se bota á orador público ó privado..... de auditorio; la mona *melancólica*, en que se lloran todas las desgracias del mundo y se recuerdan los años de la juventud; la mona *consejil* (sin referirnos á municipal alguno), que da buenos consejos á los que no los han menester: todas éstas, excepto la primera, son inofensivas y hasta inocentes.

Sobre estos tipos se puede formar una clasificación conveniente para el uso de la policía. Sin embargo, todavía hay muchos otros matices que la policía debe estudiar prácticamente, pues así como Nuñez de Arce dijo:

¿Quién fija y nombra

La línea imperceptible en que coincide
La clara luz con la nocturna sombra?

Nosotros podríamos decir:

¿Quién fija, quién abona
La pinta imperceptible que separa
La mona entera de la media mona?

Abril 5 de 1902.

UNA CUESTION RUIDOSA

UN GOBERNADOR, UN JUEZ, UN ALCALDE, LA POLICÍA, UN BOMBO Y UNOS PLATILLOS.

En un lugar de esta provincia, de cuyo nombre no me conviene acordarme, se desarrolla actualmente un drama tragi-cómico, que tiene hondamente preocupado á todo el vecindario, agitada la opinión, enconados los ánimos, dividida en partidos á toda la sociedad y cavilosas á todas las autoridades de la provincia. Los personajes son, como se indica en el epígrafe, el gobernador, el alcalde, el juez de letras, la policía, una banda de músicos y el bombo y los platillos y otros instrumentos de otra banda de músicos.

En la sola enumeración de los personajes, se vé, pues, que es ésta una cuestion muy sonada, muy ruidosa: y no es para menos, habiendo dos bandas de músicos de por medio.

Y antes de exponer el asunto, declaro y protesto que todos los datos que entrego á los comentarios del público, son completamente exactos y verídicos.

En ese dichoso pueblo había una banda de músicos, pero la municipalidad la suprimió, provisionalmente, por falta de fondos, y la plaza se quedó silenciosa. Entónces el gobernador, llevado de sus instintos filarmónicos, empezó á formar una nueva banda, aprovechando para ello el instrumental de la antigua y enseñando á soplar musicalmente á los soldados de policía. Desde entonces reinó completa armonía en la policía, pero vino un desconcierto entre las autoridades.

En efecto, el alcalde no quiso ser menos que el gobernador. "Con música no me la gana nadie"— se dijo aquél, y obtuvo que la banda del 5.º de caballería de Limache fuera al pueblo á tocar dos veces por semana.

Ya tenemos á dos autoridades porfiando á cuál sopla más y dos bandas en acción, y el asunto empezó á meter bulla...

El gobernador no pudo tolerar semejante predominio, é irritado ante la supremacía musical que quería conquistar el alcalde, ordenó que la banda de éste, esto es, la del 5.º, cesara en sus funciones. El jueves se cumplió la orden, en el momento en que la banda, después de una magnífica entrada triunfal, acababa de posesionarse del tabladillo y soplaba á más no poder: la prohibición del gobernador rompió violentamente un acorde; los pistones, los requintos y los clarinetes se quedaron gimiendo, y los músicos no hallaron qué hacerse con los soplidos que les sobraban.

Este suceso produjo una profunda consternación en la plaza y en toda la ciudad; y todos los ánimos estaban atónitos al ver tornarse á aquellas voces alegres en silencio mudo.

Sólo el alcalde conservó la calma. Ya que no dejaban tocar á su banda, resolvió que tampoco tocara la del gobernador. Para ello, exigió que éste le devolviera el instrumental que usaba la policía, por ser de propiedad municipal. Negóse el gobernador y entonces el alcalde recurrió á la justicia.

El juez, oída la demanda y penetrado de la gran importancia y trascendencia del asunto, ordenó la devolución de los instrumentos de la policía á la municipalidad. Negóse por segunda vez el gobernador y entónces el juez pidió al mismo gobernador el auxilio de la fuerza pública para hacer cumplir aquel decreto. El representante del Ejecutivo quiso negarse á suministrar la fuerza, pero cedió y acató la resolución del juzgado.

Pero la policía sólo devolvió al alcalde el bombo y los platillos, diciendo que éstos eran los únicos instrumentos municipales, y les demás eran fiscales.

No paró aquí la lucha. El alcalde, irritado por la actitud de la policía, condenó á ésta á inmundicia perpetua, dando orden á los carretoneros de la de aseo que no sacaran el guano y demás basuras del cuartel de aquélla. El prefecto buscó su desquite: hizo extraer el guano y depositarlo en la plaza, frente á la casa del juez, de modo que éste tenía ante sus ventanas un horizonte limitado por un cerrillo de las más ingratas materias. Al fin creo que los carretones han barrido con esa perspectiva.

En este estado se halla el asunto. El telégrafo ha estado funcionando durante estos días incesantemente; el gobernador se ha venido á Valparaíso á conferenciar con el intendente; la Moneda se halla perpleja ante tan grave cuestión; y entretanto en aquel pueblo se han formado dos corrientes de opinión: el partido de los *restringidos*, que afirman que sólo el bombo y los platillos son municipales; y el de los *pan-instrumentista*, que sostienen ser municipales todos los instrumentos.

La cuestión no es clara. Ese instrumental fué obsequiado por D. Agustin Edwards, hace veinte años, *al pueblo de esa ciudad*, de modo que es un bien municipal. Contra esto se alega que fué entregado á la policía, que era fiscal, y el instrumental es de propiedad del Fisco, en consecuencia, y sólo los gobernadores tienen que ver con tales instrumentos. A esto se contesta, que, aunque así fuera, el instrumental hasido remendado muchas veces por cuenta municipal y ha estado en poder de los alcaldes y, por lo tanto, ha prescrito. Pero añaden los *restringidos* que no todos los instrumentos pueden prescribir por igual: así los trombones prescriben despues que los requintos, y los pistones tienen más largo plazo que los oboes.

Algunos espíritus conciliadores proponen una teoría que zanjaría toda la dificultad: á su juicio, los instrumentos no pertenecen á tal ó cual autoridad sino á la que sople más y mejor. Este parecer puede conducir á la armonía, pues la dificultad se resolvería ante un martillero público, el cual adjudicaría la banda al mejor soplador.

Tal es la cuestión, la más bulliciosa que se ha

promovido en los últimos años. Por ella, está amenazada Quillota...¡perdón! sin quererlo se me escapó el nombre! Digo que por esta cuestión, se halla amenazada aquella ciudad—cuyo nombre no conviene recordar—de quedarse en perpetuo silencio, á pesar de que andan dos bandas de músicos en el asunto.

Mayo 6-902.

UN DIPUTADO DE RULO

O SEA

UN RIO CONTRA UN ESTERO

La desviación del estero de las Delicias, que desde hace varios años viene siendo el sueño permanente y la suprema ambición de los habitantes de ese populoso barrio, ha tropezado en la Cámara con una corriente contraria que va pareciendo invadeable, aun cuando á la simple vista no mostraba tener mucho caudal de agua. Esa corriente contraria es la que emana del diputado D. Daniel Rioseco, muy distinguida persona y muy digna de respeto, pero que en esta ocasión se ha manifestado dispuesto á nadar aguas arriba.

La oposición que ha hecho al proyecto es, sin embargo, perfectamente lógica, pues si bien en cuanto Daniel debe haber conocido el lago de los leones, ya que no el de las Delicias, en cambio en cuanto Rioseco es indudable que no se le pue-

den pedir cosas propias de abundancia de aguas, como es el referido estero.

Es muy probable que el señor diputado, como *Río* que es, haya mirado en menos al estero, sin fijarse que á éste le sobra agua y aquél es eminentemente seco, lo que equivale á decir que no es río.

Pero por lógica que sea la oposición, no ha podido menos de producir impresión penosísima entre los habitantes del barrio de las Delicias, que, al tener noticias de ella, han tomado el cielo con las manos y, apretándose la cabeza, han exclamado: "¡Aquí se juntó el río con el estero!"

Sé ya que entre ellos se recogen firmas para una solicitud que se enviará al Sr. Rioseco y que está redactada más ó menos en los siguientes términos:

"Al diputado Sr. D. Daniel Río-seco.

"Señor: Hemos sabido por los diarios que Ud., haciendo caudal de razones mal encauzadas, se ha opuesto á la desviación del estero mal llamado de las Delicias, y que es nuestro verdugo anual. No nos consta la verdad de la noticia, pero, como cuando el río suena agua lleva, nos hemos convencido de que ello debe ser cierto, pues cuando Ud. ha sonado en la Cámara es porque lleva, si no agua, por ser seco, piedras á lo menos.

Y estimamos necesario dirigirnos á Ud. para exponerle algunas razones que lo traigan á seguir el curso natural de las cosas claras y corrientes.

Desde luego, su oposición es muy propia de su afición á las antítesis, como que Ud. no tiene obstáculo en ser Río-seco á pesar de ser propietarario en Colch-agua. Pero, á pesar de ello, no es justo que Ud. se oponga á la realización de esa

obra que ha de quitar al estero de las Delicias el agua que á nosotros nos sobra y que á Ud le falta.

No esperábamos semejante oposición, que Ud. ha suscitado sin decir siquiera ¡agua va!—pues en su triple carácter de agricultor, médico y diputado, debe apoyarnos con entusiasmo: en cuanto agricultor, porque debe conocer los perjuicios del agua en exceso; en cuanto médico, porque debe saber que una inundación menoscaba la salubridad; y en cuanto diputado, porque debe conocer las necesidades de una ciudad como Valparaíso.

Puede ser que Ud, como Rioseco que es, crea que nos ahogamos en poca agua, pero sepa Ud. que estamos con el agua hasta el cuello. No tratamos de pescar á río revuelto—sino, á lo sumo, de pescar á Rioseco—, ya que nosotros somos los pezcados, sobre todo en las inundaciones.

Y aunque sea Ud. Rioseco, no se burle Ud. del estero, ni se bañe en agua rosada por su oposicion, diciendo de "esta agua no beberé", pues estamos dispuestos á echarle el agua y en tal caso será Ud. hombre al agua, á pesar de su apellido.

Talvez sus papeles están mojados, Sr. Ríoseco, y no ha visto bien el proyecto, y por eso ha cantado á secas en la Cámara,sin advertir que otra cosa es con guitarra, como lo vería Ud. si tuviera su cauce vecino á éste tan acuoso estero de las Delicias.

Esperamos, pues, que Ud. no sea tan seco para con nosotros, y aunque pudiéramos exigirle que se sustituyera en cuanto Rioseco al estero, sólo le rogamos que siga nuestras aguas y tome sobre sí las que á nosotros nos sobran.

De otro modo, saldrá verídica la copla que aquí se canta y que dice:

"De Ríos-secos
Líbrenos Dios,
Que de los húmedos
Me libre yo."

(Aquí siguen las firmas de millares de inundados.)

Julio 25 de 1902

¡REORGANIZADOS!

Ya que nadie la felicita, el Sr. Intendente, D. José A. Bravo, se ha consagrado á felicitar diariamente á la policía, pues encuentra muestras de rigurosa disciplina en todos los actos de ésta, hasta en el hecho de que nadie se atrase cuando se trata de pasar lista...de pago.

Pero aunque el público se queje y por más que hayan cundido los rateros, es innegable é indiscutible que la policía de Valparaíso ha alcanzado un grado de perfección envidiable, bien patentizado en la gran parada militar-policial efectuada en la mañana del lunes en Playa Ancha, bajo la alta presidencia del Sr. Intendente de la provincia.

El acto fué solemne: un verdadero 19 de Septiembre en el Campo de Marte de Santiago. La vasta é imponente extensión de la elipse de Playa Ancha, la marcial apostura de los policiales, la buena voluntad de los caballos, deseosos de lucirse en la revista, el majestuoso espectáculo del Pacífico, cuyas olas rumoreaban á poca distancia, la serenidad del ambiente, la primaveral hermo-

sura de aquella tibia mañana de julio, el balsámico aroma de los pinos del parque, la gravedad del Sr. Intendente: todo contribuía á dar á aquella ceremonia suma importancia y formaba marco á aquel magnífico cuadro de la marcialidad policial.

Empezó la revista con algunas evoluciones de infantería, en que los guardianes desplegaron una disciplina irreprochable y un talante y apostura propios de veteranos fogueados en muchas campañas. Una sola excepción hubo á aquel homogéneo conjunto: un soldado rengo, que se empeñaba en no llevar bien el paso.

El Intendente se quedó admirado.

—¡Pero qué bien corren estos diablos, compañero! — dijo al Prefecto, que sonreía triunfalmente.

—En cuanto á eso—respondió éste—, poco ha habido que enseñarles: es cosa que todos aprenden luego que entran á la policía. Lo único en que ha habido algún trabajo es en hacerles aprender á no arrojar el sable en en el momento en que aprietan á correr.

Luego vinieron algunos ejercicios de caballería, que fueron mejores que los otros. Los jamelgos estaban inconocibles: se habían excedido á sí mismos; y los soldados habían excedido á los jamelgos. El Intendente iba de asombro en asombro.

En seguida hubo otros ejercicios que lo dejaron encantado. Nunca se había imaginado él tanto adelanto, tantos progresos; indudablemente era ése el primer cuerpo de policía de la República; felicitó al prefecto por tan brillente reorganización y luego, adelantándose hácia la tropa, dijo:

—Niños...nó: soldados...tampoco: guardianes

del orden! Con viva complacencia he presenciado esta imponente parada militar, y, testigo de vuestro progreso, de vuestras energías, no puedo menos de recompensaros (*á los soldados se les ríe la cara*)...en mérito de vuestros esfuerzos, con un hermoso premio...

—Lo menos nos dan unos diez pesos por cabeza—murmuró un soldado.

—Un hermoso premio—prosiguió el Intendente—; hélo aquí: guardianes del orden (*viva ansiedad general*)...os declaro...¡reorganizados!

—Muchas gracias, patrón — contestaron los guardianes.

Allí mismo, como fruto práctico del entusiasmo, se concertó entre el Sr. Intendente y el Sr. Prefecto que, para hacer más eficaces y provechosos los servicios de la policía, se instruirá á los soldados en el manejo de la artillería, á lo cual se agregará pronto una pequeña división de acorazados y torpederos, para completar la educación y reorganización policial.

No desesperamos, pues, de ver más tarde, dentro de poco, un parte de policía como el que sigue:

"Al dar cuenta á US. de las novedades ocurridas en las últimas veinticuatro horas, esta Prefectura pone en conocimiento del Sr. Intendente un incidente ocurrido en la mañana de hoy.

Tadeo Ramírez, alias el *Pata de Palo*, individuo cojo y de muy malos antecedentes, penetró á las 9 A. M. en una zapatería de la calle de Condell, se robó un par de botines y en seguida emprendió la fuga.

Puesto el hecho en conocimiento de esta Prefectura y sabedor el que suscribe de que el citado

Pata de Palo había huído en dirección á Concón, se apresuró á despachar una división de la escuadra policial, formada por dos acorazados y seis destroyers, para que acudiera á Concón y, remontando por el río Aconcagua, cerrara el paso al fugitivo.

Al mismo tiempo despaché una brigada compuesta de tropas de las tres armas para que, con dos cañones de montaña, tomaran por el *Camino de los Lecheros* y picaran las espaldas al prófugo.

Las tropas de tierra establecieron un buen servicio de avanzadas, para lo cual enviaron á la descubierta algunos piquetes de infantería y formaron la punta de caballería reglamentaria.

Además de los cañones llevaron estas fuerzas dos pares de ametralladoras Gattling, al mismo tiempo que, siguiendo órdenes impartidas por el subscrito, se organizó un servicio de vigías por medio de un globo cautivo, sistema Severo.

Gracias á estas disposiciones, pronto las fuerzas de mar y tierra lograron cumplir su arduo cometido.

Más allá del Alto del Puerto y cerca de Reñaca dieron alcance á Ramírez, que no había podido avanzar mucho porque iba á pie y porque, creo haberlo dicho á US. en el curso de este parte, Ramírez es cojo por temperamento.

Como el reo opusiera formal resistencia, fué menester trabar combate en forma, para lo cual la tropa tomó posiciones en las alturas más convenientes, apoyada por los cañones de la escuadra.

El cañoneo duró poco más de dos horas; nuestras tropas lucharon con increíble ardor y entusiasmo, pues el *Pata de Palo* disparaba en todas direcciones.

En honor de la exactitud, debo dejar constancia de que Ramírez no disparaba con armas de fuego, sino que disparaba, á toda fuerza, con la pierna sana y con la muleta, para arrancar.

Terminada la refriega y despejado el campo, se vió que el cojo se había escapado con rumbo desconocido. Pero la batalla no fué infructuosa, pues la certera puntería de nuestros artilleros logró matar á dos transeúntes, cuyos cadáveres adjunto á US. y que, antes y después de muertos, y á pesar de la sagacidad de la Sección de Pesquisas, se han negado terminantemente á dar declaración alguna.

Por lo demás, no ha habido ninguna novedad, salvo tres soldados heridos por mal manejo de algunas granadas shrapnels, por lo cual pido reforma del arsenal del cuerpo de mi mando.

Saluda á US., etc."

Una palabra. En el mismo momento en que se celebraba la parada militar del parque, se efectuaban treinta y dos robos en diversos puntos de la ciudad.

8 de Agosto 1e d902.

¿A QUÉ SE PARECE VALPARAISO?

—

En pocos dias más debe de llegar á este puerto la nave de guerra argentina en que viene la comisión que trae los protocolos firmados. Y al desembarcar, tanto los miembros de esa comisión como los jefes y oficiales de la nave, vendrán echando miradas sobre la ciudad y, llegando á tierra, después de los saludos y cortesías de estilo, expresarán su primera impresión diciendo, según es uso y costumbre de todos los que llegan á tierra extraña, que Valparaíso se parece mucho á..... cualquier puerto, como Bahía Blanca, El Cairo ó alguno de Suiza ó de Bolivia.

Y todos nos quedaremos muy agradecidos con el favor que se nos hace.

¿Qué fisonomía especial tiene Valparaíso que le hace parecerse á todos los puertos del mundo? Hace algunos años, llegó don Carlos de Borbón, miró á Valparaíso y dijo que se parecía á Trieste.

Despues vino el príncipe Leopoldo Augusto de Braganza y halló que nuestro puerto se parecía a Lisboa.

Despues he preguntado á algunos viajeros si Trieste se parece á Lisboa y me han respondido que no; ¿y Lisboa se parece á Trieste?—tampoco.

Y sin embargo esas ciudades se parecen à Valparaíso. Por lo cual queda desmentido aquello de que dos cantidades iguales á una tercera son iguales entre sí.

Y si viene un alemán dirá que el parecido de Valparaíso es con Hamburgo; un español dirá que con Santander; un francés con Brest; un italiano con Palermo; á pesar de que Hamburgo, Santander, Brest y Palermo se parecen tanto entre sí como un elefante con una escobilla de dientes, —descontada la cualidad de no poder subirse á los árboles, según el acertijo alemán.

En un viaje que hice á Talcahuano me hospedé en un hotel en cuyo comedor se veía el retrato de un militar. Pregunté al propietario quién era el original del retrato y me contestó que era el general Urrutia; no pude menos de saludar respetuosamente al distinguido veterano.

Poco después de haber comenzado mi almuerzo, entró al comedor un italiano, que empezó por descubrirse ante el retrato. Me llamó la atención aquel respeto por un militar chileno y se lo hice notar.

—Ah! per Dio! io sono un buon patriota, —me dijo; e non posso meno di chinar la mia fronte davanti il glorioso Baldissera.

A los pocos minutos entró un español y... nuevo saludo ante el retrato. Y en seguida, antes de que yo hiciera pregunta alguna, dijo:

—El dueño de esta fonda es un buen chico: para halagar á su clientela española, ha puesto aquí al vencedor de Chiclana, al invicto general Espartero. El mismo fondista me lo ha dicho...

Y estoy seguro de que el retrato se habría ido convirtiendo en Moltke, en Boulanger, en Wellington

y en Gustavo Adolfo, según que hubieran entrado al comedor un prusiano, un francés, un inglés ó un sueco.

La misma ventaja tiene Valparaíso que el retrato del hotel de Talcahuano: se parece á todos los puertos del mundo, al gusto de los consumidores ó de los viajeros; sólo que el fenómeno se produce á la inversa: en Talcahuano era el dueño de casa el que halagaba á los visitantes, y aquí son los visitantes los que halagan al dueño de casa, al vecindario porteño.

Y somos tan agradecidos que, apenas nos dicen que Valparaíso se parece á Trieste, hallamos que el Austria es la más simpática nación de la tierra; y si nos dicen que el parecido es con Lisboa, nos volvemos unos portugueses insufribles.

Pues, aunque parezca mentira, como habitante de Valparaíso me encuentro en igual condición que aquel ilustre inglés á quien se preguntaba:

—Si Ud. no fuera inglés ¿qué quisiera ser?

—Inglés.

Pues, por mi gusto, Valparaíso se parece á Valparaíso, y á nada más que á Valparaíso, á pesar de sus defectos, de sus cauces, de su malecón de billetes, de su muelle que no lo es, de su desaseo, de su municipalidad y de sus demás calamidades.

Y al primer argentino que me diga que Valparaíso tiene fisonomía propia y no se parece á ningún puerto del mundo, á ese hombre inteligente y hábil, á ese argentino lo invito...

No diré á qué lo invito para que no me cobren la palabra.

11 de Setiembre de 1902.

EL HOMBRE PREHISTORICO

Y LOS SABIOS

En Nueva York se está reuniendo actualmente un Congreso de Americanistas, esto es, de aficionados á los americanos—ó á las americanas—, que se supone son sabios, si no de nacimiento, á lo menos de afición, y que se proponen averiguar todo lo no averiguado acerca del origen de América: empresa muy laudable y útil, por cierto, porque, cuando se logre descubrir todo eso, ya todos quedaremos muy tranquilos, muy sanos y hasta con plata en el bolsillo.

En una sesión que celebraron el jueves ó viernes de la semana pasada, según comunican los telegramas, se trató del hombre prehistórico. Pero de paso conviene decir quién es ese hombre, por si hay personas que no lo saben. Pues, como lo dice su nombre, el hombre prehistórico es un individuo que se supone vivió antes de que hubiera historia y que, por consiguiente, fué feliz, ya que no tuvo que sufrir el martirio de tener que aprenderse de memoria tanto nombre ingrato y

tantas cosas inútiles; pero, en cambio, vivió sumido en las tinieblas de la más espesa ignorancia, pues no tuvo noticia alguna de quién había de ser Cicerón ni Catilina, ni de la guerra del Transvaal, ni de los pactos chileno-argentinos.

Para discutir acerca de tan interesante individuo, el congreso de americanistas tuvo á la vista el esqueleto del hombre prehistórico, esqueleto bastante mermado, como es fácil imaginar, pues sólo queda de él bien poca cosa: el cráneo, relleno de algodón, lo que prueba que era hombre de muy poco seso; restos de la mandíbula, circunstancia que habla en favor suyo, pues prueba que ejerció poco esas armas y que no tuvo relaciones con dentistas; y algunos otros pedazos de huesos, probablemente el de la taba y el del codo, porque no tuvo mujer que le pegara en el idem para hacerle aflojar el dinero.

A la vista de tan venerables reliquias, los sabios del Congreso se quitaron el sombrero respetuosamente, sobre todo porque calcularon con cierta sagacidad que el prehistórico no había conocido tal prenda de vestir.

Y muy pronto comenzó la discusión, poniéndose en debate el punto de si el esqueleto sería de hombre ó de mujer. Por desgracia, el esqueleto no conservaba la lengua, por la cual podía haberse deducido lo bastante para resolver la dificultad; y el Congreso tuvo que decidirse á mandar sobreseer en este asunto, hasta que se presenten mejores datos ó aparezca algún miembro de la familia que dé noticias fidedignas sobre el esqueleto.

Sin embargo, á mi juicio, la dificultad es sólo aparente y bien pudo haberlo advertido alguno de los congresales: es indudable que el esqueleto de-

be ser de hombre, porque de otro modo no habría existido el hombre prehistórico, sino, á lo sumo, la mujer prehistórica.

Se discutió en seguida sobre el tipo del individuo y todos los sabios estuvieron de acuerdo en reconocer que el cráneo era de tipo italiano, talvez por el desarrollo de las protuberancias frontales que, según los frenólogos, corresponden al sentimiento musical y al sentimiento de los *macaroni* y del *rissotto alla milanese*. Y en este punto fué digna de admiración la facilidad con que los sabios descubrieron el tipo italiano del cráneo— á pesar de que entonces Italia no existía—,facilidad igual á la con que un individuo no sabio descubre por la forma del hueso la clase de breva á que perteneció.

Y, por fin, dice el telegrama que, al discutirse sobre la edad del esqueleto, algunos de los sabios convinieron en que podía tener de 3 á 8 mil años de edad.

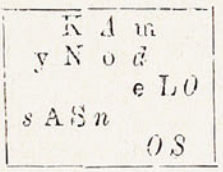
Los sabios son siempre prudentes: asignar una edad fija al esqueleto habría sido comprometerse á mucho, y esto es impropio de un sabio; de ahí que dejaron un espacio libre de 5 mil años para que se escoja la edad del muerto al gusto del consumidor.

Pero si los sabios del Congreso hubieran meditado un instante más, habrían comprendido que en esa dificultad para fijar la edad del esqueleto hay un buen antecedente para descubrir el sexo que tuvo en vida: una edad que fluctúa entre términos tan distantes es fenómeno pura y esclusivamente femenil, que sólo se observa en las señoras de "cierta edad".

Al cabo, á pesar de la sabiduría de esos congre-

sales americanistas, bien puede resultar que el hombre, dueño del esqueleto, no haya sido italiano, ni prehistórico, ni tan viejo como se le supone, sino que haya sido algún desgraciado chino, muerto de romadizo hace uno ó dos años. Resultados de este género son frecuentes en las altas investigaciones científicas.

Un sabio, miembro de una sociedad de arqueología de Europa, se halló un día, en un camino vecinal, una piedra de forma geométrica, sobre la cual el tiempo había echado su alfombra de musgo. Después de mirarla, remirarla y escudriñarla, vió el sabio los vestigios de desconocidos caracteres; llevó la piedra á la casa, la pulió y puso en descubierto una inscripción, que no podemos imitar con caracteres de imprenta, pero que en algo se parecía á esto:



No pudo descifrar la inscripcion y llevó la piedra á la Sociedad Arqueológica, en la cual el hallazgo despertó la más viva sensación.

Un mes meditaron los sabios sobre la piedra, sin comer ni beber, hasta que se quedaron calvos. Por fin resolvieron llevar la piedra al mismo sitio en que estaba, para buscar allí el teatro propicio y antecedentes históricos que ayudaran á descifrar el enigma.

Y apenas llegó la sabia comitiva, con la piedra

en procesión, á la entrada del camino vecinal, toparon con un gañán que les dijo:

—¡Vean dónde pareció la piedra! Y yo que me mataba buscándola!

—¿Conocías tú esta reliquia de otras edades, ingenuo hijo de estos parajes, y conocías su alta importancia científica?—preguntó el más sabio de la comitiva.

—No sé lo que me dice Ud.—respondió aquél—; pero lo que sé es que esa piedra es mía y me costó mi trabajo.

—¡Tuya! Sacrílego, nefando!

—Claro que es mía, y la hice para ponerla a la entrada del camino, para que no se equivocaran los arrieros que por aquí pasan.

—¿Y esta inscripción? es también tuya, menguado? ¿Sabes, acaso, qué dice ella?

—¡Bah! Ya lo creo; dice: *Camino de los asnos.*

31 de Octubre de 1902.

OTRA INDUSTRIA PROTEGIDA

LA MÚSICA NACIONAL

Se ha presentado á la Superintendencia de Aduanas una de las solicitudes más justas de que hay memoria en Chile y en el mundo entero: es la de los Sres. Kirsinger, Niemeyer y Brandt, que piden la derogación del impuesto prohibitivo que grava la internación de música extranjera.

En aquella oleada de proteccionismo furioso que inundó el Congreso hace pocos años, la manía llegó hasta el punto de gravar con un impuesto de 60 por ciento la internación de música extranjera, poniéndola en la categoría de "artículo litografiado."

Sin embargo, hay que convenir en que los legisladores obraron animados por un sentimiento eminentemente patriótico: fomentar la producción de música nacional. Así como se establecían igua-

les impuestos para proteger la fabricación de calcetines chilenos, así como se protegía la industria nacional de los cigarros puros habanos de los Andes, así como se amparaba la crianza de ganado vacuno, ¿por qué no se había de fomentar también la crianza de compositores nacionales?

Esos patriotas congresales temieron, con cierto fundamento, que Strauss y Gungl hicieran competencia á Lucero, que Beethoven y Mozart vinieran á rivalizar con el Ciego Acuña, y que Wagner y Verdi pusieran en duda el prestigio artístico de otros maestros nacionales: pensaron que la lucha podría ser fatal para los nuestros, por la monomanía de encontrar siempre mejor lo de fuera; y decidieron restablecer el equilibrio ayudando á la música luceriana y sujetando á contribución á la wagneriana. Se ventilaba, no un mero asunto económico, sino algo más elevado: era una cuestión de escuelas, se combatía por el arte.

Desgraciadamente los resultados no han correspondido á la patriótica iniciativa de los legisladores proteccionistas, de tal modo que llega el caso de preguntar: ¿tenemos industria de la música? ¿existe en realidad la ganadería, quiero decir, existen los compositores nacionales?

Es indiscutible y evidente que á pesar del impuesto proteccionista, no ha logrado establecerse en Chile ninguna mediana fábrica de Verdis ni ningún pasable criadero de Wagneres ni de Puccinis; y así hemos llegado á la situación francamente anómala de que el artículo extranjero no puede internarse en el país por lo subido de los derechos, y la producción nacional no basta para el consumo. La mercadería ha encarecido y los consumidores se han visto obligados á substituir,

por ejemplo, la *Serenata* de Gounod por *El tortillero* del maestro Pacheco.

Se han hecho ensayos, es verdad, y el *Anuario de la Prensa* registra la publicación de obras de indiscutible mérito: enumerarlas sería ocupar un volumen; pero como ejemplo se pueden citar algunas piezas, tales como la mazurka titulada «*Te quiero bien harto*», y otras como «Arrastrado por el torbellino de la danza y aspirando el aroma de tu aliento llego á olvidarme de que no tengo ni una chaucha en el bolsillo», vals brillante, apasionado, de concierto, de no se qué inteligente é inspirado músico santiaguino que sigue la escuela del maestro Lucero en cuanto á los títulos.

Pero—bromas á un lado—á pesar de esos ensayos, el impuesto proteccionista, como todos los de su género, ha traído consigo dos males: perjuicios para el consumidor, y fraudes; los primeros, porque el público consume música mala y cara; y lo segundo, porque ha habido contrabando de músicos extranjeros, como pueden atestiguarlo *Sansón y Dalila* y *Safo* en los dos últimos años, que se han internado sin pagar derechos, clandestinamente, en la maleta de los empresarios de compañías más ó menos líricas.

Para remediar estos males, lo mejor sería abolir el impuesto; pero el Fisco, por una parte, no quiere perder las rentas que recibe y, por otra, estiman los defensores del impuesto que no se puede conceder igual liberación á la música en bruto que á la elaborada, porque hay en ésta un trabajo incorporado que es lícito someter á contribución.

Se consultarían estas dos objeciones estableciendo un impuesto moderado sobre la materia

prima ó música en bruto, impuesto *ad valorem*, de 10 por ciento; ó bien un impuesto específico de seis centavos por cada centenar de corcheas ó de tres pesos por cada saco de semifusas; y se impondría una contribución de 20 % sobre la música elaborada: así quedaría un margen de 10% como protección para las refinerías nacionales.

Entre tanto, bueno es que se sepa que los compositores extranjeros iniciarán una reclamación diplomática en contra de la barbarie de las aduanas chilenas, que califican la música escrita como "artículo litografiado."

Si el Congreso quiere sinceramente proteger la mercadería musical chilena sin perjuicio de los consumidores, puede establecer primas pecuniarias directamente proporcionales al número de compases de silencio de cada pieza que se publique. Así serían protegidos nuestros genios y á la vez quedarían en paz nuestros oídos.

8 de Noviembre de 1902.

LA BATALLA DEL JURUA

UNA PÁGINA DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA

Lima, 12 de Enero. — Se ha confirmado oficialmente el choque habido entre peruanos y brasileños en las márgenes del río Jurúa.

Cincuenta brasileños intimaron rendición á las fuerzas peruanas y exigieron que fuera arriada la bandera. Como no se accediera á lo que solicitaban, capturaron con engaño al capitán peruano Vásquez Cuadra y al ingeniero geógrafo von Hassel, pero el sargento Baret, lejos de intimidarse, formó los soldados y rompió el fuego sobre los brasileños, iniciándose un combate que con alternativas de ventajas por una y otra parte duró dos días y resultaron definitivamente derrotadas las fuerzas brasileñas.

El ingeniero Von Hassel resultó herido.

Las fuerzas peruanas no tuvieron ninguna baja; no así las brasileñas, varios de cuyos soldados murieron en el combate. — (Telegrama de *La Unión* del 13 de Enero.)

La mañana estaba tranquila; el sol, el mismo sol que siglos antes había contemplado con admiración el despertar de Leonidas y sus trescientos espartanos en la mañana de las Termópilas, se levantaba ahora sobre las colosales selvas del Amazonas y enviaba sus rayos á la pequeña guarni-

ción peruana que guardaba el fuerte á orillas del río Jurúa. Esta había dormido apaciblemente y, después de desperezarse, se preparaba á tomar el rancho.

De repente sonó, por sobre el rumor apacible del río el toque de una corneta, que despertó fúnebres ecos en aquellas augustas soledades. Era un parlamentario que llegaba al fuerte; luego fué introducido, con las ceremonias de estilo, ante el jefe de la guarnición, capitán Vásquez Cuadra, y á la presencia de éste, sacando un papel del bolsillo, leyó con voz nasal y entonación enfática la siguiente intimación:

"Yo, Joao Joseph Joachim Taumaturgo da Silva y Vasconcellos da Pereira da Souza, teniente-general de los ejércitos del Brasil y comandante en jefe del cuerpo de mi mando, fuerte de cien pies de infantería, denominado "As panteiras do rio das Amazonas", notifica por la presente al capitán Vásquez Cuadra que, si no se cuadra inmediatamente y no me rinde la plaza de que es jefe, arriando la bandera peruana, yo, con mis denodados é invencibles batallones, arrasaré el fuerte, pasaré á cuchillo su guarnición, sembraré sal sobre las ruinas y echaré las cenizas en el Jurúa para que corran por el Amazonas y lleguen al Atlántico como mensajeros de mi justicia y de mi terrible valor. — (Firmado) *Joao J. J. da Silva* (etc), *conocido por el nombre de* MASCA-LEONES."

El capitán se quedó mudo de asombro, atónito, yerto como cualquiera de los incas sus antepasados. Pasado un rato de silencio, durante el cual el parlamentario se retorcía ferozmente los largos mostachos, tomó la palabra el sargento Baret, allí presente, para preguntar al mensajero:

—¿Cuántos pies de infantería tiene el ejército de Uds.?

—Cien pies—respondió orgullosamente el heraldo.

—¿Y á cuántos hombres equivalen esos cien pies de infantería?

—Sois muy ignorantes si no lo sabéis: cien pies son cincuenta hombres.

—No lo preguntaba por ignorancia—arguyó el sargento —, sino que bien pudiera ser que esos cien pies no fueran más que veinticinco soldados.

Los de la guarnición estallaron en carcajadas mientras el mensejero meditaba el significado de las palabras del sargento. Cuando ya estaba listo para encolerizarse, recobró la palabra el capitán Vásquez Cuadra y dió respuesta á la intimación. "*J'y suis, j'y reste*", iba á decir, pero como no sabía francés, prefirió contestar en castellano que no estaba dispuesto á entregar el fuerte ni á arriar la bandera y que sabría cumplir su deber.

—Díle al Masca-leones que si él tiene cien pies, yo tengo veinticuatro brazos.

Oído lo cual, retiróse el parlamentario á marchas forzadas, por lo prisa del encargo...y por el auxilio de unos puntapiés que lo ayudaron á tomar carrera.

Pero todo esto no era sino el prólogo del sangriento drama que allí iba á desarrollarse.

El capitán y el ingeniero geógrafo salieron á hacer un reconocimiento del terreno y fueron atraídos á una emboscada, donde cayeron en manos de los enemigos. El fuerte quedó á cargo del sargento Baret, y poco más tarde recibió éste noticia de la prisión de los jefes; y junto con la noticia vió llegar todo el ejército del comandante da

Silva y Vasconcellos en actitud belicosa y disparando tiros.

Ante el peligro, la figura de Baret se agigantó desmesuradamente, creció y se elevó por sobre todos sus compañeros...merced á un cajón de metro y medio de alto, sobre el cual trepó con gran denuedo.

—Cabo de guardia ¿cuántos somos?—preguntó con vez trémula por la emoción.

—Nueve hombres y un sargento.

—¿Y el enemigo?

—Cincuenta hombres, pero son brasileños.

—Compañeros, ya lo sabéis: somos uno contra cinco. Ha llegado la hora de demostrar á esos hombres que no bastan cinco de ellos contra un solo peruano. Tomad vuestras armas ¡en formación! ¡carguen! paso redoblado, mar!...

Y empezó la batalla. El comandante brasileño había distribuido sus tropas en cinco columnas, de diez hombres cada una, y las había lanzado contra el fuerte, á cuyo pie las esperaba el sargento Baret con sus nueve hombres.

Dos días con su noche intermedia duró la formidable contienda: temblaba el campo con el horrendo fragor de la metralla; un cañón unía su espantable voz al seco y continuo martilleo de la fusilería y á la nota vibrante de los bélicos clarines; el humo del combate llenaba de siniestras sombras el terreno; y por sobre la fusilería, el cañoneo y las cornetas dominaba á veces el terrible chibateo de los conbatientes y los gemidos de los que caían en la sangrienta pugna.

El comandante da Silva desplegaba una energía indomable: sintiendo el grave peso de su responsabilidad, no dormía sino á ratos y mantenía

en actividad incesante á sus cinco ayudantes de campo, uno por cada columna, que le traían noticias y llevaban órdenes.

—La primera columna, del ala derecha, empieza á ceder—decía uno—, porque ha tropezado con un peruano que no yerra tiro.

—Que le tapen los ojos al peruano y avancen los nuestros — respondía el comandante en un arrebato genial.

—La cuarta columna, ala izquierda, ha perdido el oficial que la mandaba—decía otro ayudante.

—Que espere hasta que el gobierno ascienda á uno de los restantes: las tropas nunca deben obrar sin su oficial—respondía aquel rigoroso cumplidor de la disciplina.

—La columna del centro ha penetrado en una de las secciones del fuerte...pero no la dejan salir.

—Pues que no salga y mantenga la posición hasta el sacrificio.

Y llovían los partes, y las órdenes y los toques de mando, y el furor no reconocía límites.

Al fin de los disparos, comenzó á disiparse el humo y el combate llegó á su término. El comandante da Silva, etc., reunió á su gente, le pasó revista y al verla mermada y deshecha tuvo un ímpetu terrible, se armó de todo su valor y echó á correr.

Entre tanto el sargento Baret reunía á los suyos y preguntaba:

—Cabo de guardia ¿cuántos muertos tenemos?

—Ninguno, mi sargento.

—¿Y cuántos heridos?

—Ninguno, mi sargento.

—¿Estamos todos buenos y sanos?

—Todos, mi sargento.

—¿Y el enemigo?

—Tiene 29 pies de infantería fuera de combate.

—¿Cómo es eso?

—Es que hay, entre muertos y heridos, catorce hombres y un cojo.

—¿Y nuestros prisioneros?

—Recobrados, pero uno herido: lo atropelló el ejército enemigo al emprender la fuga.

—Señores— dijo entónces el sargento—; compañeros, hemos luchado como leones, hemos derrotado y puesto en fuga al enemigo, hemos salvado á la patria, hemos sido unos nuevos Leonidas. Y bien ahora debemos resolver qué hacemos: ¿no será posible que vuelvan esos derrotados y nos pillen cansados y exhaustos?

—¡Muy posible!—gritaron todos.

—Y si vuelven nos fríen ¿no es verdad?

—La pura verdad: nos hacen seviche.

—Entonces os propongo una medida salvadora: huyamos nosotros también.

Los aplausos y los hurras se perdieron en el estrépito de la carrera. En tanto, por el lado opuesto del horizonte, otra nube de polvo indicaba la fuga de «as panteiras do rio das Amazonas» con su general Masca-leones.

Todo esto consta del relato de un corresponsal: por mi parte no respondo de la verdad de los detalles.

17 de Enero de 1903.

¡DICHOSO PAIS!

Un amigo que acaba de llegar de un breve viaje al sur me ha traído algunas interesantes noticias, que son una verdadera revelación, pues sin ellas jamás habría podido imaginar que las ciencias hubieran hecho tantos progresos en Chile y que tuvieran tan numerosos adeptos.

Mi amigo tomó el Martes en Santiago el expreso para Talcahuano, pero para llegar solamente hasta la mitad del camino. En la estación de la Alameda, después de comprar el boleto respectivo, se encontró con una muchedumbre incomensurable de gente, que vociferaba en todos los tonos, gesticulaba con sumo énfasis y hablaba en un lenguaje incomprensible. ¿Qué habrá sucedido?—se preguntó el viajero, y acercándose á un empleado solicitó informaciones.

—¿Ha ocurrido alguna desgracia, algún choque de trenes en la estación?

—Nó, señor—respondió el empleado.

—¿Son inmigrantes artificiales entonces?

—Nó, señor.

—¿Y qué significa, pues, esa gran cantidad de gente?

—¡Ah! Son científicos que van al Congreso de Valdivia.

—¿Tantos hombres de ciencia hay en Chile?

—Es que hay pasaje gratis, señor, para los que vayan al Congreso.

La explicación era suficiente; y lo fué también para lo que aconteció después. Se había agregado al expreso un carro especial para los científicos, pero no fué bastante y ocuparon todo el tren entero, de modo que no dejaron sitio para los viajeros que no eran hombres de ciencia y habían pagado modestamente su pasaje.

Como mi amigo nada tenía que ver con esos sabios y como la compañía de éstos suele tener sus inconvenientes, se vió obligado á tomar asiento en el Pullman, donde quedaban algunos sitios desocupados; lo que no era extraño, pues el pasaje gratis no se extendía hasta ese carro.

Salió el tren con algún atraso y á dos locomotoras, porque el convoy era extraordinariamente pesado; y no podía serlo menos ya que llevaba en su seno tantos hombres de ciencia, sabios de tanto peso.

El expectáculo era consolador: jamás una locomotora había viajado con un cargamento más precioso. Por desgracia, con la apretura y el calor la atmósfera se hizo pesada, especialmente en un punto en que iban juntos muchos hábiles profesores de higiene.

Las conversaciones eran de lo más instructivo y saludable, porque entre los científicos en viaje predominaban los médicos hasta hasta formar un 85% por ciento. Los abogados apenas contaban

un cinco por ciento: bien se conoce que no son hombres de ciencia. Se discutían teorías, se elogiaban medicamentos, se aunciaban inventos portentosos y algunos aferraban oyentes, valiéndose de la apretura, para leerles discursos que habían de pronunciar en el Congreso. Entre algunas de estas sabias disertaciones, mi amigo oyó títulos como éstos: "De la influencia del bromuro de potasio para calmar los dolores que siguen á la presentación de la cuenta"; "Del ojo clínico del facultativo en sus relaciones con la potencia económica de los bolsillos"; y otros por el estilo.

En Rancagua los científicos devoraron, en forma de desayuno, todas las provisiones comestibles del hotel; en Curicó se repitió el fenómeno en forma de almuerzo; pero es justo declarar que todos se quedaron con hambre. En estas dos estaciones observó mi amigo que todos los científicos eran temperantes: no se consumió una sola gota de licor. Conversando poco después con un sabio, elogió esta gran muestra de superioridad que daban los ilustres viajeros; el sabio dijo algo entre dientes, poco inteligible, de que sólo oyó mi amigo las palabras: "copas"...., "muy caras"..., "no las paga el Fisco"...; lo demás se quedó en el misterio.

Mi viajero llegó á su destino y el tren siguió rechinando con su cargamento de dos mil sabios, hasta Talcahuano, donde los esperaba el vapor *Tucapel*, con pasaje, cama, comida y copas gratis: y parece que á bordo no llegó ningún temperante, talvez porque éstos se quedaron en tierra, sin duda por horror al agua... de mar. El *Tucapel* debe haberlos conducido hasta Corral, donde algu-

nos vaporcitos de río deben haberlos llevado á Valdivia, *de Valdivia* y los traerán *de Valdivia*.

El resultado del Congreso científico se sabrá más tarde; puede, sí, asegurarse desde luego que Valdivia ganará mucho en ciencia, pero las fábricas de cerveza han puesto avisos y letreros que dicen: «No se reciben visitas.»

8 de Febrero de 1903.

PROGRESO INDISCUTIBLE

Decididamente hemos hecho grandes progresos en materia de luchas electorales: es un hecho realmente admirable éste de que sólo falten dieciséis días para las elecciones y que todavía no haya ninguna cabeza rota, ningún brazo dislocado, ninguna pierna fuera de combate, ningún ciudadano elector, en fin, que haya sido confundido con un pedazo de charqui por sus adversarios políticos, aficionados á machucar al contendor. El vecindario todavía duerme tranquilo; aun no han sido cosechado los árboles que producen garrotes; y los adoquines y las piedras continúan en su pacífica tarea habitual de servir de sostén á los transeúntes, y no alteran el orden trepándose sobre la cabeza de los mismos.

Hay excépticos que niegan que haya tal progreso y atribuyen la calma de estos días á la falta de dinero, porque siendo escaso, los candidatos lo reservan para el día preciso de las elecciones. Otros más optimistas opinan que hay progreso efectivo y que se deben esperar unas votaciones tranquilas, porque éstas se han de efectuar más temprano que nunca, como que el primer domin-

go de Marzo cae cabalmente en el mismo 1.º del mes, que es el día clásico de la introducción de la chicha, el elemento más perturbador que se conoce.

—En las elecciones — decía uno de esos optimistas—son de temer dos clases de chichones: los que se expenden con el nombre de chicha y que son unos líquidos gruesos, bravos, que producen la mona más pendenciera; y los que nos hacen salir en la cabeza, á puro garrotazo, nuestros adversarios políticos. No habiendo entrado en plaza los primeros, no tenemos por qué temer á los segundos.

Estoy con los optimistas: creo y creeré que hay progreso, mientras no caiga víctima de alguna de las muchas bofetadas que, en otras ocasiones, han solido andar sueltas por estos días. Hay un evidente aumento de la cultura; se diría que los adversarios comienzan á batirse con guante blanco, si no fuera que luego han de llegar los billetes sucios y de color indefinible á dar tono á la contienda. Pero hasta en los modales de los políticos y gente electoral se nota el progreso: hoy los adversarios se saludan como amigos en la calle, cosa que antes no siempre se veía.

Ejemplo de esta conducta de antes, que tanto contrasta con la de hoy, es el recuerdo que tengo de una campaña anterior. Tenía entonces un vecino afiliado en un partido que debía obrar de acuerdo con el conservador; pero este acuerdo, decretado en Santiago, no se efectuaba de un modo definitivo en provincia.

Un día se decía que el acuerdo ya estaba hecho, y entonces mi vecino me saludaba con sumo cariño:

—Buenos días, mi querido amigo; la salud buena ¿eh? eso se le ve desde luego en el semblante. ¿Y cómo andamos de trabajos, compañero? ¿Parece que tenemos asegurado á nuestro candidato?

Al día siguiente se hablaba de dificultades y tropiezos y de haberse roto el acuerdo; entonces mi vecino, arrepentido de sus precedentes expansiones, recobraba su grave y hosca reserva y, al encontrarnos, apenas me saludaba con la cabeza y levantando levemente la mano derecha, no sé si para tocarse el sombrero ó para echarmé una maldición.

Como quince días duraron estas alternativas de sonrisas y nubarrones con miradas hoscas, y se hicieron tan manifiestas que, por la mañana, cuando quería yo saber noticias políticas, me bastaba interrogar á la sirvienta:

—¿Te saludó D. Antonio?

—Sí, señor, y me dijo que le diera muchos saludos y que lo esperaba á almorzar.

—Buena señal; se han unido los partidos.

O bien:

—¿Has visto á D. Antonio?

—Sí, señor: casi me pegó porque no le dí la vereda.

—¡Malo! Eso quiere decir que se ha roto el convenio.

Hoy si mi vecino vive, es probable que haya progresado, también él, y que tenga todos los días la misma cara y haya adoptado un término medio más propio para el consumo diario.

Pero ¿por qué no se había de progresar en los modales, cuando se ha avanzado tanto en los elementos que se ponen en juego?

Las elecciones en Chile tienen sus épocas como

la historia de la humanidad. Primero vimos la edad de piedra, esto es, el tiempo en que se ganaban las elecciones á puro adoquín; después vinieron la edad de hierro y la de plomo, que se caracterizaron por el factor de triunfo electoral, sable ó balazo; en seguida se esbozó una edad de cobre, en que se compraba por veinte centavos cada calificación; últimamente entramos en la edad de oro, pues ha llegado á cotizarse el voto en treinta, cuarenta, cincuenta y más pesos, una diputación representa un gasto de veinte mil, término medio, y una senaturía cincuenta y hasta cien mil.

Aun no ha pasado la edad de oro y ha llegado la del vapor y la electricidad: la del vapor, porque se usa el de una tetera para despegar los sobres con votos; y la de la electricidad, porque, según me informan, hay en Valparaíso un candidato que se aprovecha de la futura tracción eléctrica para conquistar adeptos y sufragantes, con promesas de empleos y trabajos, que son como cheques en descubierto que se giran contra la empresa á noventas días fecha.

Todo progresa, pues, todo adelanta, todo se perfecciona, y están ya muy lejos aquellos tiempos de atraso y de obscurantismo en que los políticos, parodiando el primer versículo de la Creación del Mundo, decían: "hágase la luz"—, y atizaban á los adversarios un garrotazo que los hacía ver estrellas.

Febrero 12 de 1903.

UN BOCADO DURO

En estos últimos días, argentinos y brasileños han estado acusándose recíprocamente de estar en connivencia secreta con Chile para proceder á la repartición de Bolivia; y á pesar de que dicen que es secreta, ya parece que todos saben el convenio... menos los mismos á quienes se supone cómplices de la repartición, los chilenos.

Quienes gritan más alto en esta denuncia internacional son los argentinos, por lo cual me inclino á creer que si alguien tiene ganas verdaderas de repartirse á Bolivia, en compañía de..... nadie más, son los argentinos. Conocido es el caso de aquel viajero inverosímilmente gordo que llegaba en viaje por mar á un puerto; desembarcó en compañía de una señora, y en seguida se presentó al resguardo á denunciar que esta viajera llevaba entre las faldas un gran contrabando de telas de seda; á los pocos días el señor gordo resultó encontrarse inverosímilmente flaco, porque se le había deshecho una gordura de cuarenta kilos en encajes que había introducido de contrabando y sin obstáculos merced á la denuncia contra la señora, que resultó ser inocente de tal fraude.

De la repartición de Bolivia se viene hablando hace ya mucho tiempo; es indudable que habrá muchos que tengan apetito y ganas de comerse á esa república; pero seguramente ninguno de esos gastrónomos internacionales se ha examinado la propia dentadura, para ver si tiene elementos suficientes para masticar ese bocado y estómago capaz de digerir alimento tan excesivamente nutritivo.

Es claro que los polonizadores sudamericanos para nada han tomado en cuenta la voluntad de Bolivia, que, al cabo, pudiera resultar no aceptando de buen grado tan calurosas muestras de cariño de sus amigos del Atlántico, y que encaramándose en su altiplanicie, les diga: "Vengan á buscarme aquí: el que se sienta con ánimos, tire la primera dentellada"

¡La repartición de Bolivia! Supóngase á esa nación todo lo débil que se quiera, supóngasela sin armas de ninguna clase, supóngasela dispuesta á someterse al primero que quiera cogerla con ánimo de señor y dueño; supóngase todavía que todos los demás países sudamericanos estén de acuerdo en que conviene proceder á la repartición: y bien ¿qué sucederá después? Lo de aquel conocido epigrama:

Varios una vez cenaban
Con afán desordenado,
Y una tajada miraban
Que, habiendo sola quedado,
Por cortedad respetaban.

Uno la luz apagó
Para atraparla con modos,

La mano al plato llevó
Y halló... las manos de todos,
Pero la tajada... nó.

Del mismo modo, se encontrarán listos todos los comensales internacionales, que habrán ayunado veinticuatro horas para tener mejor apetito; se relamerán los labios, saboreando con anticipación lo grato del bocado; todos sentirán vivas comezones en las manos, en las uñas, en el paladar; y cuando llegue el momento de tirar el primer mordizco, nadie se atreverá á hacerlo... por cortedad de genio. Y si á alguno se le ocurre matar la luz de la vergüenza y del propio decoro, para proceder á oscuras, llegará tan atrasado al plato en que se tiene á esa república en adobo, que encontrará las manos de todos los demás, pero de la presa ni los rastros.

Y entonces... entonces... ¡Dios nos asista!... comenzará una cachetina tal que se hará poca la gente para recibir tanta bofetada.

Pueden convencerse todos los gastrónomos de que ese bocado es demasiado duro; y en cuanto á las denuncias que en estos días hacen brasileños y argentinos, pueden éstos estar seguros de que no será Chile quien mate la luz ni quien acepte el convite á semejante cena internacional.

Marzo 22 de 1903

FRINE

Como despedida, la compañía Scognamiglio dió el lunes á la culta y grave sociedad de Valparaíso una función titulada *Frine*. El resultado de la función fué complejo: para la compañía, un éxito, porque el teatro estaba lleno: para la beneficiada Sta. Paulini, un triunfo, la victoria de la carne sobre la decencia; para una parte de los espectadores, una injuria; para la otra—y no hablamos de los de arriba—un acontecimiento, porque hubo quienes aplaudieron á rabiar.

Y entre tanto ¿quién era esa Frine que se presentaba como personaje de opereta? Según cuenta la historia, Friae, Friné ó Frinea fué una cortesana griega, originaria de Tespias, notable por su talento y más que todo por su belleza, como que llegó á sobresalir y hacerse famosa en medio de las mujeres griegas, á quienes adornó la naturaleza con un tipo de hermosura que ha venido á ser clásico. Fué tal su belleza que sirvió de modelo á Praxíteles al labrar su Venus Afrodita, la que hoy se conserva en copia y que admira y entusiasma á todos los que contemplan los restos de tan

expléndida escultura: la humanidad, pues, á través de veintidós siglos, sigue pagando tributo á la hermosura de la atrevida cortesana del año 330 A. J. C.

Un día Frine fué llevada ante el Areópago de Atenas, acusada del grave crimen de impiedad. Audaz con su belleza extra-humana y segura del poder que ésta le daba, había violado los misterios de Eleusis, ceremonia religiosa que los griegos cumplían con severos ayunos; y había llevado su impudor y su atrevimiento hasta el mismo recinto en que los atenienses se dedicaban á sus fervores religiosos. De ahí la acusación: la culpa era grande y Frine, según las leyes, debía ser condenada á la pena de muerte.

Hipérides, retórico, antecesor de muchos letrados de hoy, se encargó de aquella mala causa y se presentó como defensor de la impúdica cortesana. Abandonando el asunto por su aspecto legal, buscó recursos en la dialéctica y con ésta emprendió la defensa: no excusó el crimen, sino que lo presentó como una consecuencia de la misma belleza que los dioses habían dado á Frine y así expuso la culpa como obra de las mismas deidades. "¿Y os atreveréis — dijo á los jueces — á condenar á los dioses? Merecerán ellos vuestra censura porque han creado la mayor belleza y perfección?" Y, diciéndolo, quitó la clámide que cubría á Frine y exhibió á ésta desnuda ante los ancianos jueces, los cuales se apresuraron á absolver á la acusada. Inútilmente, pues, ese mismo pueblo griego había presentado ciega á la justicia.

Y bien, hoy, después de veintidós siglos, en una época tan diversa, tan radicalmente diversa de aquélla, ha vuelto Frine á presentarse ante jue-

ces graves y ha vuelto á triunfar. Metida de protagonista de una opereta, encarnada en una mujer que tiene dones plásticos semejantes á los de la cortesana de Tespias é igual audacia é impudor, se presenta ante la sociedad culta de Valparaíso, en el siglo XX, y arranca de la platea—otro nombre griego—aplausos tan entusiastas que obligan á repetir la escena y establecen el triunfo de la desnudez y la impudicicia.

¿No era acaso un anacronismo el presentar en un teatro como el Nacional, ante la sociedad moderna, mesurada y discreta, aquel tipo clásico de la belleza y del impudor? ¿No era ése un insulto violento contra los espectadores? Pero la humanidad tiene siempre los mismos vicios y las mismas caídas, cualquiera que sea la época, la raza, el escenario y el idioma. Frine sigue viviendo, pero sólo porque siguen viviendo los ancianos jueces atenienses.

Hay, sin embargo, un progreso en estos modernos tiempos. La Frine de entonces ofreció reedificar de su propio peculio la ciudad de Tebas, arruinada por Alejandro, y los tebanos rechazaron la proposición: la Frine de hoy estaría dispuesta á arruinar á muchos, á expensas de ellos mismos, y serían pocos los que rechazaran la oferta. Pero ayer como hoy han sido los ancianos los que más han aplaudido y absuelto...por amor al arte.

2 de Abril de 1903.

¡POR COMPASIÓN!

¡SE TRATA DE AMIGOS!

Ya navega en aguas chilenas con rumbo á Valparaíso el *Almirante Barroso*, que nos trae la amable y ansiada visita de nuestros amigos del Brasil: en pocos días más, pues, los tendremos en nuestra casa, en nuestro hogar social y comenzarán los festejos y... los discursos.

Bueno es, por tanto, advertirlo con tiempo: que no se diga que hubo imprevisión, que nadie pensó en ello; que haya una voz siquiera—y sea la mía—que se levante oportunamente y llame á las lenguas y gargantas conciudadanas á la moderación, á la generosidad,á los sentimientos humanitarios, á la piedad, á la conmiseración: fijémonos en que se trata de amigos y que hasta con nuestros enemigos sería cruel nuestra conducta: por Dios, por compasión, por amor á nuestras madres ¡menos discursos! menos oratoria!

No se de dónde nos viene este mal: no tenemos el elegante decir de venezolanos y colombianos, ni

la imaginación de fuego de los brasileños, ni los graciosos modos de los peruanos, y sin embargo padecemos de una locuacidad incontenible, de una facundia que, al menor pretexto se sale no sólo de madre sino de toda la familia hasta la cuarta generación. ¿Que llega una visita? ¡treinta discursos! ¿Visitamos nosotros? ¡cien discursos! ¿Hay alguna calamidad pública? ¡discursos! ¿Celebramos algún acontecimiento notable? ¡discursos! ¿Se muere alguien? ¡discursos! ¡No se muere nadie? ¡discursos! Y así nos pasamos la vida pública y la privada hablando y hablando sin cesar. Si siquiera algún inventor, de los que aquí abundan, supiera aprovechar la fuerza motriz de nuestras lenguas!... No se necesitaría carbón para la armada.

Conocido es el caso de aquel diputado y novio que, en el momento en que contraía matrimonio y antes de que el sacerdote concluyera de leerle la epístola de San Pablo, levantó la mano y lo interrumpió diciendo: "Permítame, señor: observo con sorpresa en las doctrinas de ese eminente pensador y sociólogo que escribía con el pseudónimo de San Pablo y que se dedicó al género epistolar, ideas que no están enteramente conformes con mi modo de pensar y que se avienen mal ó no se avienen absolutamente con las doctrinas ya por nadie combatidas sino por todos respetadas, del parlamentarismo en sus relaciones..." Y enhebró un discurso de media hora, hasta que la novia cayó desmayada.

Y es conocido también el caso de aquel incorregible jugador de "baccará" y orador infatigable que echaba un discurso en cada apuesta, perdiera ó ganara, y que no se corrigió hasta que un día

en que comenzaba su décimo-octavo discurso de la "naipada", el banquero, exasperado, lo interrumpió diciendo:

—¡Carril por el resto del discurso!

Cuando vinieron los argentinos en Septiembre último, el espantoso aluvión de discursos que afligió entonces á la sociedad pudo tener una excusa, una mediana explicación: en efecto, los argentinos habían contribuído más que nosotros á mantener viva aquella discordia de medio siglo que tan caro nos ha costado á unos y á otros, y era hasta cierto punto un desquite aplastar á los delegados bajo aquella mole oratoria.

Pero los brasileños....¿qué mal nos han hecho? ¿en qué nos han ofendido? Han sido siempre tan buenos amigos, tan atentos, tan cariñosos; no hemos tenido con ellos rencillas ni discordias de ningún género; por el contrario, nos han dado elocuentes pruebas de una fraternidad acendrada y sincera: ¿por qué, pues, hemos de volverles bien por mal?

En 1889, cuando vino á ésta el ministro Sr. D. Enrique Barros Cavalcanti de La Cerda, fué la víctima desgraciada é infausta que se sacrificó en aras del cariño de estas dos naciones: cuando bajó del tren en la estación de Santiago, un inmenso gentío de oradores implacables lo arrinconó en una de las salas, y cuando lo tuvo rodeado de una infranqueable multitud de carceleros, inerme, indefenso, se precipitaron sobre él veintitrés oradores y lo envolvieron, lo aplastaron, lo enterraron en discursos, hasta que la víctima quedó exámine y apenas con un soplo del vital aliento...

Y bien, no seamos tan crueles, tan feroces con

los huéspedes brasileños de estos días. Recordemos que son hombres, que tienen madre, esposa, hermanos ó hijos, para quienes ha de ser preciosa la vida de aquéllos, y que no es lícito privarlos de sus deudos; advirtamos que en el actual estado de la civilización son repugnantes los sacrificios humanos; vengamos á sentimientos de humanidad; abramos nuestros oídos á la voz de la naturaleza y cerremos nuestros labios á la palabra de la vanidad y de una implacable facundia; no olvidemos que en todas las naciones y en todas las edades los huéspedes han sido personas sagradas y que tienen derecho á la generosidad de aquéllos á cuya casa llegan; por una vez siquiera resistamos á las tendencias de la raza y respetemos la vida de nuestros visitantes...

(Observo con dolor que estoy haciendo discurso: pongo punto final.)

Me dicen que la delegación chilena que va á Buenos Aires no cuenta con ningún orador: es una prueba de buen gusto que nunca será bastante aplaudida.

2 de Mayo de 1903.

FRUTILLAS Y CALABAZAS

AMENAZAS DE REVOLUCIÓN

Es profundamente sensible el que, ahora que se acercan los marinos del *Barroso* y acaba de salir la delegación chilena que va á Buenos Aires á celebrar nuevamente la paz internacional, se encuentre amenazado el país por una revolución intestina que, aunque no ha estallado todavía en todo su furor, ya perturba la tranquilidad pública y quita la calma á todos los ánimos. Tal es la gravísima discordia que ha estallado en el seno de la municipalidad de Renca.

Para los que no conozcan la geografía de esa fértil región que riega el lodífero Mapocho, no están demás los siguientes datos:

El municipio de Renca se divide en dos secciones: Renca propiamente dicha y el Callejón de las Hornillas. Ha habido siempre frecuentes disputas sobre cuál de estas secciones es la más fértil y rica y cuál debe tener la primacía sobre la otra; pero la cuestión está aún por resolverse, á pesar de los mamotretos que se consultan y citan de una y

otra parte para apoyar la respectiva pretensión de precedencia.

Esta disputa, trasmitida de generación en generación, ha concluído por agriar los ánimos, y los habitantes de Renca propiamente tal se miran muy mal con los pobladores del Callejón de las Hornillas. Escritores imparciales aseguran que esto de mirarse mal ambas poblaciones proviene de que en un tiempo fueron rivales un renquino y un hornillesco, que eran formidablemente bizcos. Pero sea lo que sea, el encono existe tempestuoso y turbulento y estalla con cualquier pretexto.

Ha sido ocasión de frecuentes reyertas la principal producción del suelo, pues mientras uno de esos distritos produce abundantes frutillas y pocas calabazas, el otro da abundantes calabazas y pocas frutillas, y cada cual sostiene que lo que produce es lo mejor.

Estas y otras diferencias luego hacen que la disputa vaya al fondo de la cuestión: la primacía.

—Nosotros — dicen los de Renca — somos los más importantes, porque al fin y al cabo Renca es la capital administrativa e intelectual de la subdelegación.

—Pero nosotros — responden los del Callejón de las Hornillas — tenemos la ventaja de que somos los que mantenemos vivo el calor del amor patrio, porque para eso son las *hornillas*.

— Sin Renca, Uds. no serían municipio.

—Sin Hornillas, Uds. serían como los salvajes, lo comerían todo crudo: serían...lo que son.

—En nuestro territorio es donde se hallan los famosos frutillares que han hecho detenerse los trenes y que hacen las delicias de Santiago.

—Pero ¿qué son las frutillas de Uds. al lado

de nuestras calabazas? Además, no son Uds. sino nosotros los poseedores de las Higueras de Zapata: no se ha hecho para Uds. la breva pelada.

—¡Las calabazas! Hartas tienen Uds. sobre los hombros!

—¡Las frutillas! Las ostentan Uds. hasta en la nariz!

Y así siguen hasta que se agarran de las mechas.

El gobierno agravó el mal haciendo municipalidad á Renca y desde entonces cada distrito quiere tener la mayoría. Así en la sesión del domingo último se vió que los municipales de las Hornillas quisieron excluir á los de Renca, y éstos á aquéllos, y el asunto concluyó con que se fueron á las manos, en son de combate, á los gritos guerreros de:

—¡Frutillas, y á ellos!

—¡Calabazas y cierra el Callejón!

Hubo asaltos contra la tesorería municipal, contra el cuartel de policía y contra el subdelegado, el cual, para ser imparcial, cultiva un año un frutillar en Renca y otro año un calabazar en las Hornillas. El choque fué recio, salieron rotas muchas calabazas...cabezas quiero decir, y corrió, no sangre, porque sería poco, corrió muchísima gente á esconderse de puro miedo.

¿Cómo terminarán estas reyertas? ¿no cundirá el movimiento subversivo hasta extenderse por toda la República? Posible es, y es prudente que el Gobierno tome enérgicas medidas desde luego para aislar la discordia, como sería la de declarar á Renca en estado de sitio.

6 de Mayo de 1903.

CUESTION DE APRECIACION

Se ha encontrado al fin el medio práctico de poner término á los debates anti-parlamentarios á que suelen entregarse muchos diputados: el medio es no llamar al orden á ninguno de los que se injurian, y se ha aplicado con resultados espléndidos en la sesión del miércoles último.

Los adversarios eran dos atletas del vocabulario grueso: D. Perfecto (á pesar suyo) Lorca Marcoleta, diputado presunto por la agrupación de Combarbalá, Ovalle é Illapel; y don Malaquías Concha, igualmente presunto por la agrupación de Concepción, Talcahuano, Lautaro y Coelemu. (¡Tan pocos hombres para tantos departamentos!)

El origen del conflicto no es fácil de establecer á punto fijo. Parece que el Sr. Lorca Marcoleta, desde su modesto cargo de secretario del juzgado de Ovalle, donde tenía algo que escribir y muy poco que hablar, venía haciendo larga represa de palabras como para quedar provisto de discursos para un millar de sesiones parlamentarias: era una

especie de tranque de Mena verbal. Y sucedió que, á la primera oportunidad que se le presentó, quiso el Sr. Lorca Marcoleta dar salida á un poco de su represa, pero se vació el tranque y hasta ahora el orador sigue, sigue, sigue...

Por otro lado, el Sr. Concha, que no debe llamarse Malaquías sino Malaspulgas, se sintió amenazado é inundado por la ruptura del tranque y braceando desesperadamente entre aquel mar de palabras y hecho un *Arequipa*, solía sacar la cabeza, clamaba auxilio y disparaba algunos cañonazos contra el orador inagotable y mal canalizado. Los cañonazos enfurecían á éste, que aumentaba el agua, mientras el otro tupía más su clamoreo y sus disparos.

Al fin vino el diálogo hiriente, incisivo, cortante, desgarrador: el Sr. Concha no quería irse á pique entre aquel temporal de palabras, sin protestar, y el Sr. Lorca Marcoleta oleaba cada vez más.

—Las palabras pronunciadas por el Sr. Lorca Marcoleta—dijo el diputado demócrata náufrago—son propias de labios de gente de arrabal, de verdulero.

—Pido al Presidente— respondió el Sr. Lorca etc.—que llame al orden al señor diputado.

—Y aquí se presentó el gran conflicto, que el vice-presidente Sr. Covarrubias eludió con admirable talento, respondiendo:

—No me parece que el Sr. Concha ha injuriado á S Sa.: son apreciaciones.

El diputado radical desbordante tomó a su vez la ofensiva:

—Las palabras del Sr. Concha—dijo—son las de uno de los políticos más desprestigiados.

—Pido á la mesa—dijo á su vez el ofendido—que llame al orden al señor diputado.

Segunda vez, pues, se presenta el conflicto y, nuevamente, el Sr. Covarrubias lo elude diciendo:

—Yo estimo como apreciaciones las palabras del señor diputado.

Con lo cual se cortaron instantáneamente los diálogos agresivos, las frases injuriosas, las indirectas que moretean las carnes, y ni el Sr. Lorca ni el Sr. Concha volvieron á los denuestos recíprocos.

El recurso es nuevo, parece raro, pero revela un profundo conocimiento del corazón humano de los diputados y de los que no lo son. ¿Acaso no hay millares de personas que se muestran valientes, terribles, aniquiladoras, dinamíticas, sólo por darse el placer de que alguien las contenga?

—¡Sujétame, Juana Rosa!—decía á su mujer un individuo que había sido gravemente injuriado por un compadre.—¡Sujétame, Juana Rosa, porque, si no, voy á salir matando á este pillo!

Y la Juana Rosa, entre sollozos, aferraba del poncho á su marido, que, mientras más retenido se sentía, más bravo y feroz se ponía contra el compadre y lo hacía emprender aterrado la fuga.

Pero estas escenas se repetían con excesiva frecuencia, hasta que un día la Juana Rosa ya no sujetó á su marido y lo dejó batirse como pudiera ; y el feroz y espantoso marido, resolviéndose á todo..... emprendió la fuga ante su compadre.

—¡Ladrón!—¡Asesino!—¡Caníbal!—¡Antropófago—se dicen cualquier día los diputados como

ya es costumbre: si el Presidente interviene llamándoles al orden, la discusión se enfurece y toma proporsiones espantosas.

Pero ahora bastará decir "Yo no veo injurias sino apreciaciones en las palabras de los contricantes"—, y la disputa se acaba inmediatamente por falta de incentivo y, sobre todo, por el peligro de llegar á las manos...

Junio 19 de 1903

EL GRANDE OCÉANO

Ó SEA

LAS FIGURAS DE RETÓRICA

AL ALCANCE DE TODOS LOS INTENDENTES

Bien preocupado me ha tenido y muchísimos malos ratos me ha dado un documento dirigido desde la Intendencia de Valparaíso al Ministerio del Interior, último luminoso destello con que se ha despedido de su cargo el honorable predecesor del actual mandatario provincial. En ese malhadado documento, que lleva la fecha del 21 del presente Junio y la firma del Sr. D. José Alberto Bravo, se da cuenta de los perjuicios que han hecho los vendavales en la isla de Juan Fernández, especialmente en las obras fiscales.—¡Fiscales habían de ser para que se las llevara el viento! — Y se muestra gráficamente lo terrible del desastre de esas obras en la siguiente frase:

"El material de estas obras quedó esparcido en un espacio como de 300 metros y una porción cayó en el Grande Océano."

Y aquí vinieron mis apuros. ¿Cuál es ese grande Océano al cual cayó una porción de las obras

fiscales de la isla de Juan Fernández? Confieso mi ignorancia: no supe cuál era ese Océano padre, de que habla la nota oficial del Sr. Bravo. Y como no es posible que un periodista ignore estas cosas, me dediqué á hacer serias y minuciosas investigaciones que me sacaran de la duda.

Por de pronto recurrí al diccionario de la lengua, el cual, después de decirme que *océano* es una gran extensión de agua, agregó que ese nombre se da á cada uno de los idem conocidos, como el Pacífico, el Atlántico y otros de medio pelo; pero no me dijo que hubiera ningún Gran Océano en especial, sin duda porque todos los conocidos son sumamente grandes.

Me quedé en la misma ignorancia, pero, decidido á ilustrarme en materia de océanos, consulté á varios profesores de geografía, mas todos ellos me dieron respuestas vagas, confusas y contradictorias, hasta que topé con uno bastante concéntrico, que fue más preciso en sus noticias.

—A mi juicio — me dijo—, el Grande Océano no puede ser otro que el que rodea á la Oceanía, porque no hay duda de que debe de ser muy grande puesto que cabe en él toda la Oceanía, que no es chica y que le ha dado su nombre.

—Bueno; pero ¿dónde está la Oceanía?

—Pues, en el Grande Océano.

—¿Y el Grande Océano en la Oceanía?

—Exactamente; ¿ó le parece mal? Yo creo que lo que le digo es bastante claro.

Muy claro, indiscutiblemente, pero yo no salí de dudas. Resolví entonces consultar á algunos extranjeros, porque es natural que sean más ilustrados, y les sometí mis dudas. He aquí las respuestas:

Un inglés: — Averigüe Ud. dónde hay escuadras inglesas y sabrá Ud. dónde está el Grande Océano.

Un francés:—Ah! Mon Dieu! Si Ud. se asomara al golfo de Gascuña encontraría al punto lo que busca.

Un español:—No me pregunte Ud. por esas cosas ¡congrio! como que las he perdido de vista desde que salí de Cuba.

Un italiano: — Cuando fuí tenor, atravesé uno muy grande para venir á Chile: no puede ser otro el que Ud. anda buscando.

Un portugués:—Yo lo he divisado algunas veces en la bahía de Lisboa, pero como se retira cuando uno se acerca...

Quise, por fin, interrogar á un buen amigo boliviano, pero me puso malísima cara luego que comencé á hablarle del asunto.

No adelanté gran cosa con estas respuestas. Pero quiso mi suerte que me encontrara con un erudito, que, en una disertación de dos horas y media, vino á decirme en susbtancia:

—Conozco el asunto. Cabalmente estoy preparando una mono-grafía (y tenía una botella de Anís del mono sobre el escritorio) acerca del particular, que enviaré luego á los "Anales de la Universidad." Recuerdo que entre los primitivos habitantes de la América se daba el nombre de Gran Charco al Océano Atlántico: es probable, pues, que el Sr. Intendente haya querido referirse al Atlántico.

—Sí — me dije —, pero Juan Fernández en el Atlántico...no es chica la mudanza.

Me retiraba desesperado de casa del erudito cuando me encontré con un jóven pálido, desgre-

ñado, con muy poco chaleco y muchísima chaqueta, pero ésta sin codos, que hablaba solo y miraba en vago...

—¿.....?

—Exactamente, lo que Uds. dicen: un poeta decadente: era imposible negarlo. El cual me pidió dos pesos prestados y en seguida me leyó unos versos que comenzaban de este modo:

Sentado en la orilla gris perla y mullida
Mirando las ondas turgentes del Grande Oceano...

—¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias, poeta adorable, salvador de periodistas oprimidos! Al fin vine á salir de la duda: el Grande Océano del Sr. Intendente, ese terrible Grande Océano que se tragó una porción de cosas fiscales en Juan Fernández, ese abominable Grande Océano que me hacía transpirar tanto...ése...ése....era una figura de retórica, barata, de poeta decadente.

Desde el 20 de Junio no dormía, ni comía ni bebía, pensando en ese pillo del Grande Océano oficial; me he ganado unos cuantos dolores de cabeza; he enflaquecido considerablemente; el humor se me puso negro; reñí con unos cuantos amigos porque no los saludé en la calle, de puro preocupado. Y salir al fin con que el Gran Océano es una simple figura de retórica, y todavía decadente!...

¿Que no hay sanción para estos atropellos oficiales contra el buen sentido?

26 de Junio de 1903.

"BATIENDO EL RECORD"

Un estimable amigo mío ha recibido un telegrama de Kansas, firmado por el director de una importante revista, la *Laghing Magazine*, la más notable, por su humorismo, que se publica en Estados Unidos; el telegrama decía así, textualmente:

"Message News Agency asserts Mr. A. O. Vicuña alrcady spoken twenty seven sessions, beating record locuacity. If true, send photograph of speaker and details cause this exceptional strength."

Este telegrama, traducido, venía á decir:

"Un despacho de una agencia de noticias afirma que Mr. Ovalle Vicuña está hablando ya por veintisiete sesiones y ha "batido el record" de la locuacidad. Agradeceré detalles y, en caso de ser verdad la noticia, enviar fotografía del orador é informes sobre su excepcional resistencia."

Mi amigo se halló en un conflicto, pues los detalles que se le pedían no cabían en un telegrama ó éste resultaba excesivamente caro. Prefirió responder por cable anunciando carta con la fotografía é informaciones completas. Y así como me

dió á leer el telegrama recibido, me mostró también las noticias que enviaba: de ellas he tomado algunos párrafos, que trasmito á los lectores, con la autorización del referido amigo—que, dicho sea entre paréntesis, es yankee de nacimiento, como se verá por el sentido práctico de sus informes.

He aquí un primer párrafo en que se explica el orígen de la cuestión:

"Mr. Ovalle Vicuña es un muy perfecto caballero, extensamente conocido por sus empresas mineras. Ultimamente mostró inmoderados deseos de ser senador y representar los intereses del nitrato de Tarapacá. Un adversario, Mr. Balmaceda, se presentó al mismo tiempo, y uno y otro gastaron considerables cantidades de dinero en adquirir votos; las sumas gastadas representan mucho más del interés de las minas de Mr. Ovalle. Cada cual imputa á su contendor varios escándalos electorales, pero Mr. Ovalle para defender su asiento y representar intereses salitrales quiere dar en sus discursos idea gráfica de la larga vida que aun tendrán los yacimientos de nitrato."

Después de otras informaciones, agrega el corresponsal los siguientes datos:

"He recogido noticias sinceras entre políticos, industriales y comerciantes, sobre el estado de los negocios de Mr. Ovalle Vicuña, y de ellas el estado del orador puede ser inferido claramente.

"Mr. Ovalle Vicuña parece estar descontento de sus negocios de minas y una inclinación bien visible es mostrada por él hacia la industria manufacturera. Soy bien informado que la intención de Mr. Ovalle Vicuña es elevar una fábrica de conservas, y en este designio reúne una prodigio-

sa cantidad de latas. Este asunto es una verdadera obsesión en su ánimo é influye en sus discursos."

A continuación vienen algunos interesantes datos estadísticos.

"Mr. Ovalle Vicuña empezó la primera serie de sus discursos en lejana época, hace más de un mes, y hasta hoy lleva veintiocho sesiones ocupadas verbalmente por su resistente oratoria. La minoría del Senado afirma que el orador quiere imitar el viejo libro árabe y llegar á las "Mil y una sesiones."

"Buenos cálculos manifiestan que el orador habla cada vez por término medio por espacio de tres columnas de *El Ferrocarril*—un diario muy largo de este país. Este y otros diarios no han dado sino extractos, por imposibilidad absoluta de tomar íntegros los discursos: varios estenógrafos han caído con fatigas graves.

"Tomando solamente los extractos publicados, Mr. Ovalle lleva ya ochenta y cuatro columnas. Teniendo cada columna gran cantidad de líneas de más de tres pulgadas, los discursos forman ya una línea de más de milla y media de longitud. Las palabras suman un total de más de ciento cuarenta y seis mil; siguiendo la inclinación de la nueva industria del orador, si se representara cada palabra por una lata de conserva, se formaría una línea que iría de New York á Frisco.

"En la 26.ª sesión, Mr. Ovalle Vicuña declaró modestamente que él no es un orador, y anunció á sus asombrados colegas que ya terminaba los preliminares de sus discursos y se preparaba á entrar en el fondo del asunto. Entonces el Senado, alarmado ante una tal amenaza, y en vista de los

desmayos de los estenógrafos, empezó á discutir un *bill* para reducir á tres el máximo de las sesiones que puede ocupar un orador. Esta moción está en debate y Mr. Ovalle Vicuña ha comenzado sobre ella una segunda serie de discursos. Háblase de un movimiento revolucionario."

Dando cuenta el corresponsal de los efectos producidos por la oratoria del Sr. Ovalle Vicuña, expone lo siguiente:

"Es anunciado en la prensa que algunos ingenieros chilenos han dirigido proposiciones al orador para pedir patente de movimiento perpetuo; algunas proposiciones semejantes han sido hechas por personas influyentes en política y muy movedizas.

"Sería útil la venida de algún ingeniero que tratara de aprovechar la fuerza motriz de la palabra de Mr. Ovalle Vicuña, hoy inútilmente perdida.

"El Secretario del Senado informa que el *Boletín de Sesiones* tiene consumidos ya once fardos de papel en imprimir los discursos de Mr. Ovalle."

Después de otros informes, la carta termina con este párrafo:

"Atendiendo pedido, acompaño fotografía que corresponde á la época inmediatamente anterior al comienzo de los discursos. En próximo correo trataré enviar otro retrato de época posterior. Mr. Ovalle era antes de estatura de cinco pies dos pulgadas, una fuerte complexión y un rojo tipo como el de los *pioneers* del Far West. Algunos amigos dicen que hoy es pálido, demacrado y un poco trémulo, pero de firme voz todavía."

17 de Agosto de 1903.

CONFLICTO

ENTRE DOS PELIGROS

—

La Cámara joven se encuentra sobre espinas con motivo de haberse elevado á ella, desde un juzgado del crimen de Santiago (el juzgado es de Santiago, no el crimen), una petición de desafuero contra el diputado D. Artemio Gutiérrez.

¿La causa de desafuero? Poca cosa.

En la tarde del 17 del presente festejaba el Sr. Gutiérrez su reciente triunfo electoral, que lo constituía diputado, cuando oyó fuera un ruido de bofetadas; salió á asomarse y vió que se trataba de un libre cambio de mojicones entre un radical y un demócrata; pero éste, hábil negociante, recibió más de lo que daba; entonces el diputado, por restablecer el equilibrio y por amor á la justicia, fué en ayuda de su correligionario. Las bofetadas se hicieron entonces tripartitas y se complicaron con un revólver, un pito, un paco y otros elementos peturbadores, hasta que un oficial puso paz y todos se retiraron. Pero, hecho en se-

guida el balance de las operaciones comerciales, se halló que había una bofetada "huacha" ó sea sin compañera, y no se pudo establecer si la había dado ó recibido el Sr. Gutiérrez.

Después la justicia intervino en el asunto y ella ha dejado establecido que, en aquella operación, el Sr. Gutiérrez se había hecho reo de riña y de infracción del artículo 131 de la ley de alcoholes; y pidió á la Cámara el desafuero del referido diputado, desafuero que ha quedado pendiente en la sesión de ayer.

Y aquí viene el conflicto: ¿qué hace la Cámara ante esa petición? ¿acepta los antecedentes judiciales, reconoce por ellos que el Sr. Gutiérrez estaba ebrio y riñó aquel día, y, en consecuencia, concede el desafuero? Entonces padece el decoro de la Cámara y queda constancia pública de que en ella también hace estragos el alcohol y hay necesidad, por tanto, de que se funde una "Liga contra el alcoholismo parlamentario."

¿Se desentiende de los referidos antecedentes juciciales y niega el desafuero? Entonces cundiría el mal ejemplo y todos los diputados se sentirían tentados á hacer otro tanto, alentados por la impunidad.

Pero convengamos, entre tanto, que esta negativa tendría un resultado práctico: poder definir lo que es un diputado.

Hoy por hoy, el diputado, tomado en sentido general, es un tipo absolutamente indefinible; mientras que, negado el desafuero, ya se podría decir: "Diputado es un individuo que puede *curarse* en público y en privado y dar de bofetadas á la policía, sin que tenga nada que ver con la justicia."

¿Cómo saldrá la Cámara del conflicto? ¿Oyendo

al mismo interesado, para decidir en consecuencia?

Pues en la sesión del Lunes se discutió el asunto y el Sr. Gutiérrez se defendió de esta manera:

"Se ha querido colocarme en una situación bochornosa, haciéndome aparecer como un beodo, siendo que *ese día* no estaba yo en tal estado. Si lo hubiera estado, no lo negaría. Es éste un hecho que no tiene nada de raro, que es muy común entre nosotros"

Es sensible que el Sr. Gutiérrez no fuera más explícito en la última parte de su discurso, pues se hubiera sabido hasta dónde se extiende ese *nosotros*: ¿quiere decir "nosotros los chilenos", "nosotros los demócratas" ó "nosotros los diputados"?

Este punto tiene más importancia de lo que parece, pues si el "nosotros" se refiere á los diputados, la cuestión quedaría perfectamente alumbrada y desaparecería el primer término del conflicto: ¿qué importaría ya reconocer que el Sr. Gutiérrez estuvo chispo aquel día, si, por declaración de éste, ello es común entre los diputados?

Consta, sin embargo, según me cuentan, que, cuando el Sr. Gutiérrez dijo aquella frase final, varios colegas suyos empezaron á toser y mirar los adornos del techo... en señal de protesta contra tan audaz afirmación.

Pero nos salimos de la cuestión.

¿Las explicaciones del Sr. Gutiérrez dan luz sobre el conflicto? Creo que sí, después de meditar sobre el alcance de las palabras. Cuando un hombre dice "*ese día* no estaba yo curado," ese hombre es sincero, dice la verdad, expresa un sentimiento

que ha fluido espontáneamente, lanza la enérgica protesta de la verdad que se impone por sí sola. No niega que se cure con más ó menos frecuencia; pero protesta, con indignación que no puede ser fingida, contra la suposición inicua de que "ese día" estuviera cufifo.

Y todavía refuerza ese admirable rasgo de ingenuidad con otro de no menos valor: "Si lo hubiera estado no lo negaría. Es éste un hecho que nada tiene de raro..." Un hombre que así habla no miente.

Contra los antecedentes judiciales y contra el consenso de mil testigos, se debe creer que *ese día* el Sr. Gutiérrez no estaba chupingo y se debe negar, en consecuencia, el injusto desafuero solicitado.

Noviembre 28 de 1093

LOS PERIODISTAS

NADA TIENEN DE PARTICULAR

En un artículo necrológico con que un diario de Santiago despide á *La Tarde*, que acaba de morir, he leído un párrafo en que el autor del artículo dice que, cuando se retiró del diario hoy fallecido, lo sintió mucho porque allí había tenido "todas las satisfacciones de esa vida bohemia de la prensa."

Esta frase no tendría nada que llamara absolutamente la atención, si no fuera que ella expresa una idea muy corriente, que los periodistas son bohemios y llevan vida bohemia, y si no fuera que se da á la palabra bohemio, no su significado natural, esto es, habitante de la Bohemia, lo que denunciaría al punto la falsedad de aquel concepto, sino otro todavía más falso y puramente convencional.

Con esa palabra se quiere designar á un tipo de personas, de hombres, que sólo conocen el dinero de un modo así, teórico, nunca en la práctica; que andan siempre con las manos en los bolsillos... ajenos: que nunca se lavan, ni se cambian de camisa y llevan unos puños — cuando los llevan— que son la antítesis más cabal de los correspondientes bolsillos; que apenas pillan una chaucha mal parada, se la gastan en ajenjo; que duermen todo el día y se pasan la noche lucubrando rimas grises decadentes; que usan muy larga la melena y las uñas, y muy cortas la camisa—que suele no pasar de pechera—y la responsabilidad pecuniaria; y que suelen no usar dientes, porque los órganos que no funcionan se atrofian.

Este tipo existe, no hay duda alguna; pero es curioso que haya alguna gente que lo reclame para sí: también existe el mono, y no son muchos los que aceptan las teorías de Darwin. Al fin, es justo que cual haga su gusto, así como si alguno se empeña en ser mono no hay más que dejarlo en sus afecciones: para ése son rigurosamente exactas aquellas teorías.

Mas de ahí á que, por capricho de algunos periodistas de mal gusto y que son enemigos personales del jabón, se quiera clasificar á todos los periodistas y empaquetarlos bajo aquel tipo de bohemio, va una distancia poco menor que la que hay entre un diputado proteccionista y un particular ilustrado.

Pero lo peor es que esa mentira de la vida bohemia de los periodistas ha corrido mucho, muchísimo, y ha sido aceptada en todas partes como verdad de fe.

Me ha ocurrido algunas veces que, al ser pre-

sentado á alguna persona y al decir el que me presentaba que yo era el periodista cual, esa persona ha mirado con sonrisa de incredulidad esta humanidad mía que me hace ser hombre de tanto peso (92 kilos por ahora) (1); y, convencida al fin de que soy periodista me ha acosado, con aire de profunda ansiedad y admiración, á preguntas y á frases como éstas: ¿qué médico lo ha asistido á Ud? ¿le cobraban muy caro al principio en la lavandería? ¡aunque ya se ve que el trabajo sería poco extenso!...¿y es muy severo don Pedro Montt dentro de su establecimiento? ¡no debe ser muy frecuente salir de allí!... ¿la gordura le vino á Ud. de repente?

Frases que me hacían, como se comprende, el mismo efecto que aquella pregunta que en París dirigía una dama francesa á un compatriota nuestro: "¿Y se acostumbra Ud. con el traje?....¡cómo Uds. andan allá con plumas!..."

Otras personas me han presentado como modelo á sus hijos, diciendo: "Mira, Juan, fíjate en este caballero: ya ves como la voluntad lo puede todo y es posible volver al buen camino."

¡Ya basta, por Dios, de esa majadería de la vida bohemia! ¡Si los periodistas no tenemos nada de particular, somos como todos los hombres, iguales á cualquiera empleado de aduana, de correos, de ministerio, á cualquier hombre, á cualquier individuo; nunca hemos roto relaciones con el jabón ni con el agua; á veces tomamos copas, pero no de ajenjo, sino de cerveza y las más veces...de agua; nunca el peluquero nos ha visto

---

(1) Hoy no son más que 90 1/2: ¡cómo se declina!

faltar á la cita de cada mes; no usamos melena, ni exceso de uñas, sino camisa completa, con su dotación de cuellos y puños, todo lo cual remudamos con mediana frecuencia; algunos nos acostamos tarde y otros temprano, como el vulgo de la gente; y si no avanzamos mucho en conocimiento práctico y personal de los pesos, es por un achaque común á media humanidad.

Y créanlo Uds: si encuentran por ahí un tipo melenudo, frito en su propio jugo, como los calamares que se conservan en su propia tinta, pasado á ajenjo, y convertido en una mercería ambulante por la abundancia de los clavos, llorando y declamando decadencias...de bolsillo, ese tipo, esa mona viva, no lo es tal por ser periodista sino por otras cualidades anteriores á la profesión, así como, si á un sargento de policía le duelen las muelas, no le duelen en cuanto sargento sino en cuanto que las tiene picadas.

Diciembre 21 de 1903.

BUSCANDO UN REMEDIO

— —

Se exige siempre al periodista, y con muchísima razón, que escriba sobre materias de actualidad, porque el público quiere novedades y novedades se le han de dar. La cuestión del día: hé ahí el campo de acción de los que trabajan en la prensa.

Y bien, dentro de ese natural criterio, la cuestión palpitante, la cuestión del día es hoy para mí, no la crisis ministerial, sino un asunto mucho más vivo, mucho más fresco, que me sale al encuentro en toda materia en que quisiera pensar: esa grande y aguda cuestión, es un dolor de muelas que me tiene algunas noches sin dormir y que hoy ha llegado á su período álgido. Me es imposible ocuparme en ningún otro asunto.

Salí á la calle después de almorzar — es decir después de almorzar los demás, porque á mí no me lo permitieron las muelas—; salí, digo, á la calle, desesperado, en busca de un remedio, indiferente á todo lo que no fuera mi dolor; á poco andar me encontré, mejor dicho me encontró un amigo, pues yo no estaba para encontrar á nadie;

el cual amigo me leyó en la cara—y eso que no la tenía hinchada—mi tormento y mirándome con aire de profunda compasión me dijo:

—¡Qué desgraciado eres!...Tú tienes la culpa —agregó—, pues hay un remedio infalible para el dolor de muelas.

A mi vez lo miré con suprema ansiedad y al mismo tiempo radiante de esperanza:

—¿Qué remedio es ése?—preguntéle.

—Haz que te saquen la muela, sencillamente.

Ni siquiera me despedí. Aquel mal amigo es un hombre que vive en la luna; de otro modo ¿cómo no se ha dado cuenta de que un periodista, aunque no es un bohemio, no puede andar trayendo en el bolsillo propio cinco pesos tan desocupados que pueda derrocharlos en cambio de las muelas que le saquen? Por otra parte, en eso no hay justicia, no hay comercio equitativo: el enfermo ve desaparecer su dolor pero en cambio de otro más agudo: y el dentista por su parte saca la muela y saca el dinero, lo saca todo: todas las ventajas están, pues, de parte del dentista, y eso no es equidad.

Después de separarme de aquel mal amigo, me hallé con otro que me recomendó viera al dentista Fulano, que era sin disputa el mejor de esta ciudad; después otros y otros amigos siguieron recomendándome cada cual su dentista y siempre con el agregado de que éste era el mejor de la localidad. Más tarde tuve la curiosidad de sacar la cuenta y ví que me habían sido recomendados todos los dentistas de la ciudad y cada uno era el mejor de todos...

Seguí mi camino y me resigné á entrar en el consultorio de un médico. Tuve que hacer media

hora de antesala en compañía de mi dolor, á pesar de que no había gente en consulta ni en la sala de espera; y después el médico me habló un cuarto de hora seguido sobre periostitis alveolar, el marfil, el nervio trigémino, el proceso progresivo de la caries y otra serie de asuntos de que no entendí palote. Salí de allí con una receta en la mano, tres pesos menos en el bolsillo y el dolor más vivo que nunca: me acerqué la receta á la muela enferma y ésta no se dió por notificada.

Momentos después fuí á dar contra un amigo alemán, que, al saber mi cuita, me dijo, en una especie de alemán castellanizado que traduzco en seguida:

—En mi país, hay un remedio seguro para el dolor de las muelas, y yo le garantizo que Ud. se mejorará totalmente.

Vaya Ud. á su casa y haga preparar un brasero lleno de fuego de carbón: cuando ya esté listo el fuego, Ud. tomará en la boca un poco de agua muy helada, y en seguida se sienta en el brasero y se queda allí hasta que el agua hierva en la boca de Ud.

El alemán se alejó riendo en *do* subgrave y diciendo:

—En mi país, cuando no sanan con este remedio, en cambio ríen mucho los demás.

Si en ese momento mi dolor de muelas se hubiera mudado para ir á vivir con el alemán, yo habría sido dos veces más feliz que el más feliz de la tierra.

Después me encontré: con un individuo que me recetó la homeopatía; con otro que me aconsejó el sistema Kuhne; y con un tercero, un kneippis-

ta, que me indicó que pusiera en agua la raíz de la muela enferma.

Estaba yo en el paroxismo del dolor y del furor, cuando caí en poder de un conocido sablista, que se interesó vivamente por mi salud.

—Créeme—me dijo—que lamento de todo corazon el mal estado de tu salud; yo sé lo que son esos dolores, y te compadezco con toda mi alma: son un martirio. Yo tengo en casa un remedio infalible, absolutamente infalible, que inventó una tía mía y que hemos usado siempre en la familia con éxito maravilloso. Te lo ofrezco y voy á traértelo...

Hizo como que se marchaba y en seguida volvió.

—Espérame aquí una media hora, ya sabes que vivo algo lejos...tendré que ir en carro...Pero, se me ocurre una idea: préstame cinco pesos, tomo coche y vuelvo en diez minutos...

No había acabado de decir estas palabras, cuando ya le tenía oprimido entre mis brazos.

—¡Gracias, mi fiel amigo!—le dije—¡Te doy un millón de gracias! Me has sanado: en este momento ha desaparecido por completo mi dolor de muelas.

Y me vine de carrera á la imprenta, y el amigo se quedó allí asombrado y sin los cinco pesos; y yo estoy aquí escribiendo este artículo de actualidad. El dolor — me he convencido de ello —, era nervioso, simplemente nervioso, y bastó el susto de los cinco pesos para que desapareciera radicalmente.

Diciembre 28 de 1903,

UN CUENTO JAPONES

Hoy no se puede hablar ni escribir de otra cosa que del Japón y de la Rusia, y si alguien toca otros temas se le califica de inoportuno y cargante.

Para no salirme del tema general quisiera hablar del Japón, pero me ahorra el trabajo un cuento japonés que acabo de leer en una revista inglesa y que traduzco en seguida: en él podrá verse, á despecho de los japonistas, que en el Imperio del Sol Naciente no es oro todo lo que reluce. Hé aquí el cuento:

"La fonda de Toki-toki"

Vivía en otro tiempo en Tokio un pobre hostelero ó fondista, llamado Saka-jugo, el cual se arruinaba con toda tranquilidad, á pesar de sus oraciones á Buda. Saka-jugo salía todos los días á buscar parroquianos para su fonda y los parroquianos huían de Saka-jugo.

En ese tiempo empezaba el servicio del ferro-

carril de Takasaki á Minato y entonces Saka-jugo tuvo una feliz idea, inspirada sin duda por Buda, que quría hacer dichoso á aquel pobre diablo.

Saka-jugo fué á verse con el ayudante del Mikado que entiende en los ferrocarriles y le dijo:

—Buda te conserve, locomotora imperial.

—Y á tí te libre de que te asalten los perros, atraídos por tus grasientos delantales. ¿Qué quieres?

—Eres magnánimo, oh príncipe. Estoy pobre, como ves, y deseo ser rico...

—Buda te ha quitado el juicio si esperas que yo satisfaga tus deseos á mis expensas.

—No pretendo tal, caldera celestial. Lo que yo quiero es que me des un sitio en mitad de la línea de Takasaki á Minato: yo pondré allí mi fonda...

—¿Y tú crees que mirando pasar los trenes vas á ganar muchos yens?

—Mirándolos pasar, nó; pero si tú dispones que los trenes de Takasaki y los de Minato salgan tarde en la mañana y temprano en la tarde, y si ordenas que los trenes se detengan veinte minutos delante de mi fonda, yo haré dinero, oh riel resplandeciente, y no seré desagradecido.

Y brillaron los ojos de Saka-jugo más que brillan los del Mikado cuando miran á la Manchuria, y algo vió en ellos el jefe de los ferrocarriles, que, después de pensar un instante, dijo:

—Yo no puedo resolver esas cosas por mí mismo; pero vuelve mañana á esta hora y tendré reunido mi consejo, para que discutamos el asunto.

Fué puntual Saka-jugo por primera vez en su vida y al llegar halló el consejo reunido.

—Lo que tú pides, matador de sedes—le dijeron,—es absurdo y no se puede conceder.

—¡Que Buda abra vuestras molleras para que éntre en ellas la cordura ausente! No habéis meditado bien mi proposisión y no la habéis comprendido porque estáis en ayunas.

—Explícate, fabricante de hambres y de indigestiones falsas.

—Lo que yo pido, oh carros dorados, es que me deis un pequeño sitio en Toki-toki, que está en mitad del camino, y yo pagaré por él hasta tres mil yens cada año. Con esto gana el Estado, que de otro modo no recibir nada.ía

—Tienes razón, espumadera.

—Pido en seguida que hagáis salir tarde, por la mañana, los trenes de Takasaki y de Minato, y así los hijos de Buda no tendrán que madrugar mucho. ¿No es razonable, remolcadores celestiales?

—Así parece. Adelante.

—Pido también que, por la tarde, hagáis salir los trenes más temprano, para que los hijos de Buda no lleguen á hora intempestiva á sus hogares. ¿No es sabio esto, oh lastreros incontenibles?

—Sí, que lo es. Continúa, cucharón con portillos.

—Pido también que todos los trenes se detengan veinte minutos frente á Toki-toki, para que los hijos de Buda descansen un momento y gocen con la contemplación del paisaje. ¿No es esto muy cuerdo, oh desvíos superiores?

—Bien, te hallamos razón, tenedor sin puntas; pero nosotros ¿qué ganamos con todo eso?

—Ya Buda empieza á iluminaros. Pues, daré de

comer gratis en mi fonda á vuestras humanidades, escuálidas hoy como un siberiano.

El consejo estudió la proposición, se consultaron los estómagos y al mes siguiente se aplicaba el nuevo itinerario, conforme lo pedía Saka-jugo.

Al poco tiempo, éste cambiaba el delantal grasiento por otro de seda y oro, edificó casas en Tokio y en Kioto, tuvo dinero en los Bancos y crió panza. Después de él se sucedieron en la fonda otros Saka-jugos y todos tuvieron la misma buena suerte y criaron panzas á cuál más redonda, mientras los consejeros, sin ser Saka-jugos, rivalizaban con éstos en redondez y celo por el buen servicio.

Entre tanto los hijos de Buda protestaban y chillaban enfurecidos porque con el nuevo itinerario el viaje les resultaba más largo, tenían menos tiempo disponible para sus negocios y se veían obligados á comer en la fonda de Toki-Toki y á pagar muy caros los guisotes de Saka-jugo. Protestaron y chillaron años enteros y clamaban desesperados á Buda, pero los Saka-jugos seguían engordando, y el Consejo seguía engordando y Buda se hacía el sordo, porque Buda quería hacer felices á todos los Saka-jugos sucesivos.

Pero al fin fueron tantas las reclamaciones que el Consejo pensó seriamente en reformar el itinerario como lo pedían los hijos de Buda y como era razonable. Mas, cuando se había acordado la reforma, se presentó el Saka-jugo actual al Consejo y dijo:

—Durmientes imperiales: si persistís en la reforma que se anuncia, me arruináis y os arruináis vosotros mismos, porque ya no cataréis las costi-

llas famosas, los nidos de golondrinas y las sopas de ajo con dulce de membrillo. Y cuando tengáis que viajar, no habrá quien os dé de comer y tendréis que contentaros con los modestos sueldos que os paga el Mikado. Elegid, pues, oh locomotoras descarriladas, ilustres pernos del presupuesto nacional.

El Consejo dictó entonces un itinerario para los trenes de la mañana, pero en forma que dejara las cosas en el mismo estado, aunque engañando al público con las apariencias.

Desde entonces la fonda de Toki-toki sigue progresando cada vez más y engordando á los Saka-jugos, mientras los consejeros siguen gozando con los nidos, las sopas de dulce, las costillas y los licores.

Y todos los hijos de Buda son felices y exclaman entusiasmados: ¡Gloria al Mikado! ¡gloria al Consejo! ¡dichosos los pueblos así administrados!

Pero hay algunos traidores que quieren que vengan los rusos sólo por desquitarse de los Saka-jugos y del Consejo.»

Febrero 15 de 1904.

DE ANTESALA

Como á las 6 de la tarde de ayer encontré en la calle á un buen amigo mío, persona que siempre me ha sido simpática por su carácter dulce, apacible, inalterable, que jamás se desmide en una sola palabra y que tiene una paciencia á toda prueba. Se comprenderá que, al encontrarlo, me llamara vivamente la atención verle alterado, nervioso, violento y retratando en el rostro doscientas iras acumuladas. Apenas contestó á mi amable y cariñoso saludo, pero con dos ó tres frases escogidas se le abrieron las válvulas de escape y dejó salir su furibundo mal humor; y, pasadas las primeras explosiones, me hizo la siguiente relación, entremezclada de algunos relámpagos y truenos más y más lejanos:

—Imagínese, mi amigo, si tendré razón para estar furioso con lo que me ha pasado en el Ministerio tal. Yo nunca había ido á esas oficinas ni conocía á nadie, porque jamás he pretendido ningún empleo público y nada he tenido jamás que ver con el Gobierno, directamente á lo menos.

Pero un sobrino mío me había rogado que le agitara el despacho de cierta solicitud, que á él le apura y al gobierno también. Me resolví á ir al referido Ministerio y me costó un penoso esfuerzo la resolución: el corazón me avisaba de antemano que se me esperaba un mal rato.

Esta mañana me hice la cuenta y me dije: mientras más temprano mejor, porque habrá poca gente en las oficinas; comerme, lo que es comerme, no lo harán; y en todo caso para morir hemos nacido. A las diez estaba yo plantado, de antesala, pero ya había otras personas que se habían anticipado.

Esperé media hora y, como nadie hacía caso de mí, me acerqué á un jovencito y le pregunté:

—Dígame, joven, ¿como podría hablar con el señor Ministro?

—Yo no soy empleado—me respondió—; pero si Ud. se dirige al subsecretario, en aquella oficina, él lo atenderá seguramente.

Dí las gracias y me fuí á la oficina indicada. Hallé en ella varios jóvenes que hablaban de paseos, de una niña de ojos negros, del modo de andar de las porteñas, y de otras cosas tan interesantes que ninguno reparó en mí ni me dirigió la palabra. Me estuve allí de pié, como un tonto, mirando todas las caras, hasta que me resolví á preguntar en voz alta:

—¿El señor subsecretario?

Se levantó uno y preguntó á su vez:

—¿Qué decía, señor?

—Yo no digo nada, señor; pero deseo saber si podré hablar con el Sr. Ministro.

—Tendrá Ud.la bondad de esperar, señor, pues el Ministro está ocupado en este momento.

—¿Mucho tendré que esperar, señor?

—Hasta que se desocupe.

Al fin era una respuesta, dada con buen modo, quedé agradecido, salí al vestíbulo y seguí esperando. Tras otra media hora, aburrido ya, abordé á otro señor muy elegante, que me dijeron era el jefe de sección y le hice mi pregunta de si podía hablar yo con el Ministro; el empleado me miró de alto á bajo rápidamente y me dijo:

—Tendrá que esperar, señor; el Ministro está ocupado.

La respuesta fué más breve y más seca que la del subsecretario; me dió miedo insistir y seguí esperando.

A las 12 más ó menos sentí hambre y ésta me quitó el miedo; alguien me señaló un joven más elegante que el subsecretario y el jefe de sección y me dijo que era el oficial 2.º Lo abordé y le hice mi pregunta. El oficial me miró de paso por sobre el hombro y respondió:

—Espérese Ud. Está ocupado.

Este me había apeado el "señor" y fué más seco todavía. Seguí esperando y desesperándome por cerca de una hora más, tras de la cual me acerqué sombrero en mano á un jovencito que se asomó á una puerta, con el cigarro en la boca, las manos en los bolsillos y que, según supe, era un oficial tercero.

—¿Podré hablar con el Sr. Ministro?

—Espérese. Está ocupado.

Ni siquiera me dió el *Usted* y me dijo esas tres palabras echándome una bocanada de humo á la cara y volviéndome la espalda. Le pedí que me disculpara mi impertinencia y seguí esperando. Como á las dos y media de la tarde cruzó el ves-

tíbulo un jovencito sumamente lujoso en el vestir y muy perfumado, y que tenía aspecto de hijo de senador, á pesar de ser muy joven; me dijeron que era un oficial 4.º; le salí al paso y le dirigí mi pregunta con toda humildad; no me oyó y me dijo sobre andando:

—Está ocupado.

Después pasó un supernumerario y me respondió:

—Ocupado.— Otro supernumerario me dijo:— Ocup...—Un tercer supernumerario murmuró:— Oc...

Hasta que al fin, como á las 5 de la tarde abordé al portero, que me miró con suprema indiferencia, gruñó no sé qué cosa y se retiró con tanta majestad que tuve que pedirle perdon por mi atrevimiento. Poco después comenzaron á cerrar las oficinas y nos echaron á todos á la calle.

Ya puede calcular en qué disposición de ánimo estaría yo, en ayunas, humillado por tanta cantidad de individuos cuyos sueldos pago yo, en parte, de mis bolsillos, y después de haber perdido siete horas, de antesala.

Estando en la calle, ví pasar un caballero sencillo, que iba solo y oí decir que era el Ministro; me resistí á creerlo, pero como me lo aseguraron, haciendo de tripas corazón me le acerqué y lo abordé en plena calle; y ¡cosa extraña! en vez de mandarme preso por el atrevimiento, como lo hubiera hecho el portero ó alguno de los supernumerarios, me acogió afablemente, oyó mi exposición y me despachó el asunto ahí mismo, á mi satisfacción y con sencillez encantadora.

Y ahora si Ud., mi amigo, me pregunta por qué sigo enojado, le diré que el hambre y la espera

me han descompuesto el genio, y que estoy resuelto á ser Ministro en la proxima combinación, para destituir á todos los empleados del Ministerio; porque, óigalo Ud., me dijo el Ministro que había estado desocupado todo el día y no le habían dicho una sola palabra de que había gente que quería hablar con él. Y sepa Ud. para su gobierno que se debe hablar á los Ministros en la calle y no en la oficina, porque en ésta todos los empleados son Ministros.

Febrero 26 de 1904.

DELICIAS DEL VERANEO

Perdóneseme la indiscreción en que incurro al publicar la siguiente carta, que en borrador y sin dirección ni firma he encontrado en un carro urbano.

"Mi querido hermano:

Tú te quejas de los horribles calores que allá padeces y que van, según dices, evaporándote la sangre: pues aquí, en pleno veraneo, entre las frescas ondas marinas de este puerto, hay cosas que no me evaporan la sangre, pero que me la queman, hasta el punto de que encuentro preferible Santiago con sus calores y su soledad, á Valparaíso con sus frescuras y su abundancia de gente. Pues juzga tú mismo, por los siguientes datos.

En compañía de mi mujer, mi hija y mis otros dos chicuelos, llegué á anclar en una casa de pensión que me habían recomendado por su buena posición topográfica y social y por la seriedad y buen trato que en ella se gastaba. Apenas ancla-

do, sobrevino la pimera dificultad: el precio. La señora dueña de casa—porque aquí todas las casas son regidas y poseídas por señoras—me cobraba cuatro pesos diarios por persona, casi tanto como en un hotel. Me batí con ella enérgicamente, pero nada conseguí; quise á lo menos obtener que considerara á los dos niños como una sola persona, y la señora accedió por el momento, pero después de la primera comida me suprimió la concesión alegando que cada uno de los niñitos consumía como un grande. Total, que se fijó el precio exigido por ella, lo que sumaba $ 20 diarios.

La segunda dificultad fué la de las piezas.

¡A qué cosas llaman piezas en este puerto!

Figúrate las dimensiones de éstas con decirte que cuando en la noche, creyendo estar en Santiago, entro con algún brío en mi cuarto, á los dos pasos me doy de narigazos en la pared de enfrente. Nos dieron tres piezas (por decirlo así): una para que la compartiéramos amorosamente mi mujer y yo, y á la verdad necesitamos mucho amor para no reñir al repartirnos tan poca cosa; otra para Emilita; y la tercera para los dos chicos, que como no se tienen tanto amor y mutuas consideraciones como mi mujer y yo, se salen de madre ó de pieza y siempre amanece alguno fuera de la puerta.

La tercera dificultad se presentó en la misma tarde. Al llegar, preguntamos á la señora dueña de casa si tenía otros pensionistas y qué clase de personas eran, y nos respondió que tenía dos ó tres jóvenes muy serios y muy cumplidos y que no habríamos de pasarlo mal con ellos. Llegó la hora de la comida y nos presentamos en el come-

dor común: una sola mesa, larga y angosta, bastante desguarnecida de comestibles, con gran abundancia de copas y botellas... de agua; y sentados á la mesa los pensionistas jóvenes, que resultaron ser ocho supernumerarios de los distintos ministerios: ¡unos barrabases! Los muy pillos habían tomado en la mesa posiciones estratégicas: no formaban grupo, sino que se habían diseminado de manera que entre ellos no había en ningún punto de la mesa más de un asiento desocupado.

Tuvimos que diseminarnos también nosotros: yo quedé instalado entre dos supernumerarios que parecían muy serios; mi mujer entre otros dos que no lo eran tanto; á Emilita la instalaron lejos de las miradas paternas entre otro par de gandules que no sabían más que hablar en voz baja y reírse; y lo peor fué que la niña luego empezó á reírse también. Todo esto me hizo subir la mostaza á las narices, pero luego me tranquilicé viendo que, talvez por mi figura respetable, los muchachos se mostraban muy deferentes y obsequiosos conmigo.

La comida... ¡qué había de corresponder á los cuatro pesos diarios! ¡ni á veinte centavos siquiera! Me acordé de Sancho Panza cuando fué gobernador, pues al decir de la patrona todo era indigesto, todo era pesado, todo era dañoso, y nos libraba de morir de indigestión pero nos condenaba al suplicio contrario. Nunca quieren comprender las dueñas de estas casas que entre perecer de un hartazgo y perecer de hambre hay muchos términos medios razonables. Los supernumerarios, esos sí que comían bien, porque como el Fisco les paga viático, tienen para extras y confites.

Como el hambre me apuraba al fin de la comida más que al principio de ella, llamé á la sirvienta y le pedí que me comprara fruta, melón, por ejemplo, que tiene la cualidad de ser llenador; le pasé veinte centavos, pero intervino al punto la patrona, diciendo:

—La fruta es muy cara aquí, señor, y no se consigue un melón decente por menos de cuarenta centavos.

Como no tenía sencillo, dí entonces á la criada — mal criada debiera decir — un billete de un peso. Al cuarto de hora llegó el melón, que fué repartido entre todos los comensales y á mí me tocó la tajada más delgada, bastante transparente, como si fuera para mirar un eclipse de sol.

—¡Qué suerte tiene el caballero!—dijo la dueña de casa—¡le ha tocado la sin pepa!

Y efectivamente no sólo me había tocado la tajada sin pepa, sino aún la sin melón, amén de que nunca ví llegar á mis bolsillos el sobrante del billete de un peso.

En la noche nos fuimos á la calle y aquí se remató mi desencanto y mi mal humor. Imagínate que toda la gente que dice ha venido á veranear miente, pues sólo ha venido á lucir trajes. ¡Qué lujo Pepe de mi alma! Seda y seda por todas partes: no hay santiaguina que no estrene á diario trajes enteros de seda y hasta enaguas de lo mismo: y en estos lujos entran muchas modestísimas familias que en Santiago no pasan de ordinario del percal, ni de la sedalina en los grandes días. Me dicen que las porteñas eran antes muy sencillas: pues ahora se han contagiado y rivali-

zan con las santiaguinas en elegancia y en costosos trajes.

¿Los paseos? De los tres conocidos, el jardín municipal, la plaza de la Victoria y uno artificial hecho por un Sr. Benavides, no son más que exhibiciones de trajes; se llenan los asientos laterales y al medio quedan paseándose los que llegan atrasados, entre un mortífero fuego de miradas inquisitoriales que lo escudriñan todo, desde el sombrero al zapato, con acompañamiento de murmuraciones y críticas implacables. Se completa la fiesta con un joven santiaguino que ataja á todos los transeúntes para pedirles subscripción para paseos.

¿Que siquiera hay fresco? Sí, muy frescos estamos: unos calores casi santiaguinos, entreverados con vientos que algo refrescan, pero que nos echan á los ojos terribles nubes de polvo, pues la Municipalidad tiene por único contratista del aseo urbano á esos vientos del sur: monopolio irritante como todos los monopolios.

Llega uno á la casa muerto de cansancio y de rabia y busca en el sueño un desquite. Pero puedes sentarte á esperarlo: sin exageración, te aseguro que las camas de estas tierras están plagadas de pulgas y otros bichos que se parecen al ají por lo picantes, que lo sacan á uno como en andas por la noche.

Y al día siguiente, por la mañana, el baño, lejano, costoso y desaseado y tanto más caro cuanto que, mientras uno se baña, otro le registra la ropa y se echa á paseo con el reloj porque anda y con la cartera aunque no ande. Y en seguida el almuerzo, donde los supernumerarios reparten

sus piropos y chicoleos entre mi hija y la sirvienta de la casa.

Así llevo un mes, frito, hermano mío, y curado de veraneo para toda mi vida. Pasado mañana emprendo la fuga y te pido me esperes con la casa barrida y con coches en la estación. Y desde luego quedas autorizado para hacerme apalear si me oyes hablar en lo sucesivo de salir á veranear.

Hasta luego, mi querido hermano."

Febrero 29 de 1904

LOS CIGARROS DE PIKA-CHAMIKO

(CUENTO JAPONÉS)

Cuando un oyente aplaude en un teatro, tiene la pena de oir, frecuentemente, la repetición de lo que ha aplaudido. Casi del mismo modo, como gustara un cuento japonés titulado "La fonda de Toki-toki" que traduje de una revista inglesa y publiqué no hace mucho en este diario, los aplausos de los lectores tienen el castigo de que ahora les traduzca un segundo cuento. Ahí va: lleva el título que he puesto más arriba.

"Pika-chamiko estaba pobre. Pika-chamiko ansiaba, como la generalidad de los hijos de Buda, tener una buena suma de yens en el bolsillo; pero, entre tanto, sólo poseía una pequeña heredad al

pie de las montañas de Fusi-yama, en la cual cultivaba tabaco y hacía cigarrillos.

Pero los cigarrillos de Pika-chamiko eran tan malos que hacían estornudar horriblemente á los desgraciados hijos de Buda y les daban el tabardillo, y hé aquí que nadie compraba los cigarrillos de Pika-chamiko. El infortunado salía entónces á la calle á ofrecer gratis su mercancía, pero los transeúntes huían al verlo, exclamando alarmados:

—¡Fu-ñin-ghe! ¡fu-ñin-ghe!—lo que en japonés quiere decir: "¡prefiero la muerte, prefiero morir!"

Pika-chamiko se desesperaba, se mesaba los cabellos y se rasgaba las vestiduras de papel, y no se daba á los diablos porque en el Imperio del Sol Levante no existen los diablos, pero en cambio se daba á los rusos, lo que viene á ser lo mismo.

Un día que Pika-chamiko asesinó á dos inocentes extranjeros con un solo cigarro puro, se puso á meditar sobre las ruinas de su cigarrería y se dijo:

—Yo no puedo hacer fortuna porque no puedo vender mis cigarros, y no puedo vender mis cigarros porque éstos dan la muerte á los hijos de Buda y aún á los que no son sus hijos. No me quedan más que dos caminos: ó mejoro mis cigarros, ó busco otro negocio: lo primero es imposible, porque el tabaco no da para más: y lo segundo también es imposible, porque no doy para más yo. ¿Qué hacer?

En esos momentos pasó por la puerta un mendigo y pidió limosna, y Pika-chamiko no le dió un solo sen pero tampoco le dió cigarros, y Buda le premió esta buena acción inspirándole una idea feliz. Pika-chamiko se dió una palmada en la fren-

te y otra en el bolsillo, que sonaron á hueco, y exclamó:

—¡Estoy salvado! Estoy salvado!...Si yo ofreciera á cada uno de los cuarenta y cuatro millones de los hijos de Buda un paquete de cigarrillos en cambio de un solo sen, seguramente me molerían á palos, no me darían ni un sen y yo me quedaría sin dinero ni para tomar mi acostumbrada sopa de camarones en cerveza. Pero si yo fuera miembro de la Cámara de Representantes, haría dictar una ley que obligara á todos los hombres á fumar mis cigarrillos y así labraría mi fortuna. Debo, pues, hacerme elegir representante.

En seguida Pika-chamiko gastó el resto de sus yens en hacer imprimir carteles que se repartieron por todo el distrito y en que se decía: "Prevengo á todos los electores que si en las próximas votaciones no me eligen representante, me fumaré en la plaza pública una cachimba de diez quintales de capacidad, cargada con mi tabaco, y ahumaré toda la ciudad."

Y Pika-chamiko fué elegido.

Pika-chamiko llegó á la Cámara, bien provisto de sus cigarros, y en la primera sesión dijo:

—Oidme, seiyukuay (liberales); oídme, kenseihontos (progresistas); oídme teikokuntos (imperialistas); oídme todos: quiero que me aprobéis el siguiente proyecto de ley:

"Se grava la internación de tabaco, cigarros y cigarrillos extranjeros con un impuesto de 50 yens por cada kilo."

Los representantes protestaron enfurecidos ante la perspectiva de tener que dejar el vicio, ó pagarlo horriblemente caro ó fumar los cigarros de su colega; y dijeron que jamás aprobarían seme-

jante iniquidad y rogaron á Buda que aniquilara al malvado. Entonces dijo Pika-chamiko:

—¿Os negáis, pues, oh luminarias apagadas, á proteger la industria de los cigarreros nacionales y preferís á los extranjeros malditos de Buda?

—Nos negamos, nos negamos—contestaron varios; pero el pueblo que asistía á las galerías aplaudió las palabras de protección pronunciadas por Pika-chamiko y gruñó contra los que se resistían y éstos se alarmaron.

—¿Os negáis, candeleros sin lumbre—continuó Pika-chamiko—á apoyar á los descendientes del Sol Levante contra los réprobos del Poniente?

—Nos negamos—dijeron algunos, pero ya muy pocos.

—Entonces, ahí tenéis el castigo.

Dijo y tiró al medio de la sala varios cigarros encendidos.

E inmediatamente todos los representantes, así los seiyukuay como los kenseihontos, tanto los teikokuntos como los toka-pitos ó independientes, apretándose las narices y la boca, clamaron á grandes voces:

—¡Basta, basta! Por piedad! Por compasión! Aprobamos el proyecto! Aprobado, aprobado!

Y se aprobó el impuesto y todos los fumadores incorregibles tuvieron que fumar los cigarros de Pika-chamiko, y muchos morían y por todo el imperio no se oía más que un solo clamor: *¡Fu-ñin-ghe! ¡Fu-ñin-ghe!*

Pero Pika-chamiko engordaba que daba envidia, y puso cigarrerías por todas partes y amontonaba millares y millares de yens cada semana.

Y todos tuvieron envidia de Pika-chamiko, y todos imitaron su ejemplo: los refinadores de azú-

car, y los fabricantes de calzado, y los que hacen corsees para las hijas de Buda, y los que fabrican fósforos, y los que hacen jamones y los que hacen ataúdes.

Pero ha sobrevenido en el imperio una gran preocupación: todos los hijos de Buda ven protegida la industria nacional, pero no saben explicarse por qué todo sale mucho más caro que antes y por qué todo resulta *fu-ñin-ghe*. Y con esta preocupación los benditos del Sol Levante han perdido la camisa y el sueño, aunque les ha crecido el apetito."

Es traducción fiel del original, de que doy fe.

7 de Marzo de 2904.

LOS ARRENDATARIOS

ME resisto tenazmente y con todas las energías de mi alma á escribir sobre la crisis ministerial: ¿por qué no habían de obligarme también á escribir sobre las estaciones del año, sobre los meses y las semanas, sobre la sucesión de las horas, y sobre otros sucesos tan atrozmente vulgares y repetidos?

Pero ¿cómo deslizarme de ése que es el tema obligado del día al de los arrendatarios, que es el más fresco que hay ahora para mí? Pues haré lo de aquel predicador que en toda su vida no había logrado hacer más que un discurso, muy mediocre, sobre la confesión; un día su prelado lo obligó á pronunciar un panegírico sobre San José, y hé aquí cómo salió del paso:

"Hermanos míos—comenzó diciendo—: la Iglesia Católica celebra hoy la fiesta del glorioso patriarca San José, que de simple carpintero pasó á ser santo de primera línea. Siendo carpintero, es natural que hiciera confesionarios. Y á propósito de confesionarios: la confesión, hermanos mios..."

Y en seguida espetó su viejo y único discurso sobre la confesión. Pues, parodiando á ese predicador, comenzaré yo diciendo:

«Nada hay más inestable y expuesto á caídas que los gabinetes chilenos, y forman violento contraste con los arrendatarios, los cuales, antes de la vigencia del Código de Procedimiento, eran inamovibles y no había modo de mandarlos cambiar...si es que había zorzales capaces de dar algo en cambio de ellos.»

¿Y por qué se me ha ocurrido hoy este tema? Simplemente porque estoy de mudanza (de casa, no de dientes ni de la voz) y esto me hace recordar lo que me ocurrió en la mudanza precedente.

Había tomado entonces una casa que me convenía mucho: el propietario me convenía á mí y yo convenía al propietario, y por este lado nos fué fácil entendernos; pero por el otro lado estaba el arrendatario de aquella casa.

Ese arrendatario era un tigre. Ocupaba la propiedad desde hacía seis meses; había pagado los dos primeros adelantados, y los otros cuatro ni adelantados ni atrasados. El propietario estaba furioso y solía exclamar desesperado:

—¡Este hombre me carga!...

—¡Qué injusticia tan enorme! —decía el otro.— Mi casero dice que yo lo cargo, mientras que está á la vista que él es el que me carga...en cuenta lo que no le pago.

El propietario le había mandado una nube de cobradores y le hacía llover notificaciones y peticiones de la casa; pero el arrendatario tomaba para esa clase de nubarrones y lluvias un paraguas completamente impermeable: se hacía el sordo ó salía al campo...

Al fin el patrón recurrió á la justicia: pidió el lanzamiento del detestable inquilino. Los receptores desfilaron llamando á la puerta, para oír contestaciones como éstas:

—El caballero no está. — Anda en Valdivia.— Tomó el vapor para Iquique. — Se encuentra en Mendoza.—Va navegando para Juan Fernández. —Todavía no vuelve de Europa.

¿Qué hacer con un individuo que estaba en todas las partes del mundo al mismo tiempo? Pues para eso son los cedulones.

Creo que de estos cedulones le dejarían por lo menos unas dos docenas, pero aquello era lo mismo que matar zancudos á balazos; el hombre se dejaba cedulear con más tranquilidad que si le estuvieran mandando pasteles de regalo...y no aflojaba un pelo y seguía firme en la casa. ¡Qué bueno para Ministro interpelado habría sido aquel gallo!

Hubo que recurrir á los medios enérgicos: á petición del propietario, el juez despachó las órdenes del caso y la policía llegó una tarde armada de todas armas á arrojar de la concha á aquella ostra recalcitrante. Pero contra los medios enérgicos hay remedios heroicos: la esposa de aquella lapa salió rápidamente en coche y llegó como una bala, derribando porteros y secretarios, hasta la presencia del juez.

—¡Señor!... ¡señor!... ¡qué crueldad tan inaudita! Mi hogar despedazado; mis hijos desesperados y bañados en lágrimas; mi esposo moribundo: y la policía nos arroja. ¿No hay caridad para un hombre que se muere? ¿no hay piedad para una madre acongojada? ¿no hay compasión para unos pequeñuelos echados á la calle en el rigor del in-

vierno? ¿se ha concluido la conmiseración sobre la tierra?

El juez se conmovió profundamente, lloró abundantes lágrimas sobre tanta desdicha, dió órdenes inmediatas y perentorias de suspender al punto el lanzamiento, y salió á la calle á distraer la honda afectación que le había producido el incidente. Y al salir á la calle, la primera persona que encontró fué el esposo moribundo, que fumaba un excelente cigarro puro y se entretenía en cortejar á una dama que pasaba.

El propietario estaba en el colmo del furor.— Este es un clavo jemal — decía — ¡pero no me la ha de ganar! tengo un saca-clavos irresistible!

Y al día siguiente, aprovechando un momento de ausencia del arrendatario, fué con carpinteros y albañiles á la casa y le sacó una parte del techo: las mejores piezas quedaban inhabitables, por causa de la lluvia que caía abundante y francamente en ellas. Pues el arrendatario no desperdició la oportunidad: arrancó las tablas del piso, removió el suelo y plantó una hortaliza de rulo, según decía, para aprovechar el riego celestial.

No desmayó por eso el propietario. Otro día fué á la casa y le hizo sacar la puerta de calle: en la noche entraron algunos rateros y se robaron una jaula de cañas con una tenca que contenía. El arrendatario cobró daños y perjuicios y los hizo pagar á aquél, pero convirtió la tenca en canario fino hamburgués y en jaula de lujo la de cañas roñosas.

El pobre casero estaba ya desesperado, loco. Al fin se encaró con el inquilino y le dijo:

—Por su madre, váyase Ud. y le perdono todos los meses que me debe.

—Es poco—respondió flemáticamente el arrendatario.

—¡Le doy doscientos pesos encima!

—Quinientos, si quiere; ni un centavo menos.

Le dió los quinientos y así logró que se mudara, pero el muy gallo, al despedirse, todavía se llevó las lámparas y, al entregar las llaves, pidió cigarros y fósforos al propietario.

Despues de todo esto, es claro que ya no pude ocupar la casa y el dueño tuvo que gastar muchos cientos de pesos en reparar el techo, las puertas, los pisos y el papel y en dejar decentes las habitaciones.

Algún bien, pues, nos ha traído el Código de Procedimiento, con el cual se acabaron ya los arrendatarios de esa categoría.

11 de Abril de 1904.

LAS SIRVIENTAS

Hay un refrán que dice: "Si quieres ser bien servido, sírvete tú mismo"; y pocos refranes encierran una verdad mayor. El día en que se haya dominado completamente la electricidad y se la pueda utilizar á precio económico en todos los quehaceres domésticos, será el día de la gran emancipación, de la verdadera libertad, y en que la humanidad entera podrá cantar á todo pulmón: *Ha cesado*, etc.

En estos últimos días ha habido necesidad, en casa, de una sirvienta, y recurrimos á las agencias de empleos para que nos la subministraran: ¡que desfilar de tipos raros! ¡qué serie interminable de inutilidades pretensiosas!

Desde luego, había un rasgo común en todas las mujeres que pasaban en revista: el moño. No había una sola que no lo tuviera, más grande ó más pequeño, más ó menos torcido; todo podrá faltarles pero el moño jamás; todo pueden tolerarlo, menos que les bajen el moño. Sin embargo, sirve de algo; por él se puede conocer el carácter de la que lo lleva: moño parado, significa

caracter altanero, atrevimiento, insolencia; moño aplastado, disimulo, hipocresía; moño adelante, desafío, como una lanza en ristre; moño atrás, resolución, la que lo lleva se ha echado el alma á la espalda.

Otra cosa acompaña casi indefectiblemente al moño: el desaseo. Un extranjero que hubiera visto desfilar aquella serie de aspirantas á "empleadas" se habría formado la idea de que en esta ciudad no se conoce el agua y de que Peñuelas y el mar son cosas pintadas.

De entre las muchas candidatas que se presentaron hay algunas que merecen especial recuerdo.

Una de ellas había respondido más o menos satisfactoriamente al interrogatorio de la dueña de casa y estaba á punto de tomarla cuando se le ocurrió preguntarle:

—¿Es Ud. soltera...casada...viuda?

La muchacha hizo un mohín silencioso y después dijo displicentemente:

—Según...

Otra satisfizo todas las preguntas y presentó recomendaciones. Fué admitida al servicio. En la misma tarde rompió tres platos y dos copas y en la noche desapareció para siempre, como esos cometas de órbita infinita, pero no sin haberse robado un mantel. Y gracias que supo medirse.

Una tercera venía del campo: tenía aspecto de mujer buena, honrada; parecía aseada y útil. Quedó aceptada para el servicio y no se mostraba muy torpe, pero luego se manifestó como una verdadera calamidad para dar un "recado".

Así un día se le ordenó que fuera á la botica á comprar quinina, y llegó allá pidiendo *tusa*: es claro que no halló tal medicamento. Ahora ¿cómo

pudo transformar aquella palabra en la otra? Ella misma lo explicó: no conocía la palabra *quinina* y se fué por el camino repitiendo "*quilina, quilina, quilina*"; pronto olvidó aun esto y al llegar á la botica conservaba una idea vaga de que iba á comprar algo como pelo de caballo y entonces pidió "tusa".

Otro día le dije.—"Anda á casa de Fulano de Tal y le dices que tenga la bondad de venir á acompañarme á comer, y díle también que si no viene me siento." ¿Imaginan Uds. cómo trasmitió el mensaje? Pues en la siguiente forma:

—Manda decir el caballero que tenga muy buenos días y que cómo está y que le haga el favor de ir á comer, y dijo que si acaso Ud. no iba, *que se sentaba.*

Otra llegó dándose unos humos que con poco más se asfixia y con tales aires que casi nos vuela á todos: parecía ser por lo menos comendadora de la legión de honor de las criadas.

—¿Trae Ud. recomendación?—le preguntó mi mujer.

—Todas las que quiera, señorita.

—¿Y dónde ha servido?

—En casa de D. Fulano, donde estuve seis años; donde D.ª Mengana, siete años; donde los Sutanos, cuatro; y últimamente en casa de D. Perengano, ocho.

—¿Y qué edad tiene Ud?

—Veintidós años, señorita.

—Seis años más siete, son trece; más cuatro, son diecisiete; más ocho, veinticinco; y Ud. tiene veintidós: es decir que empezó á servir tres años antes de nacer. La felicito, pero no me conviene una sirvienta tan excesivamente servidora.

Pero pocos tipos recuerdo más curiosos que el de una antigua criada, no mala ni mal parecida, que, merced á algunos ahorrillos y, sobre todo, merced á su matrimonio con un "abastero", llegó á su vez á ser dueña de casa. Alcanzada esta posición superior, se dió el placer y se pagó el gusto de tener en su casa criadas que mandar y, en especial, de lucir que las tenía; y no perdía ocasión de "darse facha" y de desplegar su autoridad doméstica, principalmente delante de las visitas.

Un día fué á verla una antigua compañera de servicio y aquella vió una oportunidad más propicia que ninguna otra para deslumbrar á su antigua colega. A poco de haberse iniciado la conversación, la flamante dueña de casa creyó llegado el momento de hacer ver que tenía servidumbre y gritó, llamando á la criada:

—¡Goya!

—Señorita — respondió la sirvienta desde la puerta.

—¿*Tas ei*, hija?

—Sí, señorita; aquí estoy.

—Bueno, hija: *tatei*.

¿Tiene alguno de mis lectores una sirvienta honrada, aseada, trabajadora, servicial, respetuosa, que sepa tratar bien á los patrones y las visitas, que no tenga novio, ni primo ni muchos maridos, que no sea paseadora y que lo haga todo bien y á tiempo? ¿Sí, la tiene? Pues, si puede, cásese con ella, pues es criatura única en el mundo y es más que una sirvienta, más que mujer, un ángel.

18 de Abril de 1904.

COMO NOS LLEGAN

LAS NOTICIAS DE LA GUERRA

——

Estamos en Port Arthur... mejor dicho, no estamos: no debe ser muy cómoda y alegre la vida en ese puerto.

Están en Port Arthur un francés y un yankee, el primero corresponsal de un diario de París y el otro de un diario de Chicago; ambos se hospedan en el mismo hotel y ocupan piezas vecinas; el uno fuma cigarrillos turcos y el segundo pipa. Ambos acaban de levantarse, y están monologando, cada cual en su pieza y por separado.

—*C'est drôle, tout de même*—dice el francés—, pero ya me va cansando esto de que no me dejen dormir tranquilo esos malditos marinos japoneses. Yo no sé qué hacen estos poltrones rusos que no despachan siquiera una media docena de buques enemigos. Sería divertido ver si esos hijos de

Buda son tan buenos nadadores como malos artilleros.

—*By Jove!*—exclama el yankee.—Se me ha apagado mi pipa y en este maldito hotel no hay un fósforo siquiera. Si al menos estos diablos de japoneses incendiaran el edificio con unas cuantas granadas, ya podría seguir fumando mi pipa. Pero no saben más que matar chinos. En Chicago ya habríamos concluído con todo en un solo incendio.

En ese momento, un chino mal intencionado pasa por la calle arrojando piedras contra la ventana del hotel.

—Mon Dieu! ¿Al cabo se anima esto?

—¿Vendrá al fin fuego para mi pipa?

—*Ah! Non d'un tonnerre!* Maldito perro: ces sont des chinoiseries!

—¡Bien pudo haber tirado siquiera una caja de fósforos!

—Hoy no tendremos bombardeo; pero siempre será necesario mandar noticias ¡Al telégrafo!

—No hay novedades. Mañana tendrá un mal número mi diario. Vamos al cable.

Media hora después salen los siguientes despachos:

"*Temps.*— París.—Vida insoportable. Chinos apedrean edificios. Rusos tranquilos."

"*Tribune.*—Chicago.— No smoking (no puedo fumar). Puerto silencio. Chino lanza piedras hotel, inhabitable; voyme otra parte."

La escena se traslada á París, redacción de *Le Temps*, en el momento en que se recibe y se comenta el despacho del corresponsal en Port Arthur:

Director.—Esto es muy grave. El telegrama nada dice, pero hay que tomar en cuenta la censura rusa y la sagacidad del corresponsal, el cual á su vez cuenta con la sagacidad nuestra.

Un redactor.—Tiene Ud. razón. "Vida insoportable" quiere decir, sin duda, que la enorme actividad rusa lo absorbe todo y no deja campo para la labor de los civiles.

Otro redactor.—Pero eso de "chinos apedrean edificios" ¿qué quiere decir?

Director.—¡Muy claro! "Chinos" se refiere á los japoneses, por ser de la misma raza; "apedrean edificios" indiscutiblemente significa que bombardean la ciudad, y se dice en esa forma para burlar la censura. Ahora "rusos tranquilos" da idea clara de la majestuosa y sublime serenidad con que contestan al furibundo ataque de los japoneses.

Primer redactor.—Tiene Ud. muchísima razón. El telegrama queda redactado en esta forma:

"*Port Arthur, 3.*— La escuadra japonesa se presentó esta mañana nuevamente ante la rada exterior y empeñó contra la plaza un furioso bombardeo; respondieron los fuertes y la escuadra rusa con sumo vigor y energía. Las bombas japonesas llovían sobre la ciudad, en medio de los edificios, donde estallaban con gran estruendo. Los rusos han desplegado admirable serenidad y con la terrible energía de sus fuegos hicieron huir al enemigo"

Otra escena simultánea en la redacción de *The Tribune* en Chicago:

Director.—(Leyendo el despacho y dictando á

un escribiente).—"No smoking"...¡Ah! sí, *all right*, la ciudad ha sido incendiada, pero se ha extinguido el fuego. "Puerto silencio"; es claro, han sido silenciadas las baterías rusas. Lo siguiente explica el efecto del ataque: en vista de lo eficaz del bombardeo, la población china ha atacado los edificios y casas particulares. Bien, escriba Ud:

"*Port Arthur, 3.* — La escuadra de Togo ha bombardeado enérgicamente el puerto y tirando por elevación incendió la ciudad con sus granadas. El desastre ha sido horrible. Las baterías de tierra y los cañones de la escuadra rusa fueron reducidos al silencio con la excelente puntería de los artilleros japoneses.

"En el interior se extinguió por un momento el fuego, pero la parte asiática de la población, viendo la ciudad virtualmente en poder de los japoneses, se entregó al saqueo y ha arrasado con todo el vecindario.

"Port Arthur es ya inhabitable y en este momento salgo de aquí, porque me es imposible permanecer un instante más.

"Tripulaciones japonesas desembarcan para restablecer el orden."

Ahora la escena se traslada á Valparaíso. Llegan á la imprenta los siguientes telegramas:

Chicago, 4.—The Tribune publica despacho corresponsal asegura Port Arthur reducido á cenizas: escuadra rusa aniquilada; fortalezas destruídas: japoneses desembarcaron y apoderáronse puerto y toda región, y avanzan hacia el norte.

París, 4.—Le Temps inserta despacho ayer escuadra japonesa bombardeó Port Arthur, pero fuertes y flota rusa rechazáronla. Asegúrase dos

acorazados y un crucero Togo á pique. En puerto sólo seis chinos heridos."

Ahora entran en campaña los críticos chilenos á comentar esos despachos y hacer variaciones sobre esos temas.

Y entre tanto el chino que tiró aquellas pedradas en Port Arthur no puede imaginarse que se ha convertido en escuadra japonesa.

16 de Mayo de '904.

EN QUINCE MINUTOS

No son los grandes acontecimientos, las calamidades terribles, los supremos dolores, los que hacen desgraciada una vida: la desgracia prefiere tejer alrededor nuestro una tela de araña, y así, con hilos impalpables, con pequeñas punzadas de alfiler, labra nuestra desventura y nos hace miserables y desdichados: así lo creo desde una pequeña serie de minúsculos acontecimientos de que he sido víctima últimamente.

Había salido á la calle creyendo en el buen tiempo. Sólo yo tuve la culpa, pues no consideré que en materia de tiempo y de Ministerios nada hay estable ni seguro. Luego comenzó á caer una lluviecita muy finita, muy finita, y mi sombrero empezó á tomar un aspecto realmente lastimoso.

Parece mentira, pero espero que me crean sobre mi palabra: andaba con plata en el bolsillo. Aproveché la calva ocasión y entré en una tienda, donde pedí armas contra la llovizna. Sin duda los empleados conocieron mi natural sencillo y el extraordinario estado de mi bolsillo, porque pronto

tuvieron desplegada ante mis asombrados ojos una serie interminable de paraguas, chanclos ó impermeables.

Rehusé los impermeables porque tuve intuición de que se pasaban fácilmente y también porque no me alcanzaba la plata, y preferí las otras dos especies. Pero aquí vino *l'embarras du choix:* ¿qué paraguas escogería? ¿cuáles eran los mejores? ¿qué color debía preferir? Afortunadamente, un empleado que parecía muy atento me tomó bajo su protección y me dijo:

—Dadas las proporciones de Ud., lo que le conviene es este paraguas de dieciséis varillas, pura seda, garantido; se abre y se cierra automáticamente: es el mejor que tenemos y la última moda. Por ser a Ud. (no me había visto nunca), se lo dejaremos en $ 16.

—¡Caramba! Un peso por varilla!

—Ni más, ni menos, señor; y es barato, porque le sale gratis el mango, la seda y la funda.

Siguió hablando tanto que me dejó convencido: compré el paraguas y también unos zapatones que me dejó sobre barato en $ 14. Total, treinta. ¡Cuanto peso se me cayó, no del alma, sino de la cartera! Me calcé allí mismo los chanclos, desplegué el paraguas y... no pude salir, y tuve que cerrarlo, porque el susodicho paraguas no cabía por la puerta. Lástima me daba sacar á mojarse un paraguas tan nuevo y tan bonito: pero tuve que resignarme.

En la calle, á la luz, ví que el de las dieciséis varillas tenía un hermosísimo color violeta y un tamaño tal que sobresalía como medio metro hacia fuera de la acera; además la luz, tamizándose á través de la seda, me caía en el sobretodo y le trasmi-

tía su hermoso color violado. Iba contentísimo con la compra, pues el paraguas me cubría holgadamente y hasta sobraba sitio para mi familia, cuando un amigo pasó á mi lado diciéndome:

—¡Déme la bendición Su Señoría Ilustrísima!

—¿Por qué me dices eso?

—Porque pareces un obispo, por el color.

Era verdad y lo comprobé en el espejo de una tienda: el color del paraguas y el que éste proyectaba en mi ropa me daba un aspecto episcopal bien caracterizado. No me hizo gracia el descubrimiento y comencé á mirar el paraguas con cierta ojeriza.

No había andado cincuenta pasos cuando me atajó otro amigo para decirme, por la espalda:

—Veo que haces progresos. ¡Te felicito!

—¿Qué quieres decirme?

—Que te has vuelto «hombre sandwich» y pasas á ser un tipo apetitoso.

—No te entiendo.

—Pues mira tu paraguas.

Hice girar aquella mole y descubrí ¡qué horror! en una de las varillas una hoja de latón pintado, en cuyas dos caras se leía el nombre de un té muy anunciado: las dimensiones poco vulgares de mi paraguas hicieron que arrancara aquella muestra del farol en que estaba colgada y me la llevara conmigo.

Anduve otros pocos metros mirando atentamente y haciendo girar el paraguas por si llevaba otro aviso, y de súbito sentí en el pecho una bofetada, ví entre estrellas una mano enorme que se alejaba de mí, divisé un rostro irritado y luego me sentí remecido de un brazo, mientras una voz

muy dura y con acento inglés me gritaba con gran energía:

—No se debe salir nunca á la calle en esa condición, reventando los ojos de los transeúntes. Ese no es un paraguas ¿comprende? ¡ése es un buque de vela!

No hallé qué responder y traté de alejarme más que de prisa, pero cuidando de no tropezar con nadie. Yendo así, nos cruzamos con otro transeúnte, también de paraguas pero moderado, quien para no chocar conmigo, se inclinó y trató de pasar por debajo de aquel maldito aparato que acababa yo de comprar; para secundar la operación, levanté mi paraguas, mas con tan mala suerte que, sin fijarme, apreté el resorte y el maldito se cerró inmediatamente, pero una de sus largas varillas penetró en la tela del del otro transeúnte y le hizo un rasgón de media vara.

Púsose el otro furioso y me exigió paga; propuse como transacción darle mi paraguas en cambio del suyo, pero apenas se lo propuse me miró con horror y huyó á toda prisa.

Seguí mi camino. Pasaba en esos momentos por una vereda de loza, en que la llovizna había formado un lodo que parecía de jabón. Yo andaba atento á mi paraguas y no advertí el peligro: de repente... ¡tsiiin paan!...se me fueron los pies en la loza, gracias á los chanclos nuevos, y caí como los héroes de la Ilíada, por el temeroso ruido que sobre mí hicieron las dieciséis varillas. Quedé en el suelo hecho un montón, pero cubierto por el paraguas.

La vergüenza de la caída, la risa de los transeúntes, el dolor moral del desastre y el material que sentía en el sitio en que se reciben los punta-

piés, y el lodo de que quedé cubierto, me inspiraron una profunda lástima de mí mismo y no pude menos de exclamar: ¡Dios mío, Dios mío: qué desgraciado soy!

Me quitaron el paraguas de encima, me levanté como pude y recogiendo aquella terrible prenda eché á correr, ya ciego de ira y de vergüenza. En medio de la carrera sentí un alarido, luego rumor de voces y gritos, en seguida carreras precipitadas, hasta que unas cuantas manos me detuvieron. Miré hacia atras y ví la terrible huella que venía dejando. En medio de mi fuga desatentada y ciega, arrebaté el moño á una señora, y de la puerta de una tienda una colcha y varias piezas de encajes. La señora chillaba enfurecida, y con razón, pues reclamaba un moño perfectamente suyo y que le había costado su dinero y cuya ausencia le dejaba la cabeza á la intemperie. Se arregló el estropicio de cualquier modo, tuve que pagar la colcha y los encajes embarrados; pero no se arregló la rechifla con que me saludó una turba de pilluelos, que me gritaban:

—¡Viva Santos Dumont! ¡Viva la navegación aérea! ¡Este caballero va á volar!

Por fortuna ví venir un carro. Tomé vuelo, me lancé al tranvía para escapar de la turba y de un salto trepé á la plataforma... ¡Ay Dios mío! ¡Qué día tan amargo! ¡Qué desdichado era! Yo salté, no hay duda, y cupe muy bien en la plataforma, pero no así el paraguas, que atajándose por un lado en el pasamanos de la escalerilla y por otro en los fierros de la palanca posterior, resistió, me tiró hacia atrás y me arrastró á caer de espaldas en el suelo. Por fortuna, caí dentro del paraguas y éste

quedó flotando en un pantano de lodo, conmigo á bordo.

Otra vez la turba de pilluelos me saludó con sus aplausos, gritando frenéticamente:

—¡Viva el bote salvavidas! ¡Hurra por el insumergible!

Me desmayé en fuerza del horror de la impresión. Sentí como entre sueños que la policía me recogía y me acomodaba en un coche; y también me dí cuenta de que trataban de introducir el paraguas en el vehículo: el terror me hizo volver en mis sentidos y grité desesperado:

—¡El paraguas nó! ¡el paraguas nó! ¡Por favor, por misericordia!

Perdí nuevamente el conocimiento y vine á recobrarlo en mi casa. Apenas volví en mí, miré azorado á todas partes, pero mi bondadosa mujer me calmó:

—Tranquilízate, hijo; no tengas miedo, no te aflijas: el paraguas no está aquí; lo dejaron en la calle.

Julio 11 de 1904.

LA CUECA FISCAL

Siguiendo el ejemplo de respetables madres de familia, otro grupo numeroso de señoras también madres, aunque no tan respetables por su condición social, ha presentado al Ministerio de Instrucción la solicitud que en seguida se copia:

"Señor Ministro: Las abajo firmadas somos madres de familia y educamos nuestras hijas, no en los liceos de señoritas, porque éstos no son para nuestra condición, sino en las escuelas primarias que sostiene el Estado.

Aunque no todas nosotras sabemos leer, algunas sí saben y éstas han contado á las demás, que han visto en los diarios una solicitud de señoras de la capital que dicen que, como sus hijas pasan poco tiempo en la casa, no pueden enseñar á éstas á bailar á domicilio y piden que se abran clases de baile en los liceos para señoritas y que se nombre profesor al Sr. Hárold Alvarado Gacitúa, persona que reúne todas las delicadas condiciones necesarias para la enseñanza de señoritas distinguidas.

Nosotras nos encontramos en el mismo caso,

Sr. Ministro, no porque nuestras hijas pasen poco tiempo en la casa, sino porque somos nosotras las que no paramos en ella. En efecto, nosotras somos lavanderas, costureras, cocineras, sirvientas de mano, empleadas de taller, ó por lo menos mujeres de nuestros respectivos maridos, es decir, uno por cada una; no se escapará á la penetración del Sr. Ministro que nuestros maridos llegan de mal humor del trabajo y con frecuencia nos pegan palizas y bofetadas, y ya comprenderá VS. que entre aquellas ocupaciones y estos golpes ¿qué tiempo va á quedarnos para enseñar á bailar á nuestras hijas?

Así, pues, éstas crecen sin conocer el baile, pues las únicas lecciones que suelen recibir son las que se dan gratis en las fondas del Dieciocho y de la Pascua, ó bien las que les damos de cuando en cuando nosotras mismas cuando se portan mal y tenemos que hacerles bailar las lanchas. No se hallan, por consiguiente, en nuestro mundo social niñas que bailen bien, sino cuando les da el baile de San Vito.

El Sr. Ministro no podrá negar la grande y benéfica influencia que el baile tiene sobre las personas y sobre la sociedad. La experiencia pone de manifiesto esos beneficios, no sólo en lo material sino también en lo moral. Así hemos podido notar nosotras mismas que las personas que bailan nunca son tullidas, lo que prueba la importancia del baile para el organismo físico. Y á nuestros patrones hemos oído decir que los mejores hombres públicos son aquellos que "al son que les tocan bailan": ¿y cómo pueden nuestras hijas, sin saber bailar, aspirar á ser útiles esposas de hombres públicos?

Venimos en pedir, pues, señor Ministro, lo mismo que piden las señoras madres de señoritas distinguidas, en la solicitud á que nos referimos; y aun tenemos mejor derecho para pedirlo, porque somos más madres que ellas, á lo menos tenemos más hijos, pues la que menos tiene un grimillón. En el peor caso, tenemos igual derecho, pues tambien somos chilenas, aunque algunos nos quitan la sílaba *le*.

Pero nuestras ambiciones son modestas y no daben asustar á VS., si es que VS. puede asustarse de algo siendo Ministro. Nosotras no pedimos ni el vals, ni la polka, ni la mazurka, ni la cuadrilla, ni los lanceros, ni el "pas de patineurs", ni la "kreutz-polka", ni el "pas de quatre", porque como nosotras no hablamos más idioma que el chileno ¡y eso! no entenderíamos nunca esos bailes, que quedan reservados para las señoritas distinguidas.

Nos contentamos con mucho menos y como somos patriotas sólo aspiramos á que el señor Ministro nos conceda la institución de la cueca fiscal en las escuelas primarias. ¡La cueca! nada más que la cueca, pero también nada menos! La simple cueca queremos, sin adorno alguno, si no es el ¡huifa! el tamboreo y el ¡aro!

Y á propósito: nos parece que el caballero que las señoras madres de señoritas distinguidas piden para profesor de baile debe ser también un excelente profesor de cueca fiscal; á lo menos su nombre lo dice: Hárold Alvarado Gacitúa. ¡Hárold! ya nos parece verlo parando una cueca en mitad de un pie.

Muy consolador y grato espectáculo sería, Sr. Ministro, el que ofrecerían entonces las escuelas

primarias en que se educan nuestras hijas. El preceptor de la escuela número 1, por ejemplo, iría con todos sus alumnos á la escuela número 1 de niñas, y allí con la ayuda de un piano fiscal ó una banda de músicos, el preceptor se trenzaría con la preceptora y cada niño con una niña y se armaría una cueca madre, de cien parejas á un tiempo, mientras los ayudantes y ayudantas tamboreaban y hacían ¡huifa! huifa! y un coro de niños y niñas cantaría la cueca, más ó menos por este estilo:

¡Cómo pueden los Ministros
Renunciar á sus carteras,
Si pueden pasar el tiempo
Bailando cueca en la escuela!

El amor de las mujeres
Es como los Ministerios,
Porque en llegando una crisis
Se los lleva que da miedo.

Un preceptor un día
Muy triste estaba
Y una preceptorcita
Así cantaba:
Así cantaba, sí,
"No sea arizco,
Venga á bailar la cueca,
Cueca del Fisco."
Cierto y muy cierto fué
Y al otro pie.

Y en mitad del otro pie, aparecería el señor visitador de escuelas y lanzaría un ¡aro! bien entu-

siasta, aunque más no fuera con un vaso de agua potable en la mano, y entraría á corregir los defectos del baile y á dar gracia y animación á los movimientos.

Esperamos, Sr. Ministro, que se sirva acceder á lo solicitado.—Margarita Espinosa de Cerda, Aurora Moreno, Rosa Clavel de Tapia, Clara Castaño, Primitiva Arena de Ríos, Blanca Pardo, Zoila Arena de Canales, Modesta Cordero Bravo, Ramona Carmona de Monardes, Jesús Correa de Zapata, Lucía Toro de Mercado, Clemencia León de Plaza, Luz Fuentes de Barros, Marina Olea de Cuadros» (siguen siete mil firmas).

NOTA —Redactó esta solicitud José Pérez, maestro de cueca, siguiendo las indicaciones de las firmantes.

19 de Agosto de 1904.

¡ABLANDADO!...

"Fuera de los valiosos servicios que de ordinario presta el dinero, hay uno que nunca será bastante apreciado: es su fuerza de presencia, las maravillas que obra en cuanto se muestra á la vista de los hombres."

Así me decía ayer un antiguo conocido, hijo y nieto de beneméritos oficiales de caballería, y muy conocido en esta ciudad por su destreza en la esgrima: sus golpes gozan de la fama de no tener barajo posible. Y luego me hacía la siguiente relación para comprobar la tesis sentada en aquellas palabras:

Una noche un amigo que tenía que hacer una excursión por un arrabal peligroso me pidió que le guardara un billete de cien pesos...

—¡Qué imprudencia!—exclamé, interrumpiendo al narrador.

—No tanto — replicó—. En primer lugar, mi amigo se hizo la reflexión de que en la excursión podían robarle los cien pesos, y en tal caso era preferible confiármelos á mí. En segundo lugar, yo tengo mi moral...

—¿De veras?

—Sin duda alguna. Si alguien me presta dinero, no hago mal en no pagárselo, porque el prestador incurre en temeridad manifiesta y esto merece un castigo; si otro alguien me fía artículos de consumo, tampoco es malo no pagarle el valor, pues se supone fundadamente que el que abre tales créditos da lo que le sobra. Pero si me dan á guardar dinero, uso de una honradez y delicadeza infinitas y no tocaría el depósito por nada del mundo...á no ser un caso de apuro. Y prosigo mi relato.

Prometí al amigo guardarle el billete como una reliquia y le dí las gracias por la confianza y por las horas de felicidad que iba á proporcionarme.

Hacía días que no comía: entré en un restaurant de tercera clase, pedí un *beefsteak*, jamón y media botella de vino y, hecho el consumo, pedí la cuenta con facha.

—Un peso noventa—me dijo el mozo.

Alargué el billete de cien pesos; el mozo lo miró con estupor, fué á la cantina y volvió diciendo:

—No tenemos sencillo, señor.

—Entonces pasaré más tarde á pagar la cuenta.

—Perfectamente, señor: cuando guste, señor: no se apure, señor.—Y con mil genuflexiones me acompañó hasta la puerta.

He ahí una primera maravilla obrada por la sola presencia del dinero. En la calle ví, en una vidriera, que tenía el pelo y la barba muy largos, y entré al punto en una peluquería modesta, donde me sirvieron pasablemente, y al pagar los ochenta centavos se repitió la misma escena y el mismo diálogo: no había sencillo suficiente para darme la vuelta del billete: quedé de volver otro día...

Mi ropa no estaba en mal estado: pero ya los zapatos comenzaban á reirse de mí. Entré en una zapatería distante del centro; compré...vamos al decir...compré calzado de regular calidad, de valor de trece pesos, y como no había sencillo, dejé allí los zapatos viejos y prometí volver un día ú otro...

Poco más tarde fuí al teatro á una tanda, y como llegué de los primeros y antes de que hubiera mucho dinero en caja, me dieron la entrada á crédito diciéndome que á la salida podría pagar... ¡Seguramente!

Y como había comido àquel *beefsteak* y aquel trozo de jamón, tuve sueño y en un hotel me dieron cama, siempre con mucha amabilidad y dándome disculpas por la falta de sencillo y que yo pasaría otro día cualquiera.

Es inútil que entre en detalles. Viví diez días en la más amable y risueña abundancia—pues mi amigo, después de aquella excursión, tuvo que hacer un viaje repentino y el billete siguió en depósito. Viajé en carro y en coche á todas horas del día, comía frugalmente, pero varias veces al día, para no subir de un par de pesos en cada ocasión; dormía como un hombre de buena conciencia; engordé; me proveí de ropa nueva; fumé cigarros puros y fuí un *dandy* perfecto, envidiado de los hombres y sonreído de las mujeres. Tomé sí la precaución de no entrar á hacer mis *compras* y provisiones dos veces en un mismo establecimiento. Pero como al fin ya recorrí todos los hoteles, *restaurants* y *bares* de la ciudad, hube de volver dos veces más al primer restaurant, al del primer *beesfteak* y jamón.

En la tercera vez hice, como siempre, un con-

sumo modesto: dos pesos más ó menos; pero cuando saqué como de costumbre los cien pesos para amenazar que pagaría la cuenta, el mozo me pescó al vuelo el billete, huyó al interior y volvió en seguida:

—Tres *lunchs* á dos pesos cada uno, término medio, son seis pesos: aquí tiene el resto: noventa y cuatro pesos. ¡Ya se le echó á perder la treta, patrón!

Quedé como si me hubiera caído encima un rayo: la infidelidad con el amigo, la pérdida de la fuerza de presencia del billete, mi bienestar destruído...todo esto me anonadó, me aniquiló y supe entonces la profunda pena que encierra esa frase usual: «ablandar un billete»

Rogué, supliqué al mozo, le lloré, pero se mantuvo inflexible. Entonces, como acudieran algunos curiosos, recurrí á la indignación y le grité enfurecido:

—¡Miserable! Devuélveme ese billete!

—No, patrón: ya sabemos la treta; es Ud. muy conocido!

—Si no me lo entregas, te levanto la tapa de los sesos...

E hice ademan de llevar la mano derecha al bolsillo posterior de los pantalones, como para sacar el revólver. Algunos de los curiosos retrocedieron asustados gritando ¡sujétenlo! pero el mozo, sin inmutarse y mirándome socarronamente, me dijo sonriendo:

—Es muy capaz de sacar el boleto de empeño del revólver.

Huí, huí, entre las rechiflas generales, y para colmo de desgracias me topé de repente en la calle, en medio de la fuga, á mi amigo el propieta-

rio del billete de los cien pesos. Sentí terror, pero dominándome fuí franco é hidalgo con él: le conté todo y le devolví los noventa y cuatro restantes, pidiéndole perdón...

—Se pondría furioso...

—Pues, hombre, vea lo que son las cosas: en vez de enojarse, se sonrió ante mi relato, y dándome en seguida veinte pesos, me dijo:

—Es tu parte en las ganancias.

—¡Hombre generoso! – exclamé.—Pero ¿cómo? ¡no te entiendo!

—Es muy sencillo: el billete era falsificado. Te lo confié...para que lo echaras á correr...

17 de Octubre de 1904.

EL GOLPE DECISIVO

—¡Antonia!

—¿Qué deseas, hijo?

—Oye, esta tarde tengo que hablar en la Cámara de Diputados...

—¡Pero, Pepe, por Dios, tanto trabajo!...

—¡Qué quieres, mujer! Ya sabes tú que la cuestión económica debe preocupar á todos los hombres inteligentes, patriotas....Además, como tú comprendes...si nos callamos los que tenemos autoridad para hablar...los que tenemos alguna preparación...queda el campo libre á los ignorantes... Los amigos me exigen que conteste al discurso conversionista de Juan y Pedro...y esperan que mi palabra decida la cuestión...será el golpe decisivo...

—Insisto, entonces, en lo que comencé á decirte: me aflige verte en tanto trabajo...inútil...Bueno, y ¿qué deseabas?

—Que te lleves los niños al último patio y no permitas que nadie me interrumpa.

—Está bien.

El señor diputado se queda solo y empieza á monologar y á desarrollar, por escrito, su futuro discurso.

—Convendrá empezar por un golpe de efecto, con alguna ironía y mirando con desdén á los adversarios. Así, por ejemplo:

«Confieso con franqueza, señor Presidente, que no he acertado á darme cuenta cabal de los argumentos con que han apoyado su tesis los honorables colegas que me han precedido en el uso de la palabra; y estoy dispuesto á reconocer que talvez esos argumentos son tan elevados y tan profundos que se escapan á mi penetración y están muy por encima de mi modesta preparación en estas materias.

«Con todo, me he decidido á entrar en este debate por el atractivo que para mí tienen las cuestiones económicas. Desde niño, Sr. Presidente, me he dedicado á ellas: primeramente con un estudio atento de la aritmética y otros ramos de las matemáticas; en seguida con la lectura de los grandes economistas y por fin con el examen incesante de las finanzas...»

—¿Puedo entrar, señor?

—¡No permito interrupciones, señor diputado!

—Si soy yo, señor...la lavandera.

—¡Caramba! ¿Qué quería?

—Que me dé algo á cuenta del mes, señor: me debe todo el anterior y éste de ahora, que se cumple con este lavado. Son treinta y dos pesos.

—¿Pero no tiene recibido nada?

—Sí, cuatro pesos, señor.

—Entonces no le debo más que veintiséis.

—¡Ventiséis! Más, pues, señor; saque bien la cuenta: dos meses á $ 18 cada uno son $ 36; me ha dado $ 4, me queda debiendo $ 32.

—Bueno, yo no entiendo de esas cosas. Pase para adentro y arréglese con la señora.

¡Maldita interrupción! ¿Dónde iba? ¡Ah! bien; prosigo:

"Así comprenderá el Sr. Presidente con cuánta extrañeza habré oído las teorías, que no sé como calificar, de los diputados que se sientan en esos bancos sobre el rescate del papel moneda..."

¡Esto no me gusta! Parece que dijera que los diputados están sentados sobre el papel moneda y no hay que dar pretexto para que se falte al respeto á este gran instrumento de crédito. Hay que cambiar la frase:

"...las teorías, que no sé cómo calificar, sobre el rescate del papel moneda de los diputados que se sientan en esos bancos"...Parece que el papel moneda fuera de los diputados, pero no importa; queda mejor que antes.

"Se nos habla de que el papel moneda es una deuda y de que se deprecia. No lo entiendo, á la verdad; no sé en qué consiste tal deuda, y ¿qué depreciación puede haber cuando hay en realidad una duplicación de capital: tanto por lo emitido y tanto por el oro que representa la emisión?...

—¡Papá, papacito!...

—¡Otra interrupción! Pero, mujer, ¿no te he dicho que tengas los niños por allá lejos?

—Pero, hijo, si no puedo contenerlos, si son terribles estos muchachos!...

—Pero, señora, si todas las madres responden como Ud., que no saben contener á sus hijos, ¡qué

generación se nos prepara! Y bien ¿qué quieres tú, Dieguito?

—Que ayer me prometió Ud. que me daría cinco centavos, y me dió en seña este botón.

—¡Estos niños no se cansan de pedir dinero! Tienen á quien salir: son hijos de madre.

—Pero, papá: si Ud. me lo prometió, quiere decir que me debe los cinco centavos...Además Ud. me los prometió porque me pidió el lápiz que yo tenía. ¡Páguemelo, papacito: no sea tramposo!

—Bueno, hijo. Y á propósito, Antonia: ¿pagó D. Juan el arriendo de la casa?

—Nó, pero dice que te dará un pagaré y asi tú duplicarás tu capital: el valor del arriendo, que son $ 50, y el pagaré que son otros $ 50.

—¡Caracoles con la duplicación! Váyanse todos y déjenme trabajar tranquilo. Continúo mi discurso:

"Todos esos errores, esos funestisimos errores provienen, hay que decirlo bien alto, hay que ser francos y enérgicos, provienen, señor Presidente, de la ignorancia absoluta que hay acerca de los papeles de crédito. Y es natural: los señores diputados no están familiarizados con estos instrumentos y signos de valor; sólo el que como yo haya crecido y vivido en el trato constante de los papeles de crédito, en su manejo de cada día, de cada momento..."

—Con su permiso, señor...

—¡Otra, con cien mil!...¡No se cayeran muertos los intrusos!...¿Qué decía?

—La cuenta del gas, señor. Son 38 metros cúbicos, á 20 centavos metro: en total, $ 7.60.

—Bien, tome Ud. un cheque...

—¿Cheque, señor? Pero si en los bancos no reciben cheques por menos de 20 pesos!...

—Bueno, ahí tiene el dinero. Adiós.

"Autorizado, pues, por una larga experiencia y con un estudio que no ha cesado un instante durante veinticuatro años, me enorgullezco de decirlo, honorable Presidente, vengo á apoyar con toda decisión y empeño el proyecto de emisión de los cincuenta millones, pero con una salvedad: que no deben ser cincuenta los que se emitan, sino..." ¿Cuántos pondré? ¿Qué cantidad de circulante necesitará el país? Cuanto más, mejor: es claro. Pero hagamos un cálculo financiero y matemático...

—¿Una palabrita, patrón?

—Esto es insoportable, señor Presidente. Su Señoría no tiene energía para cumplir el reglamento ni para refrenar á los interruptores.

—¿Me permite una palabra, patrón?

—¡Ah! la cocinera! ¿Qué quiere Ud., por Dios?

—Es que como Su Merced me encargó que le comprara pollos, le traía la razón.

—Bueno, ¿encontró?

—Sí, señor; pero son caros. Encontré nueve solamente y me los daban á razón de doce pesos la docena.

—¡Caramba! Serían gallinas! Vienen saliendo como á $ 1.20 cada uno.

—Nó, pues, patrón; si cuestan $ 12 la docena, y son nueve....

—Entonces ¿á cómo salen?

—A un peso, pues, señor. ¡Qué bueno que es para las cuentas Su Merced!

—Bien, entiéndase con la señora. Termino: "Pido, señor Presidente, una emisión de 100 millones." Con esto reviento á todos los oreros y salvo al país.

(Pues lector, en esas manos, ó mejor dicho en esas bocas está la suerte de la moneda, de la hacienda pública y de la propiedad particular.)

21 de Noviembre de 1904.

UNA POSTAL DE ACTUALIDAD

He recibido una tarjeta postal, enviada por algún amigo que oculta modestamente su nombre, y la cual tiene mucha importancia de actualidad. La postal trae las siguientes frases escritas por el remitente:

"Con esta misma fecha le ha sido enviada una tarjeta igual al Sr. Ministro dimisionario don Maximiliano Ibáñez. Aquí se ve realizado su proyecto de conversión.—*Yo.*"

En el centro de la tarjeta hay una bandera chilena; á la izquierda, de abajo á arriba, un facsímile de las monedas de oro chilenas, de 20, 10 y 5 pesos; en la parte superior, de derecha á izquierda, las monedas de plata, 1 peso, 50, 20, 10 y 5 centavos: á la derecha, de abajo arriba, las de cobre, 2 1/2, 2 y 1 centavo. Todos estos facsímiles son perfectos, pues cada moneda tiene todos los dibujos, el tamaño y el color naturales; de tal modo que dan tentaciones de recortarlas y lanzarlas al mercado: tan completa es la ilusión. Se ve, pues, la profunda ironía que encierra la últi-

ma frase copiada más arriba: "aquí se ve realizado su proyecto de conversión", pues en efecto el Gobierno va á darnos, en pago de la deuda, moneda...de papel, moneda pintada, moneda de litografía.

Otra particularidad de la tarjeta es la de que las monedas de cada clase están agrupadas de modo que parecen ir en marcha hacia arriba, á salirse del campo de la tarjeta, á subir, á perderse de vista. Es la suerte de todas las monedas metálicas chilenas en poder de nuestros Ministros de Hacienda: suben, suben tanto que al fin no logramos divisarlas. Son como las golondrinas de Becquer.

Volverá la moneda de billetes
Nuestros míseros sueldos á amenguar,
Y otra vez nos hará subir de precio
La camisa y el pan;

Pero aquellas monedas de oro y plata
Que otras veces hacíamos sonar,
Aquéllas que rompían los bolsillos...
¡Esas no volverán!

Es seguro que á estas horas, segun dice la tarjeta, ya habrá recibido y leído el Sr. Ibáñez el ejemplar que á él se le envió. ¿Habrá sentido remordimientos de conciencia á la vista de esa tarjeta? ¿no lamentará haber sido él quien abrió la compuerta á los frenéticos papeleros de la Cámara? Puede ser: el Sr. Ibáñez había sido siempre un hombre honrado, y es posible que se haya despertado su conciencia y vea ahora la gran caída á

que él precipitó al país. Bien probable es también que esté muy orgulloso de su obra, pues es muy sabido que los hombres tienen doble criterio: uno para los negocios propios y otro para los de los demás, sobre todo para la cosa pública.

Por mi parte, el efecto que me ha hecho la tarjeta ha sido sencillamente desastroso. Poner á la vista de un hombre pobre un dibujo en que con tan admirable verdad está representado un puñado de monedas, es como mostrar á un hambriento la fotografía de un gran queso ó de una gran cazuela de gallina. Apenas vi la postal, sentí la honda melancolía y la infinita nostalgia de las cosas idas; fué como si brillara antes mis ojos un efluvio de grandezas pasadas, que me deslumbró por un momento y en seguida me dejó en la más tenebrosa oscuridad; padecí una ansia anhelosa y vehemente de realizar aquello y hacerlo sonar... en el fondo de mis bolsillos; é instintivamente, pasado el primer momento de dolor, me hice la reflexión: si esas monedas fueran de verdad ¿qué cantidad tendría en mi poder? Al punto quedó hecha la cuenta en la siguiente forma:

Un cóndor de oro.....	$ 20.00
Un doblón id.....	10.00
Un escudo id.....	5.00
Un peso fuerte de plata.....	1.00
Un medio id	0.50
Una chaucha.....	0.20
Un décimo.....	0.10
Un medio décimo.....	0.05
Una ficha de cobre.....	0.02½

Una moneda id. de 2 centavos	0.02
Una id. de 1 centavo..... ..	0.01
	$ 36.90½

En total: treinta y seis pesos y noventa y medio centavos. Computando el oro según el premio que tuvo el Sábado, 12.20%, la suma subiría á $ 41.17½.

¡Pura poesía, sin embargo! El cóndor no vuela; el doblón se dobla; el escudo no sirve ni para el más apegado á las vanidades nobiliarias: el peso fuerte es demasiado suave; ninguna de las demás monedas corre; y ni siquiera la ficha sirve para irse en carro arriba!...

Pero, al fin, después de la primera impresión de dolor, una reflexión me trajo el consuelo. Los que aman, mientras no alcanzan el objeto de su amor, se contentan siquiera con la fotografía; así me consolaré yo: á falta de monedas metálicas, pondré éstas en un marco y al pie una inscripción que diga recordando el original: "¡Oh dulces prendas por mí mal halladas, dulces y alegres cuando el Sr. Ministro de Hacienda quería!"

Estaré, así, juntamente con todos los habitantes de Chile, en la misma situación de aquel borrico, al cual su amo no podía darle ningún pasto verde, pero le daba virutas; mas como el desgraciado animal se negaba á comerlas, el amo le puso anteojos verdes...y el borrico se las comió creyéndolas alfalfa.

Ese destino daré yo á mi tarjeta. En cuanto al Sr. Ibáñez, puede enviar la suya al actual Minis-

tro de Hacienda y decirle en ella, recordando los fondos de la conversión:

Los suspiros son aire y van al aire;
Las lágrimas son agua y van al mar:
Díme, Ernesto, el producto de los buques
¿Sabes tú á dónde va?

28 de Noviembre de 1904.

NOTA FINAL

Al entrar en prensa este último pliego, leo en *El Heraldo* del día 6, en una "Carta de Santiago", escrita, según me informan, por D. Roberto Huneeus, las siguientes líneas que me honran tanto más cuanto que vienen de escritor de tanta nombradía y de persona colocada en tan diverso campo y con quien no he tenido relaciones de amistad:

"A través de la nueva generación de intelectuales se destaca brillantemente la ingeniosa personalidad de don Egidio Poblete: escritor que, con la firma de Ronquillo, podrá merecer el calificativo del Mariano José de Larra de la literatura nacional. Desde los viejos tiempos de Jotabeche, y sin mas excepción que la de la breve primavera literaria de Daniel Riquelme, no habíamos tenido jamas un humorista superior al laborioso y espiritual Ronquillo."

Sirva esta reproducción como manifestación de gratitud al Sr. Huneeus.

8 de Febbrero de 1905.

ÍNDICE

	Pág.
Al que haya comprado este libro	5
Un embargo municipal	9
¡El discurso!	15
El diputado que rabió	20
Chez Mr. Labori	24
Una nueva nación	27
El arte nuevo	30
Cuestión de cañonazos	37
La inventiva en Chile	30
Los entierros	42
Un club de ejercitantes	46
El trust de las firmas	50
Consecuencias del feminismo	55
Tres meses de reinado	59
De vuelta del destierro	63
Celebridad desesperante	68
Fervor periodístico	71
Un viaje eterno	75
Las cajas, los ladrones y los incendios	79

Unas bofetadas parlamentarias..... 83
Los fuegos artificiales..... 87
Los parques ingleses y los calores en sol mayor 92
Se reventó la escopeta..... 96
La inestabilidad de las cosas ministeriales.... 100
El lenguaje taurino..... 103
¡Estamos frescos!..... 106
A las puertas de la convención..... 109
De puertas adentro..... 116
El nuevo gabinete..... 119
Por telégrafo..... 121
El partido liberal..... 124
Los «hors d'œuvre»..... 129
Los grandes problemas de la ciencia moderna 133
Un observatorio que no observa..... 137
La fuerza de opinión del almanaque..... 141
El bautizo de un recién nacido..... 145
El Club de la Unión y las señoras..... 149
Literatura romántica internacional..... 152
Navidad..... 155
Ecos peruanos..... 160
El saludo militar..... 164
La medida exacta..... 167
Clasificación necesaria..... 172
Una cuestión ruidosa..... 177
Un diputado de rulo..... 182
Reorganizados..... 186
¿A qué se parece Valparaíso?..... 191
El hombre prehistórico..... 194
Otra industria protegida..... 199
La batalla del Jurúa..... 203

Dichoso país 209
Progreso indiscutible 213
Un bocado duro 217
Frine 220
¡Por compasión! 223
Frutillas y calabazas 237
Cuestión de apreciación 230
El Grande Océano 234
Batiendo el record 238
Conflicto entre dos peligros 242
Los periodistas 246
Buscando un remedio 250
Un cuento japonés 254
De antesala 259
Delicias del veraneo 264
Los cigarros de Pika-chamiko 270
Los arrendatarios 275
Las sirvientas 280
Como nos llegan las noticias de la guerra 284
En quince minutos 289
La cueca fiscal 295
¡Ablandado! 300
El golpe decisivo 305
Una postal de actualidad 311
Nota final 316

ROBERTO PERAGALLO SILVA

ABOGADO

Imprenta de *La Unión*

"LA UNIÓN"

Diario ilustrado de la mañana

Formato ocho páginas de siete columnas cada una.
Publica noticias de las últimas 24 horas.

—:PRECIOS DE SUSCRIPCION:—

Por un año	$ 15.00
Por un semestre	7.50
Por un trimestre	3.75
Por un mes	1.25

Publica avisos económicos al precio de 20 centavos por cada inserción.

LIBRERIA E IMPRENTA

— DE —

LUIS DE LA CRUZ Y Ca.

176—VICTORIA—176

VALPARAISO

Casa editora de obras nacionales, dando las mayores facilidades á los autores.

IMPRESIONES DE TODA CLASE

Utiles de escritorio

Surtido especial de textos y útiles para colegios.

Dr. ALVARO LEON SILVA

VICTORIA 309

Consultas de 1 á 3

Medicina interna general

Especialidad en enfermedades del corazon

DR. B. CADIZ G.

VICTORIA 80

TELÉFONO INGLÉS 315

CONSULTAS DE 1 a 3

Cirugía general y enfermedades de señoras

DR. G. BERMUDEZ

VICTORIA 77

Atiende con preferencia enfermedades de niños.

Consultas de 12 á 3

INSTITUTO DE FISIOTERAPIA

Y DE DIAGNÓSTICO MÉDICO

VALPARAISO, Condell 37. — Consultas de 1½ á 4

Médico Director: **Dr E. Fraga**

Reconocimiento exacto de las enfermedades y curación de ellas por los métodos más seguros y modernos.